





Referencias en la obra de Lucan

ISSN 1514-0768

Referencias en la obra de Lacan

**"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral,
propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.**

ISSN 1514-0768

Directora Responsable

Verónica E. Carbone

Directora Editorial

Diana Etinger de Alvarez

Directora Adjunta

Diana V. de Indart

Comité Editorial y de Redacción

Alicia Bendersky (Coordinación General)

Maite Garzo

Ana Meyer

Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)

Diseño:

Horacio Wainhaus

Producción Editorial

Factoría Sur

N. Repetto (ex Añasco) 818

1405 Buenos Aires, República Argentina

T.E. 431-3757

e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia

Riobamba 911 PB

Buenos Aires

República Argentina

e-mail: etinge@sinectis.com.ar

<http://www.russell.com.ar/referlac.htm>

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VII, Número 24, marzo 1999.

Hecho el depósito de la Ley 11.723. Registro de la propiedad intelectual N° 939824

Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: La primera pareja, cultura dogom.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible). El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas. En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

Indice

Naturaleza muerta holandesa <i>Osias Beert</i>	11
El hombre se divide en veintidós partes... <i>M. M. Griaule</i>	15
La naturaleza tiene horror al vacío <i>Blaise Pascal</i>	25
El manzano <i>John Galsworthy</i>	71
Artémis <i>Gérard de Nerval</i>	131

Naturaleza muerta holandesa

Oσίας Beert

"Se trata de mostrar aquí que lo bello nada tiene que ver con lo que se llama bello ideal....", dice Lacan en El Seminario, Libro 7, La Etica del Psicoanálisis, cuando se refiere al apólogo de los zapatos de Van Gogh, e introduce la relación entre lo bello, la muerte y la dignidad del objeto en el cap. XXII "La demanda de felicidad y la promesa analítica". Hace aquí referencia a la pintura holandesa:

"No es pues a partir de los pintores holandeses que se percibió que cualquier objeto puede ser el significante por el cual llega a vibrar ese reflejo, ese espejismo, ese brillo más o menos insostenible, que se llama lo bello. Pero ya que evocé a los holandeses, tomen la naturaleza muerta. Encontrarán en ella, en sentido contrario a los zapatos de hace un rato, comenzando a florecer, el mismo cruce de línea. Como lo demostró admirablemente Claudel, en su estudio sobre la pintura holandesa, en la medida en que la naturaleza muerta a la vez nos muestra y nos oculta lo que en ella es amenaza, desenlace, despliegue, descomposición, ella presentifica para nosotros lo bello como función de una relación temporal."

Referencias... ha escogido una obra de Oσίας Beer como exponente de la naturaleza muerta holandesa en el siglo XIV.

Oσίας Beert "El viejo" (1580-1624) Banquet Piece with Oysters, Fruit and Wine, óleo, 52,7 cm. x 73 cm. National Gallery of Art, Washington.



El hombre se divide en veintidós partes... Dicen los dogones

M. M. Griaule

"A cada minuto nuestra experiencia nos hace sentir que hay significantes de base sin los cuales el orden de las significaciones humanas no podría establecerse. ¿Acaso todas las mitologías no explican esto mismo?"

Pensamiento mágico, así se expresa la imbecilidad científica moderna cada vez que se encuentra ante algo que sobrepasa los pequeños cerebros apergaminados de aquellos a quienes les parece que, para penetrar en el dominio de la cultura, la condición necesaria es que nada los involucre en un deseo cualquiera, que los humanizase."

En el capítulo XV de El Seminario, Libro 3, Las psicosis, acápíte "Acerca de los significantes primordiales", Lacan formula esta crítica al evolucionismo, (en este caso, a la antropología romántica de Lévy-Bruhl), para referirse a los significantes primordiales que estructuran la realidad humana.

Y añade: "En cambio, ¿no resulta claro que estas mitologías apuntan a la instalación, al mantenimiento en pie del hombre en el mundo? Le hacen saber cuáles son los significantes primordiales, cómo concebir su relación y su genealogía. No es necesario aquí ir a buscar la mitología griega o egipcia, pues Griaule el otro día explicó la mitología de Africa."

Más adelante, Lacan comenta, acerca del trabajo de Griaule, que el mismo nos permite aproximarnos a una genealogía de los significantes, en tanto éstos son la trama ordenadora del mundo en una determinada cultura.

Griaule, M. M. (1898-1956) "L' Homme se divise en

vingt-deux parties... Disent les Dogons", en *Explorations*
outré-mer. Atravers l' Union Française, Paris, 1952, Edit.
La Documentation Française. Traducción: Silvia S.
Baudini.

**EL HOMBRE SE DIVIDE EN VEINTIDOS PARTES.
DICEN LOS DOGONES**



Si es cierto que la exploración geográfica del Africa está casi terminada, no lo es menos el que la exploración del africano, especialmente del Negro, haya recién comenzado. No podemos siquiera afirmar que se haya hecho la enumeración y aún menos la descripción de los pueblos tropicales en toda su complejidad, ni de los grupos más restringidos, ni de las lenguas, ni de las costumbres jurídicas, ni de las religiones de los Negros, ni de sus maneras de pensar el universo.

Pero, cosa curiosa en nuestra época científica, se erigen delante de los exploradores de las civilizaciones las mismas dificultades que hallaron de parte de sus conciudadanos y de los pueblos a los que observaban los exploradores de otra época.

Del mismo modo que los Antiguos se hacían del Africa una idea fantástica, pero satisfactoria para ellos, los modernos han erigido una imagen del Negro, o bien extravagante, o bien simplista, o bien perentoria, pero tan cómoda que fue adoptada por numerosos Negros evolucionados.

En efecto, es cómodo para el político, pensar que más allá de las arenas del Sahara viven gentes primitivas cuyas casas son de tierra o de hojas y cuyas reacciones no ofrecen interés a menos que perturben el juego occidental.

Para el erudito es cómodo creer en lo ínfimo de esas civilizaciones que quizás podrían venir a trastornar el delicado andamiaje de la historia humana. Es tranquilizador para el africanista a la antigua decirse que al describir minuciosamente algún rito bizarro, algún lenguaje transmitido con los tambores, alguna práctica médica, que acumulando las observaciones técnicas, las colecciones y las fotografías, la obra científica se edifica sin serias dificultades.

También es tranquilizador para el Negro evolucionado asegurarse que no ha dejado algo por nada y que frecuentar a Víctor Hugo bien vale el olvido de la divisa de los Keita.

Esto no impide que la realidad negra difiera tanto de la idea que nos hacemos como difería el Africa continental de los mitos contruídos por su cuenta por los antiguos habitantes del Mediterráneo.

La realidad es de una complejidad tal que sobrepasa el entendimiento

europeo; es una complejidad aparentemente imposible de dilucidar y dos frases dicen mucho sobre la mentalidad negra y su manera de aprehender el universo.

—Nosotros no hacemos nada por nada; todos nuestros gestos, todas nuestras costumbres se explican, dicen los Bambara, los Minianka, los Bozo, los Samogo.

—Incluso si te vuelves tan viejo como un guijarro, no llegarás al fondo de nuestros conocimientos, dicen los Dogones.

En cuanto a nuestra dificultad para precisar la cuestión se explica por la actitud de aquellos a quienes observamos.

—A medida que los Blancos avanzan, dicen los Mandingues o los Sarakoilé, a medida que el Islam gana terreno, la costumbre se profundiza, para no revelarse, para conservarse mejor.

—En nuestro contacto con ustedes nos ocupamos en arruinarlos, dicen los Peuls.

Basta escuchar estas reflexiones, estas bromas, para juzgar la temeridad de concluir que no hay nada allí donde no vemos nada, que no hay sino palabras y gestos sin continuidad en los ritos religiosos, “mágicos” o jurídicos, en la organización social o familiar.

Estas reflexiones nos toman atentos a todos los actos y materiales humanos. Estos se le aparecen al explorador de los hombres como cuando surge frente al explorador geográfico el sendero desconocido o el nuevo río. Exigen que se los remonte y que se baje por ellos, que se los siga en sus circuitos de ideas y de prácticas como deben seguirse las pistas que conducen a territorios aún no escritos en los mapas. Nos percatamos que ellos conducen a un pensamiento inesperado en hombres a los que muchos consideran como bárbaros rudimentarios.

Sigamos algunos hechos en algunas partes de su recorrido.

Cuando un jefe de pescadores viene a pedir ayuda para obtener de la Administración que los cosechadores-cultivadores le entreguen un campo de menos de un área, podemos evidentemente limitarlo a un problema económico-jurídico y pensar que este hombre necesita tal campo para su cultivo y para la simple satisfacción de ver su derecho reconocido.

En rigor de verdad, se pensará que es extraño que un pescador se interese en un campo tan pequeño cuya restitución le acarrearía inconvenientes con los poderosos.

Lo peor es que el jefe no tendrá siquiera la idea de exponer a la Administración la verdadera razón de su reclamo; incluso si la tuviera no podría materialmente

hacerse comprender, y poner a la luz esta razón es un verdadero trabajo de descubrimiento.

En efecto, el pescador bozo reivindica su campo porque él siembra una gramínea roja que necesita para un sacrificio anual. Un hervido hecho con el producto de la recolección en ese terreno —y no en cualquier otro— empapa un pescado determinado al que le corta la cabeza en un determinado paraje fluvial. Este sacrificio tiene consecuencias religiosas, por supuesto, que pueden llevar a consecuencias económicas —en la idea del interesado— puesto que se trata de asegurar la multiplicación del pez. Tiene también una significación política precisa: es la marca de la autoridad del pescador sobre el río.

Hasta aquí solo lo habitual. Todo parece simple y satisfactorio. El Africanista a la antigua establecerá una monografía completa de este sacrificio, habrá determinar la gramínea —una cierta *Digitaria*,— el pez —*Clarias Senegalensis*— y se considerará afortunado por haber descubierto un rito que utiliza el pez por un lado y una gramínea por otro, en hombres que pasan por musulmanes y que no se inclinan hacia el cultivo.

Queda por saber que significa el empleo de la *Digitaria* y del *Clarias Senegalensis*.

Podemos decir que la verdadera exploración comienza en este punto de la investigación la que, por otra parte, se prosigue en condiciones tanto mejores cuanto más desplazados serán los caminos que tome.

En efecto, si cambiando de país y dirigiéndose a los cultivadores Dogones; nos inclinamos sobre este grano, aprendemos que esconde una serie de representaciones, creencias, ritos, técnicas, de las que sólo se habla con palabras encubiertas. Tan encubiertas que su nombre mismo no lo pronuncian los sacerdotes totémicos, lo llaman “la cosita”, en el sentido de “la cosita más chiquita de todas”. Su cosecha es furtiva; al caer la noche; rápidamente, muchachos y muchachas de diversos lugares abaten los tallos maduros escandiendo cantos obscenos. Su consumo es objeto de prohibiciones especiales para los sacerdotes y para ciertos hombres particularmente puros, las mujeres deben apilarla fuera del pueblo.

No aprendemos absolutamente nada sobre el grano en los primeros contactos con los Bambara. Podemos incluso decir que es la indiferencia casi obstinada del pueblo lo que llama la atención. Hasta el día en que el papel de *Digitaria* aparece como primordial en los ritos del matrimonio: la novia se asimila al grano y el juego consiste para ella en rehacer una Creación.

En el mismo momento, los Bozo revelan un modo de cultivo muy especial

en que el grano es sembrado al voleo al mismo tiempo que un pequeño pez, variedad de *Alestes*, que es él mismo el vicario de un pez aún más pequeño, *Micralestes acutidens*, el cual tiene relación con *Clarias*.

Entre los mismos pobladores se descubre una túnica llevada por los circuncisos durante su retiro, y que está formada por bandas que muestran rectángulos alternos de color blanco y azul, entre los cuales algunos rojos o verdes producen cortes. Esta túnica curva aparece como un extraño vestido de la edad media en el decorado de tierra roja mate y de las aguas grises. Pero lo más saliente de este atuendo es un bordado que representa la *Digitaria* en diferentes situaciones.

Y, súbitamente, en uno de los extremos del territorio, se desgarran el velo y deja ver un cisma de nociones coherentes que descansan sobre *Digitaria*, grano del mundo. La “cosita más pequeña”, en el origen de la creación, comienza a vibrar, hace estallar su envoltorio, proyecta el germen de las cosas en el universo. Figuras de todo tipo muestran esos primeros trabajos: los expone el bordado visto sobre la túnica bozo; un jefe de *komo* bambara dibuja con el dedo, en el polvo de su casa la proyección de los astros a partir del grano; Hereros —esos internacionales del Africa Negra— esculpen el primer arco en el cual él descendió a la tierra; los Dogones expresan la marcha del germen y sus transformaciones con un complicado sistema de signos.

Como el bordado, las siembras bozo también se explican: mezclados con los más pequeños granos, los peces más pequeños arrojados en el campo ritual, duplican en el mundo animal el papel de *Digitaria*. Por este medio los Bozo, siembran el río y la tierra con vegetales y animales necesarios para los hombres. Y el sacrificio que ofrecen luego continúa este trabajo invisible asimilando el pez al hombre, es decir asegurando la multiplicación de los humanos. Pues, para los Bozo, el siluro es el hombre. La recién casada lleva una insignia en las cargas que transportan sus hermanas y compañeras, una espina de siluro que le es presentada al futuro marido diciendo: “Hemos confiado a nuestra hija al hueso del medio del dorso del pez de cuerpo liso; es su mujer, aquí está.” El sustituto del pez está entonces ubicado bajo el paño que sirve de cubierta a los esposos durante la unión sexual y se supone que el animal es quien realiza la desfloración. Cuando al cabo de ocho días, la joven mujer vuelve con sus padres, la espina se ata a su paño, penetra vestida de este modo en el hogar paterno donde permanece hasta que se constata su embarazo. En ese momento se lleva la espina a la casa del padre del marido para testimoniar que, a partir de ese día, la joven es confiada a este último, pero que su verdadero esposo es el siluro.

Entre los Bambara, el *Clarias* aparece en la creación al mismo tiempo que el hombre; dirige la ola de las primeras aguas y lleva sobre sus espaldas los gemelos primordiales. Se lo asimila al hombre y esta identidad es descubierta en las circunstancias siguientes:

En un pueblo situado al sur de Segu, se interroga a un informante decidido a hablar, el que proporciona numerosos datos. A la demanda hecha a quemarropa: —Dibuje el pez!

El responde:

—No!

—Porqué?

—Mi mujer está encinta.

Explica que dibujar es crear y que no conviene en el momento en que su mujer va a traer un nuevo ser al mundo “caricaturizar” el acontecimiento dibujando un pez, es decir un hombre. Consentirá dibujarlo si lo transportan a Bamako. Allí, dice, ya no estaré en mi espacio habitual, mis trazos no tendrán importancia.

Como no podíamos llevarlo inmediatamente a doscientos kilómetros del lugar en que estábamos hablando, hubo que dejar la cuestión pendiente.

Por el contrario, el mismo hombre, comentando el rito del matrimonio, subraya la relación: novia-*Digitorla*-pez.

Los resultados de una encuesta paralela entre los Dogones son comparables: el *Clarias* se confunde con la clavícula del hombre, la que soporta el “granero” donde se localizan sus fuerzas vitales, simbolizadas por ocho granos de cereales u otras plantas cultivadas. Los recién casados consumen un plato de siluro, o de cualquier otro pescado que lo reemplace, para marcar su identidad con uno de los símbolos del punto de partida de la creación; más tarde, cuando la mujer esté encinta, ofrecerá un plato con la misma composición. Antiguamente, sus relaciones con el pez estaban además marcadas por un adorno para la cabeza hecho con una aleta cervical del *Clarias*, órgano que los Dogones llaman “llave” y que asimilan a la clavícula humana. Formaba una especie de tridente alargado que se hundía en el cabello. El cultivador hunde en el Este esta “llave” luego de la cosecha de *Digitoria*, al mismo tiempo que hunde un grano, para asegurar la continuidad de la creación durante la entrada de la próxima estación seca en que los seres van a padecer un período lento de vida. En el curso de esta cosecha, la pareja consume un plato de pescado.

Pero, aprendemos observando los ritos de circuncisión y de incisión, que el cabello es el símbolo del campo de *Digitoria*; lo cortan al ras como una

cosecha. Hundir la aleta del *Clarias* en los cabellos, es hundirlo en la tierra nutricia, como hace el campesino.

Por otra parte, la imagen del hombre-pep, objeto del rechazo del Bambara, se encuentra, bajo otras formas, en el sistema de "escritura" de los Dogones y en los signos pintados con sopa de mijo en ciertos santuarios. El niño en el pecho está representado como un brazo esquematizado unido a una clavícula semicircular y que se continúa con una mano desplegada; ese brazo es también el siluro que se va adelgazando hasta la cola exageradamente abierta. De este modo, se marca igualmente que el feto aún es un ser incompleto que no es más que una parte de lo que será el adulto; el feto es al hombre lo que el brazo es al cuerpo. Y por ello este dibujo adorna los santuarios donde se fijan las fuerzas de generación.

El otro signo es el hombre total, tal como sale de las manos del circuncidador. Es el pep completo cuya silueta antropomorfa está flanqueada por rasgos simples o dobles que connotan los peces *Tilapia nilotica*, *Gnathonemus*, *Hydrocion brevis* y todos los otros que nadan en los torrentes y lagunas de la costa de Bandiagara como en el Níger, milenario feudo de los Bozo, viejos aliados de los Dogones.

De este modo, vemos que las prácticas, ritos, creencias o decires de los Sudanese, lejos de formar un conjunto heteróclito constituido en el curso de los siglos en la incoherencia y la ceguera, forman parte de un pensamiento organizado, por una parte en el interior de una población dada, por otra entre poblaciones aparentemente diferentes.

Pues este pensamiento común es sentido como tal; forma como un esqueleto que cada pueblo habrá vestido según su genio propio. Y no sólo es conocido por los viejos o los sacerdotes o los grandes iniciados. En sus lineamientos generales, es familiar para todos los que han recibido alguna iniciación y podemos incluso decir que está en el dominio de las preocupaciones corrientes como lo atestigua una conversación sorpresiva en Katí (cerca de Bamako) en la casa de un sargento jefe dogon.

En ausencia de este último, una de sus mujeres, una Bambara, recibía un brigadier jefe Sonray y un soldado de segunda clase Bozo, hacía poco tiempo en servicio.

—Aquí deben ponerse firmes, pues están en la casa de un sargento jefe, decía la mujer bromeando.

—Nada de eso conmigo, incluso si tu marido estuviera cubierto de galones de la cabeza hasta los pies, respondió el Sonray.

—Conmigo tampoco, dijo el soldado Bozo, pero tampoco me pondría firme delante de ese brigadier Sonray.

—Porqué?, le lanzó el Dogon que entraba en su casa.

—Lo sabes bien, el Sonray no tiene más que viento, (aire) en las clavículas.

—¡No! ¡También tengo un grano y un pez! Estoy de acuerdo con lo del viento, pero tengo un pez y un grano.

—Sí, responde el otro, pero yo tengo los ocho peces principales. Tu no tienes más que uno y viento. Y tu no tienes los ocho granos de los Dogones.

—Es verdad, dijo el otro, pero puesto que tu no tienes granos tu debes saludar al sargento jefe.

—¡No! dijo el Bozo. Acabo de entrar al servicio y ustedes dos ya tienen galones. Yo soy el más joven, pero de todos modos soy el más viejo. Bozo y pez son todo uno y es el agua, es decir lo que viene primero.

—Tiene razón, dice el Dogon, no tiene galones, pero nosotros le debemos el saludo fuera del servicio, porque tu posees varias clases de aire, pero el viento no alimenta nada; yo soy la tierra que da los granos y él es el agua sin la cual nadie ni nada vive.

Con un tono de broma, esos tres jóvenes daban una de las claves del sistema del ser negro y de la organización general de los pueblos; el contenido clavicular. Esta conversación confirmaba por centésima vez la existencia de una institución considerable cuidadosamente escondida a los Europeos. Cada pueblo posee su contenido clavicular propio. Y, si se trata de peces o de granos, cada tribu se caracteriza por un cierto orden de los ocho elementos o por ciertas ausencias. Además, se producen variaciones según los sexos, las funciones, las iniciaciones; y para cada individuo, la situación cambia con su estado religioso del momento.

Y aún allí constatamos una organización subyacente, profunda de los pueblos sudaneses, que descansa en un vasto saber que engloba tanto la agricultura como la astronomía o la botánica. Este saber de los sudaneses se extiende, por otra parte, tanto a todos los Negros del Africa Occidental como a aquellos del mundo Bantú para formar dos masas simétricas de apariencia diversa, equilibradas por un sistema intermediario que se desarrolla en la bisagra de Camerún.

Este saber toma al universo como una construcción deliberada, ordenada y mucho más armoniosa por estar regida por leyes. Por otra parte, esta armonía no excluye de ningún modo el desorden cuyo papel esencial es el de permitir el restablecimiento de la norma.

Esta construcción está por otra parte en movimiento. La palabra máquina

sería más conveniente. Del mismo modo que la materia está animada por un movimiento interno tal como se lo vio más arriba, el universo mismo está en extensión y cada una de las categorías de cosas y de seres que lo forman progresan en número. El saber del Negro es relativo a todos los engranajes de esta máquina y a su funcionamiento. Como alguno de ellos son objeto de conocimientos adecuados —es así, por ejemplo, en astronomía y en medicina— podríamos hablar de ciencia o al menos de amanecer de una ciencia. Podemos decir que las investigaciones llevadas adelante en estos últimos años permiten pensar que se trata más bien de un saber que estaría aún en un período mítico, término que no debe entenderse en su sentido ordinario sino en todos los sentidos posibles. El mito es a menudo una fabulación tosca de ideas rectoras que permanecen escondidas, y casi siempre es en esta forma que nos llega. Pero también, el mito es a menudo un relato claro que pone en juego personajes cósmicos cuyas evoluciones se encuentran en diversos planos de conocimiento. Puede mudarse aún en una exposición coherente, generalmente reservada a los grandes iniciados quienes han accedido al conocimiento profundo.

Estos mitos se expresan con un conjunto de símbolos aún más complejos y tan organizado como el conjunto chino tal como puede verse actualmente. Se tendrá una idea de las aventuras intelectuales que esperan al explorador del mundo negro al enterarse que un solo pueblo de menos de un cuarto de millón de hombres posee un mecanismo de signos escritos hecho de vientidós categorías de doce, o sea doscientos sesenta y cuatro elementos, cada uno rigiendo una serie de veintidós signos. El total de cinco mil ochocientos ocho debe ser multiplicado por dos, pues a toda forma macho le corresponde una forma hembra. Y el mismo número once mil seiscientos diez y seis está duplicado por el hecho que las mujeres admiten un orden de cosas complementarias de las que tienen lugar en los hombres y cuya representación es diferente. Nada prueba, por otra parte, que las tribus que forman este pueblo no posean caracteres particulares. Es evidente, en todo caso, que los Bozo, los Bambara, los Mandingas, Los Herero, Los Griots utilizan ritualmente conjuntos que les son propios.

Este edificio de símbolos por excelencia está naturalmente combinado según un orden preciso. Ocurre lo mismo *a fortiori* con toda la estructura simbólica, la que se encuentra en numerosos planos de la vida intelectual, social, religiosa o técnica.

Podemos decir, que todas las costumbres en el sentido jurídico, que los ritos sociales o religiosos, que las estructuras parentales, que los cuerpos de

agentes, los gestos, las palabras, los materiales, la organización universal y que de manera general todos los seres animales o vegetales, objetos, astros o actividades, son medios de expresión de una cultura complicada.

Nada en efecto, como dicen los Negros, está hecho por nada, nada queda sin significación, ni la campana colgada del cuello del bovino o en el flanco del elefante, ni el punzón que utilizan los Koulé para reparar las calabazas, ni los anillos de labio, ni las arpas cubiertas de sangre sacrificial. En suma, los Negros disponen de un edificio de signos más considerable aún que el de sus escrituras. El universo se expresa con la ayuda de un zueco de madera, de una estrella, o de una mano levantada, de una canasta con boca redonda y fondo cuadrado, prototipo del granero. Por otra parte, gracias a un sistema infinito de correspondencias, cada cosa es por sí misma un todo que expresa el Todo.

Pero, como era de esperar, en el centro de todas estas representaciones y constituyendo en cierta forma el motor cósmico, se sitúa el Hombre, dividido en ventidós partes, a cada una de las cuales corresponden ventidós familias de plantas, ventidós familias de cuadrúpedos y pájaros, ventidós familias de insectos, de telas, de cerraduras, de signos de escritura, de hombres extranjeros o de utensilios.

Por otra parte, este hombre, “grano del universo”, se pone en posición procreadora, en el plano de la casa familiar. Se encuentra en el pueblo, gran cuerpo cuya fragua es la cabeza. Se encuentra en la región habitada, pues a partir de las posesiones rituales, el cuerpo del sacerdote totémico, simbólicamente, se descuartiza: la cabeza se confunde con el pueblo del Este, los brazos con las aglomeraciones del Norte y del Sur, las piernas con las del Suroeste y del Noroeste. El pecho se convierte en el gran ámbito del jefe del lugar, con el corazón palpitando en el altar central, el hígado yace en el altar de la derecha.

El hombre, finalmente, es el universo mismo o más bien el universo es hombre: “Lo que se come, decía el sabio Ogotemmêli, es la luz del sol. El excremento es la noche; los soplos de la vida son las nubes, y la sangre es la lluvia que cae sobre el mundo.”

Pero este antropocentrismo no es esterilizante. No hace de la tierra la única escena válida. No hace entrar el tiempo útil, ni el cielo visible en un orden únicamente humano. O, si lo hace, es por la comodidad y porque, después de todo, las Pléyades o el *Thrombidium tinctorium*, esa especie de araña púrpura, no tienen más derecho que el hombre a colmar el centro de las cosas. El espíritu está fuertemente instalado en sí mismo y no puede de

ningún modo instalarse en otra parte, especialmente en el período que precede el nacimiento de la preocupación científica. Y, en lo que concierne al resto, un tal antropocentrismo no haría más que confirmar esta eterna propensión a la trascendencia del hombre que afirman los musulmanes, los marxistas o los cristianos.

Pero presenta, desde el punto de vista de la exploración sistemática de los pueblos, un interés particular: obliga a la observación del conjunto de las cosas vistas, sentidas o supuestas, es decir finalmente a la observación del mundo.

Y, hay allí un hecho importante que debe obligar a salir de sus viejos hábitos a los investigadores aún apasionados por las monografías sumarias, por las mediciones innumerables, por las acumulaciones de detalles sin lazos entre ellos. Si quiere trabajar solo, el explorador del mundo negro, debería ser astrónomo, botánico, zoólogo, filósofo, jurista, arquitecto, coreógrafo, lector de fotografías aéreas. No debería ignorar ni el recorrido de los satélites de Júpiter, ni la necesidad de los finos análisis en materia de nutrición, ni la existencia de los rasgos blancos que descienden de la cruz del Elan del Cap. Prácticamente invierte la dificultad trabajando en equipo y rodeándose de los consejos de los especialistas. Conoce el camino del *Collège de France*, de la Biblioteca de la Ópera, del Observatorio de Meudon, del Jardín de Plantas. Está ubicado en la intersección de numerosas disciplinas; aprovecha cada una de ellas y aporta a cada una su contribución leve o fundamental del pensamiento de los Negros, de esta civilización aún viviente pero que es el gran momento de estudiar. Poco importa que esta contribución aún no se valore, que espíritus inclinados a la inmovilidad la rechacen. Es a los exploradores de los Negros a quienes compete darle el lugar que merecen.

(15 san

1:1 Jo? \
ñil 6') Ü'L./

LJÍHI fj
OjblU (;
ññKJJI Of
zñl ob Ü
ob oboj.l

La naturaleza tiene horror al vacío

Blaise Pascal

En la clase del 12 de diciembre de 1962 de su seminario 10, "La angustia", Lacan se refiere a la naturaleza del objeto a como causa de deseo. Allí expresa que se trata de un desecho que designa lo importante, es decir, el lugar de un vacío en donde vendrán a situarse otros objetos. Es en ese punto cuando menciona a Pascal y sus experiencias sobre el vacío. Dice: "no es por azar que Pascal nos toque todavía, incluso a aquellos de nosotros que son absolutamente incrédulos, y es que como buen jansenista que era, se interesaba por el deseo. Por eso, se los digo confidencialmente, hizo las experiencias de Puy de Dôme sobre el vacío. Para él era capital que la naturaleza tuviese o no horror al vacío, pues esto significa el horror de todos los científicos de su tiempo ante el deseo."

Lacan había mencionado anteriormente a Pascal en relación al tema del vacío en el desarrollo de su seminario 9, "La identificación". Allí, en el marco de su clase del 17 de enero de 1962, y hablando de la inexistencia del Dios de Descartes, dice que para que exista, sería necesaria la prueba de voluntad creadora en el dominio de las matemáticas. Sin embargo, son los hombres los que inventaron el transfinito y el quantum. Y agrega: "Es por eso que la historia testimonia que los grandes matemáticos que han abierto ese más allá de la lógica divina, Euler en primer lugar, tuvieron tanto miedo; ellos sabían lo que hacían, encontraban no el vacío de la extensión de la reflexión cartesiana, que finalmente, a pesar de Pascal, no da miedo a nadie, porque uno se anima a ir a habitarlo, cada vez más lejos, sino el vacío del Otro, lugar infinitamente más temible, pues es necesario alguien allí."

Referencias... reproduce parte de los Nuevos experimentos sobre el vacío en el que Pascal da cuenta de su trabajo de investigación sobre las consecuencias del experimento de Torricelli que se conocía entonces, como "experimento de Italia" o "experimento del mercurio". A continuación, algunos párrafos relativos a el "gran experimento del equilibrio de los líquidos", parte de la copia de una carta dirigida al señor Florin Périer (15-11-1647) relativa al tema, y los párrafos titulados: "Al lector". En tercer lugar, el "Prefacio al Tratado del Vacío".

Y por último, del Tratado del peso de la masa de aire, reproducimos parte del capítulo segundo, el capítulo tercero y el capítulo de conclusiones.

Pascal, Blaise (1623-1662). Oeuvres complètes. Paris, Editions du Seuil, 1963. Trad.: Ana Bourbaki.

NUEVOS EXPERIMENTOS SOBRE EL VACÍO
BLAISE PASCAL

Hechos con tubos, jeringas, fuelles y sifones de diversas longitudes y formas, así como con diferentes líquidos como mercurio, agua, vino, aceite, aire, etc., acompañados de un discurso sobre la misma cuestión en el que se demuestra que un vaso tan grande como sea posible fabricarlo puede ser vaciado de todas las materias conocidas en la naturaleza y perceptibles por los sentidos, y asimismo qué fuerza es necesaria para hacer admitir tal vacío. Dedicado al señor Pascal, Consejero Real en los Consejos de Estado y Privado por su hijo el señor B. P.: todo ello resumido en un compendio y dado como anticipo de un tratado más extenso sobre la misma cuestión.

(París, Pierre Margat, 1647)

Mi estimado lector, dado que algunas circunstancias me impiden por el momento dar a la luz un *Tratado* completo en el que he expuesto un buen número de experimentos sobre el vacío que yo mismo he hecho, así como las conclusiones que de ellos he extraído, he querido exponer las principales en este compendio en el que veréis el plan de toda la obra.¹

El motivo de estos experimentos es el siguiente: *Hace unos cuatro años se demostró en Italia que si se llena de mercurio un tubo de vidrio de cuatro pies, uno de cuyos extremos está abierto en tanto que el otro está herméticamente cerrado, y luego se tapa la abertura con el dedo y se coloca el tubo perpendicularmente al horizonte, quedando en la parte inferior la abertura taponada, la cual se sumerge dos o tres dedos en más mercurio contenido en un recipiente lleno de mercurio y agua a partes iguales; al destapar la abertura, dentro siempre del mercurio del recipiente, el mercurio del tubo desciende un poco, dejando en la parte superior del tubo un espacio aparentemente vacío mientras que la parte más baja de dicho tubo continúa llena de mercurio hasta una determinada altura. Y si elevamos ligeramente el tubo para que su abertura, que antes estaba inmersa en el mercurio del recipiente, salga de éste y pase a la región del agua, entonces el mercurio del tubo sube hasta la parte más alta, con el agua, y ambos líquidos se mezclan en el tubo, si bien finalmente todo el mercurio acaba cayendo y el tubo queda lleno de agua.*

Este experimento le fue comunicado desde Roma al R. P. Mersenne², fraile de París, quien lo divulgó en Francia en el año 1644 despertando la admiración de todos los sabios y curiosos, gracias a quienes se hizo famoso en todo el mundo; yo tuve conocimiento del mismo por mediación del señor Petit³, Intendente de Fortificaciones y versado en todas las ciencias, a quien le había puesto al corriente el propio P. Mersenne. De este modo, realizamos el experimento en Rouen el susodicho señor Petit y yo, tal y como se había efectuado en Italia, y constatamos punto por punto todo lo que se nos había comunicado, sin haber podido descubrir nada nuevo.

Posteriormente, reflexionando sobre las consecuencias de tales experimentos, me reafirmé en mi previo convencimiento de que no era imposible que se diese el vacío en la naturaleza y de que ésta no lo rehuye con tanto horror como mucho se imaginan.

Lo que me inducía a pensar así era el escaso fundamento que me parecía tener el tan extendido principio de que la naturaleza no soporta el vacío, basado exclusivamente en experiencias que en su mayor parte son falsas, aunque se las tenga por incuestionables; en cuanto a las otras, unas distan mucho de poder contribuir a tal prueba y lo que demuestran es que la naturaleza aborrece una excesiva plenitud, pero no que rehuya el vacío, mientras que las más favorables no hacen sino poner de relieve que la naturaleza tiene horror al vacío, sin probar en absoluto que no lo pueda soportar.

A la fragilidad de este principio yo añadía las observaciones que diariamente practicábamos a propósito de la rarefacción y la condensación del aire, el cual —como algunos han demostrado— puede llegar a condensarse hasta la milésima parte del lugar que previamente parecía ocupar y, por otro lado, se rarifica tanto que consideré necesario que hubiera un gran vacío entre sus partes o bien que se produjera una penetración de dimensiones. Pero como nadie aceptaba esto como prueba, pensé que el experimento de Italia podría convencer a aquéllos que más obcecados están en la imposibilidad del vacío. No obstante, la fuerza de su prevención era tal que aún pudieron hallar objeciones capaces de empañar la credibilidad que merecía. Dijeron unos que la parte superior de la cerbatana estaba ocupada por los vapores del mercurio; otros, que estaba llena de un grano de aire imperceptible rarificado; otros, que de una materia que no existía más que en la imaginación; y todos, conspirando para desterrar el vacío, apelaron obstinadamente a esa potencia del espíritu que en las escuelas denominan Sutileza y que por toda solución a las auténticas dificultades no proporciona sino vagas palabras carentes de fundamento. Así, pues, me decidí a practicar experimentos tan convincentes que salieran airosos de cuantas objeciones se les pudieran oponer y, en efecto, a comienzos de este año hice un buen número de ellos, algunos relacionados con el de Italia y otros completamente distintos y que nada tienen que ver con aquél. Tan exactos y tan afortunados han resultado que gracias a ellos he podido demostrar que es posible vaciar un recipiente tan grande como sea posible construirlo de todas las materias perceptibles que se conocen en la naturaleza, así como también qué fuerza es necesaria para hacer admisible este vacío. Por el mismo procedimiento he logrado demostrar qué altura ha de tener un sifón para que produzca el efecto que de él se espera, más allá de la cual ya no funciona, en contra de la opinión tan unánimemente extendida en el mundo durante tantos siglos; también he demostrado cuán pequeña es la fuerza que se requiere para tirar del émbolo de una jeringa sin que penetre

en ella materia alguna, así como muchas otras cosas que tendréis ocasión de ver en la obra completa, en la que me propongo mostrar cuál es la fuerza que emplea la naturaleza para evitar el vacío y cómo ciertamente lo admite y lo tolera en ese gran espacio que tan fácil es vaciar de todas las materias que quepa percibir. Ese es el motivo de que haya dividido el *Tratado* en dos partes, la primera de las cuales consiste en la exposición detallada e ilustrada de todos mis experimentos, así como de una recapitulación —dividida en varias máximas— de cuanto en ellos se ve; la segunda, en las consecuencias que de los mismos he extraído, dividiéndose en algunas proposiciones en las que demuestro que el espacio aparentemente vacío observado en los experimentos está realmente vacío de cualquier tipo de materia perceptible que se conozca en la naturaleza. Y en la conclusión expongo mi opinión sobre el problema del vacío y respondo a las objeciones que pudieran hacerse. Así, pues, me conformo con mostrar un gran espacio vacío y dejo que sean otras personas sabias y curiosas las que comprueben lo que sucede en tal espacio (si, por ejemplo, pueden vivir en él los animales, si el cristal disminuye su refracción, así como todo aquello que en él pueda hacerse): no hago referencia a ello en este *Tratado* —del que me ha parecido oportuno adelantaros este resumen— porque, habiendo invertido en estos experimentos mucho dinero, mucho esfuerzo y mucho tiempo, temía que alguien que no hubiese empleado ni tiempo, ni dinero, ni esfuerzo, se anticipara y ofreciera al público cosas que ni siquiera habría visto y que, por lo tanto, no hubiera podido exponer con la exactitud y el orden necesarios para desarrollarlos como conviene, habida cuenta además de que nadie ha dispuesto de tubos y sifones tan largos como los míos y muy pocos se han tomado las molestias necesarias para conseguirlos.

Y como quiera que las personas honradas unen a la inclinación general de todos los hombres a mantenerse dentro de sus justas posesiones aquella otra de rehusar los honores que no les corresponden, sin duda aprobaréis que yo me proteja por igual tanto de quienes pudieran pretender apropiarse de alguno de los experimentos que aquí presento —y acerca de los cuales os prometo el *Tratado* completo—, como de los que me atribuyesen el experimento de Italia del que ya os he hablado, puesto que no es mío. En efecto, aunque lo he hecho de más formas que nadie y con tubos de doce y hasta quince pies de largo, no voy a hablar de él en estos escritos, ya que no soy su artífice y pretendo exponer exclusivamente aquellos que son fruto de mi propia inventiva.

EXPERIMENTOS

1. Tomemos una jeringa de cristal con un émbolo bien ajustado, completamente sumergida en el agua y cuya abertura tapamos con el dedo de manera que toque la parte inferior del émbolo, metiendo para ello la mano y el brazo en el agua: será suficiente una fuerza mediana para poder tirar del mismo y hacer que se separe del dedo sin que entre nada de agua (cosa que los filósofos consideraban imposible con una fuerza finita), aunque el dedo se siente fuertemente atraído y experimenta dolor. El émbolo deja un espacio aparentemente vacío, en el cual no parece que haya podido entrar nada, puesto que está completamente rodeado de agua que no ha podido tener acceso al mismo por estar tapada la abertura; si se tira un poco más del émbolo, el espacio aparentemente vacío aumenta, pero el dedo no siente una atracción mayor. Y si se le saca casi por completo del agua, no quedando sumergidos más que la abertura y el dedo que la tapona, el agua, en contra de su naturaleza, asciende violentamente y llena todo el espacio que ha dejado el émbolo.

2. En un fuelle bien cerrado por todas partes, y con una preparación similar, se da el mismo efecto, en contra de lo que piensan esos mismos filósofos.

3. Se llena de agua, o mejor de vino muy rojo para que sea más visible, un tubo de cristal de 46 pies, uno de cuyos extremos está abierto y el otro cerrado herméticamente; a continuación se tapa, se coloca perpendicularmente al horizonte, y con la abertura taponada hacia abajo se sumerge dentro de un recipiente lleno de agua hasta una profundidad de aproximadamente un pie. Al destapar la abertura el vino desciende hasta una altura determinada, que es de unos 32 pies a partir de la superficie del agua del recipiente, vaciándose y mezclándose con ésta (a la que tiñe ligeramente), a la vez que deja un espacio de unos 13 pies aparentemente vacío cuando se separa de la parte superior del cristal, espacio en el que parece igualmente imposible que haya podido entrar algo. Si se inclina el tubo, con lo que la altura del vino que hay en él disminuye, éste vuelve a ascender hasta los 32 pies. Si, por último, lo inclinamos hasta la altura de 32 pies, el tubo se llena por completo reabsorbiendo tanta agua como vino había expulsado: lo veremos, pues,

lleno de vino en su parte superior hasta una altura de 13 pies y de agua ligeramente teñida en los 13 pies restantes.

(...)

6. Se introduce en mercurio una jeringa con un émbolo perfectamente ajustado, de forma que su abertura se sumerja al menos una pulgada y que el resto de la jeringa se mantenga en posición vertical: al sacar el émbolo sin modificar la posición de la jeringa, el mercurio penetra por la abertura de ésta y se eleva adherido al émbolo hasta una altura de 2 pies y 3 pulgadas. Ahora bien, si una vez alcanzada esta altura se sigue tirando del émbolo, éste ya no atraerá más al mercurio, que se separa del émbolo y se mantiene a la altura de 2 pies y 3 pulgadas, produciéndose así un espacio aparentemente vacío que es cada vez mayor mientras se siga tirando del émbolo: *cabe suponer que lo mismo sucederá en una bomba aspirante, no pasando el agua de los 31 pies de altura correspondiente a los 2 pies y 3 pulgadas de mercurio.* Y lo más notable es que en tal estado, sin sacarla del mercurio ni moverla en forma alguna, la jeringa pesa exactamente lo mismo (por pequeño que sea el espacio aparentemente vacío) que cuando hacemos dicho espacio tan grande como se desee con sólo tirar más del émbolo, y que siempre pese lo mismo que el cuerpo de la jeringa con los 2 pies y 3 pulgadas de mercurio, sin que haya todavía un espacio aparentemente vacío (es decir, cuando el émbolo no se ha separado aún del mercurio de la jeringa, pero está a punto de hacerlo a poco que se tire de él). Por consiguiente, y a pesar de que todos los cuerpos circundantes tiendan a llenarlo, el espacio aparentemente vacío no aporta cambio alguno a su peso y de ese modo, cualquiera que sea la diferencia de tamaño entre esos espacios, no hay ninguna entre sus pesos.

(...)

De estos experimentos y de muchos otros expuestos en el tratado completo, en los cuales se ven tubos de todas las longitudes, grosores y formas, rellenos de diferentes líquidos, sumergidos de distintas maneras en diversos líquidos, transportados de un lado a otro, pesados de formas diferentes, y donde se constatan las distintas atracciones que experimente el dedo que taponan aquellos tubos en los que se da el vacío aparente, se deducen manifiestamente estas máximas.

MÁXIMAS

1. Que todos los cuerpos experimentan repugnancia a separarse los unos de los otros y a admitir en medio ese vacío aparente; es decir, que la naturaleza aborrece ese vacío aparente.
2. Que este horror y esta repugnancia que sienten todos los cuerpos no es mayor al tener que admitir un gran vacío aparente que al admitir uno pequeño; esto es, para rehuir un gran intervalo que uno pequeño.
3. Que la fuerza de tal horror es limitada y semejante a aquélla con la que el agua de una cierta altura —unos 31 pies aproximadamente— tiende a descender.
4. Que los cuerpos que circundan este vacío aparente tienden a llenarlo.
5. Que esta inclinación no es mayor por el hecho de tener que llenar un gran vacío aparente que uno más pequeño.
6. Que la fuerza de esta inclinación es limitada y siempre parecida a aquélla con la que el agua de una cierta altura —unos 31 pies— tiende a caer.
7. Que una fuerza mayor, por poco que sea, que aquélla con la que el agua de los 31 pies tiende a caer basta para producir ese vacío aparente, todo lo grande que se quiera; es decir, para hacer que se separen los cuerpos cuanto se desee, siempre y cuando no haya más obstáculo que se oponga a su separación ni a su alejamiento que el horror de la naturaleza a este vacío aparente.

*Resumen de la segunda parte,
en la que se exponen las consecuencias de estos
experimentos sobre la materia que puede llenar este
espacio aparentemente vacío, dividida en varias
proposiciones acompañadas de sus demostraciones*

PROPOSICIONES

1. Que el espacio aparentemente vacío no está lleno del aire exterior que rodea al tubo y que éste no ha entrado por los poros del tubo.
2. Que no está lleno del aire que algunos filósofos dicen que encierran los poros de todos los cuerpos y que de esta forma se hallaría en el interior del líquido que llena los tubos.
3. Que no está lleno del aire que algunos suponen entre el tubo y el líquido que hay en él, encerrado en los intersticios o átomos de los corpúsculos que componen tales líquidos.
4. Que no está lleno de un grano de aire imperceptible que hubiera podido quedar por azar entre el líquido y el cristal, que hubiera sido llevado por el dedo que taponó el tubo o penetrado de cualquier otra forma, el cual se rarificaría extraordinariamente, incluso hasta llenar el mundo entero, según dirían algunos antes que admitir el vacío.
5. Que no está lleno de una pequeña parte del mercurio o del agua que, al ser atraída por las paredes del tubo, de un lado, y por la fuerza del líquido, de otro, se rarifica y se convierte en vapor; así, esta atracción recíproca haría el mismo efecto que el calor que convierte a los líquidos en vapores y los vuelve volátiles.
6. Que no está lleno de los espíritus del líquido que hay en el tubo.
7. Que no está lleno de un aire más sutil mezclado con el aire exterior, el cual habiéndose separado de éste y penetrado por los poros del cristal, tendería siempre a volver allí o sería atraído incesantemente hacia allí.
8. Que el espacio aparentemente vacío no está lleno de ninguna de las materias conocidas en la naturaleza y que puedan ser percibidas por alguno de los sentidos.

*Resumen de la conclusión,
en la cual presento mi punto de vista*

Después de haber demostrado que ninguna de las materias perceptibles por nuestros sentidos, y de las cuales tenemos conocimiento, llenan el espacio aparentemente vacío, mi opinión será —hasta que se me demuestre la existencia de alguna materia que lo llene— que está realmente vacío y desprovisto de toda materia.

Por este motivo diré del vacío verdadero lo que ya he demostrado del vacío aparente y tendré por verdaderas las máximas antes expuestas, referidas al vacío absoluto exactamente igual que al aparente, a saber:

MÁXIMAS

1. Que todos los cuerpos experimentan repugnancia a separarse los unos de los otros y a admitir en medio el vacío; es decir, que la naturaleza aborrece el vacío.
2. Que este horror y esta repugnancia que sienten todos los cuerpos no es mayor al tener que admitir un gran vacío que al admitir uno pequeño; esto es, para rehuir un gran intervalo que uno pequeño.
3. Que la fuerza de tal horror es limitada y semejante a aquélla con la que el agua de una cierta altura —unos 31 pies aproximadamente— tiende a descender.
4. Que los cuerpos que circundan este vacío tienden a llenarlo.
5. Que esta inclinación no es mayor por tener que llenar un gran vacío que uno más pequeño.
6. Que la fuerza de esta inclinación es limitada y siempre parecida a aquella con la que el agua de una cierta altura —unos 31 pies— tiende a caer.
7. Que una fuerza mayor, por poco que sea, que aquella con la que el agua de los 31 pies tiende a caer basta para producir un vacío, todo lo grande que se quiera; es decir, para hacer que se separen los cuerpos cuanto se desee, siempre y cuando no haya más obstáculo que se oponga a su separación ni a su alejamiento que el horror de la naturaleza al vacío.

**A CONTINUACIÓN RESPONDO A LAS OBJECIONES
QUE PUDIERAN HACERSE, DE LAS CUALES ÉSTAS
SON LAS PRINCIPALES:**

1. Que la afirmación de que es posible un espacio vacío repugna al sentido común.
2. Que la afirmación de que la naturaleza aborrece al vacío y no obstante lo admite, o bien la acusa de impotencia, o bien implica una contradicción.
3. Que numerosas experiencias, incluidas algunas cotidianas, demuestran que la naturaleza no puede tolerar el vacío.
4. Que una materia imperceptible, ignorada y desconocida de todos los sentidos llena este espacio.
5. Que si la luz es un accidente, no podrá darse en el vacío y, si es una sustancia, tampoco será posible que llene el espacio aparentemente vacío.

París, 8 de octubre de 1647

NOTAS

1. Según carta a De Ribeyre, alrededor de 1651, el *Tratado* completo todavía se hallaba en vías de redacción.
2. Marin Mersenne (1588-1648), fraile mínimo conocido por haber servido de enlace a los científicos de la época, constituyendo por sí sólo el gran centro de información de los mismos.
3. Pierre Petit (1598-1677), ingeniero y consejero real, conocido en el mundo científico por la ejecución de los experimentos de Rouen y por su diseño de diversos instrumentos para medir el diámetro de los astros.

**RELACION DEL GRAN EXPERIMENTO DEL EQUILIBRIO
DE LOS LIQUIDOS
BLAISE PASCAL**

*Diseñado por el señor Blaise Pascal para la terminación
del tratado que ha prometido en su resumen sobre el vacío
y realizado por el señor Florin Périer en una de las
montañas más altas de Auvernia.*

(París, C. Savreux, 1648)

Cuando di a la luz mi resumen con el título de *Nuevos experimentos sobre el vacío, etc.*, en el que me había servido del principio del horror al vacío por ser universalmente aceptado y carecer todavía de pruebas convincentes de lo contrario, me quedaron algunos puntos oscuros que me hicieron dudar seriamente de la verdad de dicho principio; desde entonces, y con el fin de esclarecer la cuestión, he venido proyectando el experimento que ahora voy a presentar, por medio del cual podría saber a ciencia cierta a qué había de atenerme. Lo he bautizado como el *gran experimento del equilibrio de los líquidos*, puesto que —al mostrar el equilibrio del aire con el mercurio (que son, respectivamente, el más ligero y el más pesado de todos los líquidos conocidos en la naturaleza)— es el más concluyente de cuantos pudieran practicarse sobre el particular. Ahora bien, dado que era imposible llevarlo a cabo aquí en París, que hay muy pocos lugares idóneos en toda Francia y que la ciudad de Clermont, en Auvernia, es uno de los más adecuados, rogué a mi cuñado el señor Périer¹, consejero de la *Cour des Aides* de Auvernia, que me hiciera el favor de realizarlo. La carta que entonces le escribí revela cuáles eran mis dificultades y en qué consiste dicho experimento.

**COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR PASCAL, HIJO,
AL SEÑOR PÉRIER**
del 15 de noviembre de 1647

Señor,

No interrumpiré las continuas tareas que vuestros cargos os procuran para hablaros de cuestiones físicas si no supiera que ellas os servirán de distracción en vuestras horas de descanso y que, mientras que a otros les resultarían embarazosas, a vos os proporcionarán un entretenimiento; saber cuánto placer os reporta este tipo de conversaciones hace que me resulte menos difícil proponérselo. No se trata ahora sino de una continuación de aquéllas que ya hemos sostenido a propósito del vacío. Ya sabéis cuál ha sido la opinión de los filósofos al respecto: todos han pensado que la naturaleza aborrece el vacío y casi todos, avanzando un poco más, han mantenido que no lo puede soportar y que antes que admitirlo llegaría incluso a autodestruirse. Así, pues, ha habido división de opiniones y mientras unos se han limitado a decir que lo aborrecía, los otros han afirmado que no podía soportarlo. En mi *Resumen del tratado del vacío* he intentado refutar este punto de vista y me parece que los experimentos que en él he presentado bastan para probar que la naturaleza puede soportar, y de hecho soporta, un espacio—tan grande como se desee—vacío de todas las materias conocidas y perceptibles por nuestros sentidos. Intento ahora examinar la verdad de aquella otra opinión, así como buscar experimentos que permitan apreciar si los efectos que se atribuyen al horror al vacío han de atribuirse realmente a éste o si, por el contrario, debieran serlo al peso y a la presión del aire. A decir verdad, me cuesta trabajo creer que la naturaleza, que no es animada ni sensible, pueda experimentar horror alguno, dado que las pasiones presuponen un alma que pueda sentir las, y por ello mismo me inclino mucho más a atribuir todos esos efectos al peso y a la presión del aire, pues los considero casos particulares de una proposición universal del equilibrio de los líquidos que habrá de constituir la parte principal del tratado que he prometido. Y no es que aún no tuviera estas ideas cuando redacté mi resumen, sino que a falta de experimentos convincentes no me atreví entonces (como tampoco me atrevo ahora) a prescindir del principio del horror al vacío, que incluso he recogido como tal en mi resumen: no tenía entonces otro propósito que el de combatir la opinión de quienes sostienen que el vacío es absolutamente imposible y que la naturaleza soportaría antes su propia destrucción que la admisión del menor espacio vacío. En efecto, no creo que nos esté permitido abandonar a la ligera los principios que la antigüedad nos ha legado a menos que nos obliguen a ello

pruebas indudables e incontrovertibles. En este caso, sin embargo, me parecía una debilidad extrema albergar el menor escrúpulo, ya que —en último término— mejor habrá de ser nuestra veneración por las verdades evidentes que la obstinación en defensa de las opiniones recibidas. No sabría daros mejores pruebas de mis reticencias a abandonar los antiguos principios que recordándoos el experimento que hace algunos días llevara a cabo en vuestra presencia, consistente en meter un tubo dentro de otro y en el cual se demostraba claramente el vacío en el vacío. Vos mismo visteis cómo el mercurio del tubo interior permaneció suspendido a la altura en que se mantiene durante el experimento habitual, estando compensado por el peso de toda la masa del aire, y que sin embargo descendió completamente, perdiendo toda altura y suspensión, cuando —al haber sido privado del aire por todos los lados y quedar rodeado del vacío— dejó de estar sometido a cualquier clase de presión o a ser contrarrestado por el aire. Visteis a continuación que la altura o suspensión del mercurio aumentaba o disminuía conforme aumentase o disminuyese la presión del aire y, en suma, que las distintas alturas o suspensiones del mercurio eran siempre proporcionales a la presión del aire.

Tras este experimento había sin duda motivos para pensar que no es el horror al vacío —como por lo común se cree— el que produce la suspensión del mercurio en el experimento habitual, sino el peso y la presión del aire, que contrarrestan el peso del mercurio. Pero, como quiera que todos los efectos de este último experimento de los dos tubos (perfectamente explicables en virtud de la presión y el peso del aire) se pueden explicar todavía con bastante plausibilidad por el horror al vacío, persisto en el viejo principio, aún estando ya decidido a buscar un experimento decisivo que me permite esclarecer totalmente la cuestión. He ideado uno que bien podría darnos la luz que buscamos si pudiéramos llevarlo a cabo con precisión. Se trata de realizar el habitual experimento del vacío varias veces en el mismo día, en el mismo tubo y con el mismo mercurio, pero unas veces al pie de una montaña de al menos 500 ó 600 toesas y otras en su cima, con el objeto de comprobar si la altura del mercurio suspendido en el tubo es parecida en una y otra situación o, por el contrario, difiere. Sin duda habréis advertido ya que este experimento es decisivo para la cuestión y que, si resultara que la altura del mercurio es menor en la cumbre que al pie de la montaña (conforme tengo muchas razones para creer, por más que cuantos han reflexionado sobre el problema piensen lo contrario), entonces se seguirá necesariamente que el peso y la presión del aire constituyen la única causa de la suspensión del mercurio, y no así el horror al vacío, pues es evidente que al pie de la montaña hay mucho más aire que pese que en lo

alto de la misma y, sin embargo, no cabría decir que la naturaleza aborrece más al vacío abajo que en la cima.

(...)

AL LECTOR

Estimado lector, el consenso unánime de los pueblos y la gran mayoría de los filósofos apuntan al establecimiento del siguiente principio: la naturaleza preferiría verse destruida antes que admitir el menor espacio vacío. Algunos espíritus más refinados han sido más moderados, y aún pensando que la naturaleza siente horror al vacío, han creído sin embargo que esta repugnancia tenía límites y que podía ser superada con cierta violencia. No obstante, todavía no ha habido nadie que haya suscrito esta tercera opinión, a saber: que la naturaleza no siente ningún tipo de repugnancia al vacío, que no se esfuerza lo más mínimo por evitarlo, que lo admite sin dificultad y sin oponer resistencia. Los experimentos que expuse en mi resumen destruyen, a mi entender, el primero de estos principios y no veo que el segundo pueda resistir a los que ahora os ofrezco, por lo cual creo que no hay motivo alguno que nos impida adoptar este tercero: que la naturaleza no siente ningún tipo de repugnancia al vacío, que no se esfuerza lo más mínimo por evitarlo, que todos los efectos atribuidos a ese horror se deben al peso y a la presión del aire, que ésta es la única y verdadera causa y que —no conociéndola aún— se había inventado expresamente este imaginario horror al vacío para explicar aquéllos. No ha sido ésta la única vez que las limitaciones de los hombres han impedido hallar las verdaderas causas y las han sustituido por otras imaginarias, a las que se han referido con nombres altisonantes que llenaban los oídos, pero no la mente: así se ha dicho que la simpatía y la antipatía de los cuerpos naturales son las causas eficientes y unívocas de numerosos efectos, como si los cuerpos inanimados pudieran tener simpatías y antipatías; lo mismo ha sucedido con la *antiperístasis*? y otras muchas causas quiméricas que sólo proporcionan un vano alivio a la avidez que sienten los hombres por conocer las verdades ocultas y que, lejos de descubrirlas, no sirven más que para enmascarar la ignorancia de quienes las inventan y nutrir la de sus acólitos.

Y, sin embargo, me cuesta alejarme de estas opiniones tan unánimemente compartidas, no haciéndolo sino porque la fuerza de la vida me obliga a ello. He resistido a estas ideas nuevas mientras me ha quedado algún pretexto para

seguir a los antiguos; los principios que he utilizado en mi *Resumen* dan cumplida fe de ello. Pero, a la postre, la fuerza de los experimentos me ha obligado a abandonar aquellas ideas a las que por respeto a la antigüedad había sido fiel. Y aún así las he ido abandonando muy poco a poco y sólo me he separado de ellas de forma gradual: del primero de estos tres principios, que la naturaleza siente un horror insuperable al vacío, he pasado al segundo, que tal horror se daba mas no era insuperable, y de ahí he acabado por llegar finalmente al tercero, que la naturaleza no siente ningún tipo de horror al vacío.

A ello me ha conducido este último experimento del equilibrio de los líquidos, cuya exposición no me hubiera parecido completa si no os hiciera ver los motivos que me empujaron a llevarlo a cabo; por eso os he reproducido mi carta del pasado 16 de noviembre al señor Périer, que se ha tomado la molestia de realizarlo con toda la exactitud y la precisión que cupiera desear, y a quien habrán de estar sumamente agradecidos cuantos curiosos lo habían venido deseando durante tanto tiempo.

Como quiera que, por una ventaja especial, este unánime deseo lo había hecho famoso ya antes de conocerse, estoy seguro de que su celebridad no será menor después de su ejecución y de que proporcionará tanta satisfacción como impaciencia ha producido su espera.

No era conveniente dejar languidecer por más tiempo a cuantos lo esperaban y por ese motivo no he querido dejar de anticipároslo, en contra de mi previo propósito de reservarlo para el *Tratado* completo (que os he prometido en mi *Resumen*), en el cual expondré las consecuencias que de él he extraído, pues no había querido terminarlo hasta disponer de este último experimento, que debía constituir la culminación de mis demostraciones. Sin embargo, dado que todavía no está listo para la publicación, no he querido retrasar más su presentación, tanto para ser más acreedor de vuestra gratitud como para evitar que me pudierais reprochar el daño que creería haceros con una nueva demora.

NOTAS

1. Florín Périer (1605-1672), editor de los tratados póstumos de Pascal, casado con su hermana mayor Gilberte Pascal.
2. Algunos pensadores del medioevo sostenían que el movimiento de los proyectiles hacia delante se debía a que el aire, a la vez que ocupaba el espacio que ellos dejaban tras de sí, los empujaba hacia adelante.

PREFACIO AL TRATADO DEL VACÍO

BLAISE PASCAL

El respeto por la antigüedad llega en nuestros días a tales extremos que, aun en aquellas materias en que menos en cuenta debiera tenerse, se convierten en oráculos todos sus pensamientos y en misterios incluso sus oscuridades; ni siquiera es ya posible proponer novedades sin peligro, pues el texto de un autor basta para destruir las más sólidas razones...

No es mi intención pasar de un vicio a otro y perder toda la estima por los antiguos a causa de que se les reverencie en exceso. No pretendo desterrar su autoridad para dejar paso a la sola razón, aunque se quiera establecer únicamente aquélla en detrimento del razonamiento...

Para trazar convenientemente esta distinción se ha de tener en cuenta que mientras que unos dependen exclusivamente de la memoria y son puramente históricos, no teniendo más objeto que el de saber lo que los distintos autores han escrito, los otros dependen únicamente del razonamiento y son enteramente dogmáticos, aspirando a buscar y descubrir las verdades ocultas. Los del primer tipos son tal limitados como lo son los libros en que se contienen...

Hay que tener presente esta distinción para evaluar de diferente forma el alcance de tal respeto. El respeto que ha de tenerse por...

En aquellas materias en las que únicamente se aspira a saber lo que los distintos autores han escrito —como puedan ser la historia, la geografía, la jurisprudencia, las lenguas y, sobre todo la teología (en todas aquéllas, en suma, cuyo principio es el hecho simple o la institución divina o humana)— es absolutamente necesario recurrir a sus libros, ya que ellos contienen todo cuanto es posible saber: es, pues, evidente, que en ellas se puede alcanzar un conocimiento perfecto y que no es posible añadir mucho más.

Si de lo que se trata es de saber quién fue el primer rey de los franceses, en dónde sitúan los geógrafos el primer meridiano, qué palabras se utilizan en una determinada lengua muerta, o cualquier otra cosa de estas características, ¿de qué otros medios, sino de los libros, podemos servirnos? ¿Y quién podrá añadir algo a lo que éstos nos enseñan, si lo que se desea es justamente lo que contienen?

Esa es la única autoridad que nos lo puede revelar. Ahora bien, donde esta autoridad tiene su máxima vigencia es en la teología, puesto que en ella es inseparable de la verdad y ésta no puede conocerse por ningún otro medio:

así, pues, para conferir certeza absoluta a las materias más incomprensibles para la razón, basta con remitirse a los libros sagrados (de la misma manera que para mostrar la incertidumbre de las cosas más verosímiles no hay más que hacer ver cómo no están recogidas en ellos), dado que sus principios trascienden a la naturaleza y a la razón y el espíritu humano —demasiado limitado para aprehenderlas por sí mismo— no puede llegar a ellos si no es guiado por una fuerza omnipotente y sobrenatural.

No sucede lo mismo con aquellas materias que caen bajo la competencia del juicio o del razonamiento: en tales casos la autoridad es inútil y solo la razón puede conocerlas. Tienen sus derechos separados: si antes era una la que disfrutaba de todas las ventajas, aquí es la otra a la que le toca reinar. Pero como este tipo de materias está en función de la capacidad de la mente, ésta encuentra una absoluta libertad para extenderse sobre ellas: su inagotable fecundidad da frutos continuamente y sus logros pueden sucederse ilimitada e ininterrumpidamente...

De este modo la geometría, la aritmética, la música, la física, la medicina, la arquitectura y todas las ciencias sometidas a la experiencia y a la razón han de desarrollarse para alcanzar su perfección. Los antiguos las hallaron meramente bosquejadas por quienes les precedieron y nosotros se las dejaremos a los que nos sucedan en mejor estado que aquél en que las recibimos. Como su perfección depende del tiempo y del esfuerzo, es obvio que aunque nuestro tiempo y nuestro esfuerzo hubieran sido menos fructíferos que sus trabajos de forma independiente, los dos juntos deben ser más eficaces que cada uno por su cuenta.

La aclaración de esta diferencia debe hacernos lamentar la ceguera de quienes apelan a la mera autoridad —y no al razonamiento y a la experimentación— como prueba en las cuestiones físicas e inspirarnos horror por la maldad de aquellos otros que únicamente emplean la argumentación en la teología, en lugar de invocar la autoridad de las Escrituras y de los Padres. Es preciso despertar el valor de esos tímidos que no se atreven a hacer la menor innovación en física y, en cambio, confundir la insolencia de aquellos temerarios que introducen novedades en la teología. No obstante, tal es el infortunio de este siglo que encontramos numerosas opiniones nuevas en teología, desconocidas durante toda la antigüedad, que se defienden tenazmente y se reciben con aplausos; por el contrario, las producidas en la física, aunque escasas, parecen estar condenadas a la falsedad desde el momento en que se opongan mínimamente a las opiniones recibidas. ¡Ni que el respeto a los antiguos filósofos fuese obligado y el que se tiene a los

más antiguos de los Santos Padres una mera cortesía! Dejo al criterio de las personas sensatas la consideración de este abuso que tan injustamente subvierte el orden de las ciencias y creo que serán pocos los que deseen extender tal libertad a otras materias, pues las innovaciones son infaliblemente errores en las materias que se profanan impunemente, en tanto que resultan absolutamente necesarias para la perfección de tantísimos asuntos incomparablemente menos excelsos que, sin embargo, no nos atrevemos a tocar.

Repartamos con más justicia nuestra credulidad y nuestra desconfianza y moderemos esa veneración que sentimos por los antiguos. Del mismo modo que fue la razón la que lo originó, es ella quien debe medirlo; y tengamos en cuenta que si los antiguos no se hubieran atrevido jamás a añadir algo a los conocimientos recibidos y sus contemporáneos hubiesen opuesto la misma resistencia a las novedades que les proponían, se abrían privado a sí mismos y a la posteridad de los frutos de sus innovaciones.

De igual manera que ellos se sirvieron de cuanto les había sido legado como simples medios para realizar innovaciones y que esta feliz osadía les abrió el camino a las grandes cosas, así debemos nosotros tomar lo que hemos recibido y, siguiendo su ejemplo, convertirlo en el medio y no en el fin de nuestra investigación, tratando de superarlo por vía de la imitación. Pues, ¿hay algo más injusto que tratar a nuestros antepasados con más miramientos que los que ellos tuvieron con quienes les precedieron y sentir por ello un respeto inquebrantable del que sólo se hicieron merecedores por no haberlo tenido ellos a su vez cuantos tuvieron una ventaja similar?...

Los secretos de la naturaleza están ocultos y, aunque obra incesantemente, no siempre descubrimos sus efectos: el tiempo los revela de cuando en cuando y, por más que subsista siempre idéntica a sí misma, no es siempre igualmente conocida. Las experiencias que nos proporcionan conocimiento de la misma se multiplican continuamente y, puesto que ellas constituyen los únicos principios de la física, las consecuencias se multiplican en proporción.

Así es cómo se pueden adoptar hoy en día nuevas opiniones y teorías sin desprecio ni ingratitud, ya que los primeros conocimientos que recibimos han servido de peldaños a los nuestros y en tales avances nos reconocemos deudores del ascendiente que sobre ellos tenemos; en efecto, al haber alcanzado un cierto estadio y habernos llevado hasta él, basta el más mínimo esfuerzo para ascender un poco más arriba y encontramos de ese modo por encima de ellos con menos esfuerzo y menos gloria. Desde allí podemos descubrir cosas que a ellos les era imposible percibir. Nuestra vista alcanza

más lejos y, aunque es cierto que ellos conocían tan bien como nosotros lo que les era dado observar en la naturaleza, no conocían sin embargo tanto de ella como ahora podemos ver nosotros.

Y, no obstante, resulta extraño constatar de qué modo reverenciamos sus opiniones. Contradecirlas se considera un crimen y un atentado desarrollarlas, como si ya no quedasen más verdades por descubrir.

¿No es ésta una forma indigna de tratar a la razón y de ponerla al nivel del instinto de los animales, puesto que eliminamos la principal diferencia, que no es otra sino que los efectos del razonamiento evolucionan sin cesar mientras que el instinto permanece siempre en el mismo estado? Las colmenas de las abejas estaban tan bien medidas hace mil años como puedan estarlo hoy y cada una de ellas forma un hexágono tan exactamente la primera como la última vez. Siempre ocurre igual con lo que los animales producen con ese impulso oculto. La naturaleza les instruye a medida que la necesidad les apremia, mas esa frágil ciencia desaparece cuando desaparece la necesidad: como la reciben sin estudio, no tiene la fortuna de conservarla, y cuantas veces les es dada les resulta nueva, puesto que la naturaleza —que no tiene otro objetivo que mantener a los animales en un orden de perfección limitada— les inspira esta ciencia necesaria, siempre igual, para evitar que desaparezcan y no les permite perfeccionarla para que no traspasen los límites que les han sido prescritos. No sucede lo mismo con el hombre, que ha sido creado para el infinito. Está sumido en la ignorancia en los primeros años de su vida, pero se instruye sin cesar a medida que crece: no sólo se beneficia de su propia experiencia, sino también de la de sus antepasados, ya que almacena siempre en su memoria los conocimientos antaño adquiridos y tiene siempre a su disposición en los libros lo que los antiguos le han legado. Y de la misma forma que conserva estos conocimientos, puede también incrementarlos con facilidad; en cierto modo, pues, el hombre se encuentra actualmente en la misma tesitura en que se encontrarían los filósofos antiguos si hubieran podido llegar hasta nuestros días, añadiendo a sus conocimientos de entonces todos los demás que sus estudios les hubiesen podido proporcionar a lo largo de tantos siglos. De ahí que, por una prerrogativa especial, no sólo cada uno de los hombres haga de día en día avances en las ciencias, sino que todos juntos experimentan un progreso continuo a medida que el mundo envejece, pues lo mismo ocurre en la sucesión de los hombres y en las distintas edades de un individuo concreto. Toda la sucesión de los hombres en el curso de los siglos debe considerarse como un mismo hombre que vive eternamente y que aprende sin cesar: véase cuán injustamente

reverenciamos a la antigüedad en sus filósofos. En efecto, pues así como la vejez es la etapa más alejada de la infancia, ¿quién no se da cuenta de que en este hombre universal la vejez no ha de buscarse en los tiempos más próximos a su nacimiento, sino en los más alejados? Aquéllos a los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todos los ámbitos y constitufan propiamente la infancia de los hombres; es en nosotros, que hemos añadido a sus conocimientos la experiencia de los siglos que les han seguido, donde cabe encontrar esa antigüedad que tanto reverenciamos en los otros.

Deben ser admirados por las consecuencias que extrajeron cabalmente de los escasos principios de que disponfan y deben ser excusados por aquellas otras en las que le faltó más la suerte de la experiencia que la fuerza del razonamiento. ¿Acaso no merecen ser excusados por su concepción de la Vía Láctea cuando la debilidad de sus ojos, a falta todavía de la ayuda instrumental, les hizo atribuir tal color a una mayor densidad en esa parte del cielo, que reflejaba la luz con una mayor intensidad? Y, sin embargo, ¿no es cierto que no tendríamos disculpa si siguiéramos aferrados a esa misma idea ahora que contamos con las ventajas que el telescopio proporciona y que hemos podido descubrir una infinidad de pequeñas estrellas cuyo mayor resplandor nos ha permitido reconocer la verdadera causa de esa blancura? ¿No tenían igualmente motivos para decir que todos los cuerpos corruptibles estaban encerrados dentro de la esfera lunar, dado que durante tantísimos siglos no habían tenido noticias de corrupción ni generación alguna fuera de este espacio? Ahora bien, ¿no debemos nosotros asegurar lo contrario, cuando todo el mundo ha visto cómo los cometas se inflaman y desaparecen mucho más allá de dicha esfera?

De igual forma, tenían derecho a decir que la naturaleza no toleraba el vacío, puesto que la experiencia les había enseñado siempre que lo aborrecía y que no podía soportarlo. Pero si hubieran conocido los recientes experimentos quizás hubieran encontrado motivos para afirmar lo que tuvieron motivos para negar cuando el vacío todavía no había sido producido. Así, al decir que la naturaleza no lo toleraba estaban hablando sencillamente de la naturaleza tal y como ellos la conocían, habida cuenta además de que —por plantearlo de forma general— no hubieran bastado ni cien casos, ni mill, ni cualquier número de ellos por grande que fuera, mientras faltase un solo caso por examinar, ya que éste sería suficiente para impedir la definición general y, si hubiera uno solo en contra, ese solo... Pues en todas aquellas materias en las que la prueba depende de experiencias y no de demostraciones no se puede hacer ninguna afirmación universal si no es por medio de la

enumeración general de todas las partes o de todos los distintos casos. Así, cuando decimos que el diamante es el más duro de todos los cuerpos queremos decir que lo es de entre todos los cuerpos que conocemos, no pudiendo ni debiendo incluir aquéllos que no conocemos; de la misma manera, cuando decimos que el oro es el más pesado de todos los cuerpos seríamos muy temerarios si incluyésemos en esta proposición general todos aquellos cuerpos que aún no conocemos, aunque no sea en absoluto imposible que se den en la naturaleza.

Igual sucede con la afirmación de los antiguos de que la naturaleza no soporta el vacío, pues querían decir que no lo soportaba en ninguna de las experiencias que habían presenciado y, a menos que cometieran una temeridad, no habían podido incluir aquéllas que no conocían. Pero si hubiesen tenido conocimiento de las mismas, sin duda habrían extraído las mismas consecuencias que nosotros y les habrían dado su aprobación dentro de esa antigüedad que hoy en día queremos convertir en el principio único de las ciencias.

Así es como, sin contradecirles, podemos afirmar lo contrario de lo que sostuvieron, ya que —por mucha fuerza que la antigüedad pueda tener— la verdad debe siempre prevalecer; en efecto, aunque su descubrimiento sea reciente, la verdad es siempre más antigua que todas las opiniones que sobre ella se han formulado y suponer que ha comenzado a existir en el preciso momento en que empezó a ser conocida sería ciertamente ignorar su naturaleza.

TRATADO DEL PESO DE LA MASA DEL AIRE BLAISE PASCAL

(...)

CAPÍTULO II

Que el peso de la masa del aire produce todos los efectos hasta ahora atribuidos al vacío

Este capítulo se divide en dos secciones: en la primera se relacionan los principales efectos atribuidos al horror al vacío y en la segunda se demuestra que se deben al peso del aire.

SECCIÓN PRIMERA

Relación de los efectos atribuidos al horror al vacío

Son muchos los efectos que se atribuyen a un horror que la naturaleza experimentaría ante el vacío; he aquí los principales:

I. Es difícil abrir un fuelle que tiene todas sus aberturas bien tapadas; si se intenta hacerlo, notamos una resistencia como si sus alas estuviesen encoladas. Y el émbolo de una jeringa taponada ofrece resistencia cuando tratamos de tirar de él, como si estuviera pegado al fondo.

Se pretende que esta resistencia sea debida al horror de la naturaleza al vacío, que habría de producirse en este fuelle si pudiera abrirse; la confirmación de tal cosa la tenemos en el hecho de que dicha resistencia cese al destaparlo, momento en que al abrirse puede penetrar el aire en su interior y llenarlo.

II. Es difícil separar dos cuerpos lisos que se han aplicado el uno contra el otro, pues parecen adherirse. De la misma manera, resulta difícil levantar de repente un sombrero colocado sobre una mesa; así igualmente, al levantar rápidamente un trozo de cuero colocado sobre una baldosa, arranca ésta y la levanta consigo.

Se pretende que esta adherencia sea debida al horror de la naturaleza al

vacío, que habría de producirse en el lapso de tiempo que necesitaría el aire para alcanzar el centro desde los extremos.

III. Cuando se introduce una jeringa en agua y se tira del émbolo, el agua lo sigue y asciende como si estuviera adherido a él.

Se pretende que esta elevación del agua sea debida al horror de la naturaleza al vacío, que habría de producirse en el lugar que dejaría libre el émbolo si el agua no ascendiera, ya que el aire no puede penetrar hasta allí; la confirmación la tenemos en el hecho de que si se hacen hendiduras por las que pueda pasar el aire, el agua deja de elevarse.

(...)

IV. Al meter una botella llena de agua, en posición boca abajo, dentro de un recipiente lleno de agua, la que hay en la botella permanece suspendida sin caer.

Se pretende que esta suspensión sea debida al horror de la naturaleza al vacío, que habría de producirse en el espacio dejado por el agua al caer, puesto que el aire no podría penetrar en el mismo; la confirmación la tenemos en el hecho de que si se practica una abertura por la que pueda entrar el aire, toda el agua se precipita deffomma incontenibile.

Puede realizarse ese mismo experimento con un tubo largo —de 10 pies—, cerrado por la parte de arriba y abierto, en cambio, por debajo; sí, lleno de agua, lo sumergimos boca abajo en un recipiente que también esté lleno de agua, aquélla permanecerá suspendida en el tubo, precipitándose violentamente en el momento mismo en que se destapa el extremo superior del tubo.

También puede hacerse con un tubo parecido, tapado por arriba y curvado por la parte inferior, sin que esta vez sea preciso meterlo en un recipiente lleno de agua, puesto que bastará con que haya agua en él para que permanezca suspendida; cuando se la destape por arriba, brotará con violencia por el extremo curvado, a modo de surtidor.

Por último, puede igualmente hacerse con un tubo sencillito (y no ya curvado), con tal de que sea muy estrecho por la parte de abajo: si se tapa por arriba, el agua permanecerá suspendida en su interior. Al destapar el extremo superior, el agua se precipitará violentamente hacia abajo.

Esa es la razón de que no caiga ni una gota de un tonel de vino, aunque esté abierto el grifo, si no se destapa su parte superior para que pueda entrar aire.

(...)

SECCIÓN SEGUNDA:

Que el peso de la masa del aire produce todos los efectos atribuidos al horror al vacío

Si se ha comprendido cabalmente en el *Tratado del equilibrio de los líquidos* la forma como éstos afectan con su peso a todos los cuerpos que en ellos están, no será nada difícil comprender de qué modo el peso de la masa del aire —al actuar sobre todos los cuerpos— produce todos los efectos atribuidos al horror al vacío, ya que ambos casos son enteramente semejantes, tal y como se mostrará a propósito de cada uno de ellos.

1. Que el peso de la masa del aire es la causa de la dificultad que se experimenta al abrir un fuelle cerrado.

Con el objeto de hacer ver cómo el peso de la masa del aire es la causa de la dificultad que se experimenta al abrir un fuelle en el que no puede entrar el aire, voy a mostrar una resistencia semejante causada por el peso del agua. Basta para ello con recordar lo que ya he dicho en el *Tratado del equilibrio de los líquidos*, a saber, que es muy difícil abrir un fuelle cuyo tubo tenga una longitud de 20 o más pies y que esté sumergido en una tina llena de agua de manera que su extremo asome fuera de ésta, aumentado la dificultad a medida que es mayor la altura del agua. El motivo de que así sea reside evidentemente en el peso del agua que tiene por encima, ya que es muy difícil abrirlo cuando no hay nada de ella; cuando se vierte agua, esta resistencia aumenta y es siempre igual al peso del agua que debe soportar, toda vez que —al no poder penetrar dentro, puesto que el tubo está fuera del agua— sería imposible abrirlo sin levantar y sostener toda la masa del agua. En efecto, como quiera que el agua no puede entrar en el fuelle, toda aquella desplazada al abrirlo debe ocupar otro lugar y de este modo su nivel aumenta, cosa que sólo puede hacerse con algún esfuerzo. Si el fuelle se rompiera y el agua pudiese penetrar en su interior, no encontraríamos resistencia alguna para abrirlo ni cerrarlo, ya que el agua entraría por los orificios cuando se abriese y de esa forma no ascendería el nivel del agua.

No creo que a nadie se le ocurra decir que esta resistencia se debe al horror al vacío, pues es absolutamente cierto que proviene exclusivamente del peso del agua.

Ahora bien, esto que atribuimos al agua debe hacerse extensivo a cualquier

otro líquido, dado que experimentaremos una resistencia parecida a abrir el fuelle si le introducimos en una tina de vino, de leche, de aceite, de mercurio o de cualquier otro líquido. Se trata, pues, de una regla general y de un efecto necesario del peso de los líquidos: si un fuelle está sumergido en cualquier líquido, de manera que éste no tenga acceso a su interior, el peso del líquido que tiene por encima hace que no pueda abrirse sin cierta resistencia, ya que para ello sería preciso que la soportara. Por consiguiente, y aplicando esta regla general al caso particular del aire, sucederá que cuando un fuelle está tapado de manera que el aire no pueda penetrar en él, el peso de la masa del aire que tiene por encima hará que no pueda abrirse sin sentir la resistencia, ya que para poder abrirlo haría falta que levantara toda la masa del aire. Ahora bien, en el momento en que se haga una abertura el fuelle se podrá, ya abrir y cerrar sin resistencia, puesto que el aire entrará y saldrá sin necesidad de que la apertura del fuelle suponga tener que elevarlo. Todo lo dicho se corresponde perfectamente con el ejemplo del fuelle sumergido en el agua.

De ello se deduce que la dificultad que se experimenta al abrir un fuelle cerrado no es más que un caso particular de la regla general referente a la dificultad de abrir un fuelle en cualquier clase de líquido, siempre que éste no tenga acceso a su interior.

Cuanto hemos dicho a propósito de este fenómeno se hará extensivo a todos los demás, si bien lo expondré de forma más breve.

II. Que el peso de la masa del aire es la causa de la dificultad que se experimenta al separar dos cuerpos pulidos cuyas superficies estén en contacto.

Con objeto de hacer ver cómo el peso de la masa del aire es la causa de la resistencia que se experimenta al querer separar dos cuerpos pulidos cuyas superficies estén en contacto, voy a dar un ejemplo de una resistencia igual causada por el peso del agua, con lo cual no quedará duda ninguna de que es el aire el que produce dicho fenómeno.

De nuevo es preciso remitirnos a lo que se expuso en el *Tratado del equilibrio de los líquidos*: se introduce un cilindro de cobre torneado por la abertura de un embudo que también lo esté, de manera que queden tan perfectamente ajustados que el cilindro entre fácilmente en este embudo sin que el agua pueda, no obstante, pasar entre ambos; a continuación se introduce tal

artilugio en una tina llena de agua dejando que el extremo del embudo sobresalga fuera de ésta, aun cuando para ello fuera preciso que tuviera 20 pies de longitud; luego se sujeta el embudo con la mano y se suelta el cilindro, situado a 15 pies de la superficie del agua, para ver qué pasa y se constatará que no sólo no cae (por más que nada parezca sostenerlo), sino que incluso será difícil arrancarlo del embudo (aunque no esté en modo alguno adherido al mismo); sin embargo, si estuviera a menos de 4 pies dentro del agua, caería violentamente por efecto de su peso, y más aún si estuviera completamente fuera del agua. También he señalado la razón de que así sea, a saber, que el agua que tiene por debajo —y no por arriba (pues ésta no guarda contacto alguno con su superficie superior, ya que el embudo impide que pueda llegar hasta ella)— le empuja desde ese lado hacia el lado con el que no está en contacto, esto es, le empuja hacia arriba y le presiona contra el embudo.

Esto mismo ha de entenderse que sucede con cualquier otro líquido: así, si dos cuerpos pulidos se aplican el uno contra el otro, sosteniéndose el de arriba con la mano y soltándose el otro, éste de abajo permanecerá suspendido al estar en contacto con el aire por su parte inferior y no por la superior, dado que entre ambos no hay posibilidad alguna de acceso y, por lo tanto, al aire no puede llegar hasta la superficie por la que se tocan. De esto se sigue como efecto necesario del peso de todos los líquidos en general que el peso del aire debe empujar hacia arriba a este cuerpo, presionándolo contra el otro, de forma que si se intenta separarlos se experimentará una enorme resistencia: tal fenómeno se corresponde perfectamente con el del peso del agua.

De todo ello se sigue que la dificultad que se experimenta al separar dos cuerpos pulidos no es más que un caso particular de la regla general de la impulsión de todos los líquidos contra un cuerpo con el que están en contacto por una de sus caras, y no por aquella otra que les es opuesta.

III. Que el peso de la masa del aire es la causa de la elevación del agua en las jeringas y en las bombas.

Con el objeto de hacer ver cómo el peso de la masa del aire hace que suba el agua en las bombas a medida que se tira del pistón, voy a mostrar un fenómeno similar relativo al peso del agua, cuya razón sólo así podrá comprenderse. Introducimos en una jeringa un émbolo bastante largo —10 pies, por

ejemplo—, todo él hueco y con una válvula en su extremo inferior dispuesta de manera tal que pueda permitir el paso de arriba a abajo, pero no a la inversa; de esta forma la jeringa no podrá atraer al agua ni a ningún otro líquido por encima del nivel de éste, ya que el aire circula con toda libertad por la oquedad del émbolo. Si metemos la abertura de esta jeringa en un recipiente lleno de mercurio y todo el conjunto en una tina de agua, manteniendo no obstante el extremo superior del émbolo fuera de la misma, constataremos que al tirar de éste el mercurio ascenderá y le seguirá como si estuviese adherido al mismo; ahora bien, si no hubiera agua en la tina, el mercurio no ascendería lo más mínimo, ya que en tal caso el aire podrá penetrar libremente en el interior de la jeringa por el mango del émbolo hueco.

No se trata, por consiguiente, de horror al vacío. Cuando el mercurio no sube a ocupar el lugar dejado por el émbolo, éste no está en absoluto vacío puesto que el aire puede penetrar con entera libertad. Sólo cuando el peso de la masa del agua presiona sobre todas y cada una de las partes del mercurio del recipiente, excepto aquélla que coincide con la abertura de la jeringa (pues el agua no puede llegar allí por impedírselo el cuerpo de la jeringa y el émbolo), sólo entonces el mercurio —sometido a tal presión en todas sus partes menos en una— será empujado hacia ésta por el peso del agua tan pronto como la tracción del émbolo le permita penetrar en su interior y contrarreste en la jeringa el peso del agua que hay fuera.

Pero si se hacen algunas hendiduras en la jeringa por las cuales pueda entrar el agua, el mercurio ya no ascenderá debido a la penetración del agua y al consiguiente contacto tanto con la parte del mercurio que está junto a la abertura de la jeringa como con las otras: al estar todo sometido a idéntica presión, nada asciende. Todo esto se ha demostrado claramente en el *Tratado del equilibrio de los líquidos*.

Este ejemplo muestra cómo el peso del agua hace que el mercurio se eleve. Podría lograrse un efecto similar con el peso de la arena, sacando todo el agua de la tina y vertiendo esta otra en su lugar: llegará un momento en que el peso de la arena hará ascender al mercurio por la jeringa, ya que presionará sobre él exactamente igual que lo hiciera el agua (es decir, sobre todas sus partes a excepción de aquélla que coincide con la abertura de la jeringa) y de este modo le empujará y le obligará a subir. Y si se aprieta la arena con las manos, el mercurio del interior de la jeringa ascenderá hasta una altura en la que pueda contrarrestar la fuerza exterior.

La explicación de estos fenómenos permite comprender fácilmente por qué

el peso del aire hace ascender al agua en las jeringas corrientes cuando se tira del émbolo. Es evidente que el peso del aire que está en contacto con todas las partes del agua menos aquélla que coincide con la abertura de la jeringa (a la cual no tiene acceso por impedírselo la jeringa y el émbolo) presionará sobre todas ellas a excepción de ésta, empujándolas y haciéndolas elevarse por ella a medida que el émbolo va retirándose y deja un espacio libre para que entre el agua hasta contrarrestar en el interior de la jeringa el peso del aire que queda fuera, por la misma razón y con idéntica necesidad que en el ejemplo anterior ascendía el mercurio por efecto de la presión del peso del agua y de la arena.

Es evidente, pues, que la elevación del agua en las jeringas no es sino un caso particular de esta regla general: cuando un líquido está sometido en todas sus partes, excepto una, a la presión ejercida por efecto del peso de cualquier otro líquido, este peso lo empujará hacia aquel lugar en el que no se experimente dicha presión.

(...)

CAPÍTULO III

Que dado que el peso de la masa del aire es limitado, los efectos por él producidos son también limitados.

Dado que el peso del aire produce cuantos efectos venían atribuyéndose al horror al vacío y que aquél no es infinito, sino que tiene límites, sus efectos tendrán que ser igualmente limitados. La experiencia lo confirma, tal y como muestran los ejemplos siguientes.

En cuanto se tira del émbolo de una bomba de succión o de una **jeringa**, el agua lo sigue y continúa haciéndolo mientras se tire, aunque no basta cualquier altura: efectivamente, hay un cierto límite que no sobrepasa y que ronda los 31 pies de altura. Así, mientras no se tire del émbolo más allá de esta altura, el agua se eleva y permanece siempre contigua al mismo; en cambio, apenas se pasa de esta altura, el émbolo deja de atraer agua y ésta queda suspendida a una determinada altura, inmóvil, y ya no sube más aunque se siga tirando del émbolo hasta la altura que se quiera.

Pues la masa del aire pesa poco más o menos lo que el agua a 31 pies de altura y la hace subir por la jeringa ya que es fuera, y no dentro de ésta, donde se siente su peso: así, eleva el agua de la **jeringa** hasta una altura en la que acabe contrapesándose con el aire y el conjunto permanezca en equilibrio, exactamente igual que ocurre con el agua y el mercurio cuando existe la misma relación entre sus alturas y sus pesos (tal y como hemos mostrado en el *Tratado del equilibrio de los líquidos*). Y puesto que ésta es la única razón de que el agua ascienda -a saber, que el peso la obliga a hacerlo-, al llegar a una determinada altura más allá de la cual el peso del aire ya no puede elevarla, y a falta de otra causa que la haga moverse, el agua permanecerá inmóvil en dicho nivel.

Sea cual fuere el grosor de la bomba, el agua siempre se elevará hasta la misma altura, dado que los líquidos pesan conforme a su altura y no a su volumen, como hemos demostrado en el *Tratado del equilibrio de los líquidos*.

Así, si se hace ascender mercurio en una **jeringa**, llegará hasta una altura de 2 pies, 3 pulgadas y 5 líneas, cuyo peso equivale precisamente al de los 31 pies de agua, pues será entonces cuando se contrapesa con la masa del aire. Y si se eleva aceite por una bomba, alcanzará casi 34 pies e incluso más, puesto que a esa altura pesa tanto como los 31 pies de

agua y, en consecuencia, tanto como el aire. Lo mismo vale para los demás líquidos.

Si se coge un tubo cerrado por arriba, y abierto por abajo y se llena de agua hasta cualquier altura por debajo de los 31 pies, toda esta agua permanecerá suspendida al ser capaz de sostenerla el peso de la masa del aire. Ahora bien, si pasa de los 31 pies de altura, el agua caerá parcialmente, esto es, descenderá hasta los 31 pies y entonces permanecerá suspendida a dicha altura sin bajar ya más, tal y como en el *Tratado del equilibrio de los líquidos* se vio que sucedía con el mercurio de un tubo sumergido en una tina llena de agua, el cual descendía hasta una cierta altura en la que su peso era idéntico al del agua. Pero si llenamos el tubo de mercurio en vez de agua, veremos que desciende hasta una altura de 2 pies, 3 pulgadas y 5 líneas, que corresponden justamente a los 31 pies de agua.

Y si se inclinan un poco estos tubos en los que permanecen suspendidos el agua y el mercurio, ambos líquidos ascenderán hasta alcanzar la misma altura que tenían antes y que se vio reducida por la inclinación. El peso del aire prevalece mientras se encuentran por debajo de dicha altura y se equilibra con ellos cuando la alcanzan: todo esto coincide plenamente con lo expuesto en el *Tratado del equilibrio de los líquidos* acerca del tubo del mercurio sumergido en una tina de agua. Al enderezar el tubo, los líquidos vuelven a recuperar aquella altura.

De este modo toda el agua del recipiente más elevado sube por un sifón y pasa al más bajo, siempre que el brazo del sifón por el que asciende no supere los 31 pies de altura, puesto que -como ya se ha dicho- el peso del aire puede elevar el agua hasta esa altura y mantenerla allí suspendida; sin embargo, cuando el brazo inmerso en el recipiente más alto supera dicha altura, el sifón ya no funciona y el agua del recipiente no llega a la parte superior ni pasa al otro lado, ya que el peso del aire no la puede elevar a más de 30 pies.

Por consiguiente, el agua se divide en lo alto del sifón y cae por ambos brazos en los dos recipientes, quedando suspendida a una altura de 31 pies por encima de cada uno de ellos al equilibrarse con el peso del aire.

Al inclinar un poco el sifón, el agua sube por uno y otro brazo hasta alcanzar la misma altura que tenían antes de la inclinación; si se inclina de tal forma que el extremo superior del sifón no llegue a los 31 pies por encima del recipiente más elevado, el agua del brazo correspondiente a éste subirá hasta arriba y descenderá por el otro brazo, siguiendo un pequeño hilillo o, si se inclina más aún, por todo el tubo.

Lo mismo vale para todos los otros líquidos, observándose siempre la proporción con respecto a sus pesos.

Así, no se logrará abrir un fuelle mientras se haga una cierta fuerza y, sin embargo, se conseguirá al hacer un poco más. Ahora bien, la fuerza necesaria es la siguiente: si las alas tienen un diámetro de un pie, se precisará una fuerza capaz de elevar el agua de un recipiente de un pie de diámetro -como las alas del fuelle- y de 31 pies de altura, que es la alcanzada por el agua en una bomba; si las alas tienen sólo 6 pulgadas de diámetro para abrir el fuelle hará falta una fuerza igual al peso del agua de un recipiente de 6 pulgadas de diámetro y 31 pies de altura, y así sucesivamente: de modo tal que aplicando a cada una de las alas un peso igual al de esta cantidad de agua, el fuelle se podrá abrir y no se logrará, en cambio, con un peso menor, puesto que el peso del aire que presiona sobre él es exactamente igual al de 31 pies de agua.

Un peso idéntico atraerá al émbolo de una jeringa tapada y separará a dos cuerpos pulidos que hayan sido aplicados el uno contra el otro: si tienen, por ejemplo, un diámetro de una pulgada, podrán separarse mediante una fuerza igual al peso de una columna de agua de una pulgada de grosor y 31 pies de altura.

CONCLUSIÓN DE LOS DOS TRATADOS PRECEDENTES¹

En el tratado precedente he referido todos los efectos que hasta ahora se venían creyendo producidos por la naturaleza para evitar el vacío y he puesto de relieve que es absolutamente falso que acontezcan en virtud de esta razón imaginaria. Por el contrario, de la mano de argumentaciones y experimentos absolutamente convincentes, he demostrado que el peso de la masa del aire es la única y verdadera causa de los mismos, de manera tal que está ya fuera de toda duda que la naturaleza no produce efecto alguno a fin de evitar el vacío.

De ello no será difícil pasar a demostrar que la naturaleza no experimenta en absoluto horror al mismo. Esta forma de hablar ni siquiera es correcta, pues la naturaleza creada —que es de la que aquí se trata— no está animada ni puede tener pasiones. Es un modo de hablar metafórico, por el que no se quiere significar otra cosa sino que la naturaleza hace los mismos esfuerzos por evitar el vacío como si en realidad le tuviera horror: para quienes así hablan, decir que la naturaleza experimenta horror al vacío es lo mismo que decir que hace grandes esfuerzos por evitarlo. Por consiguiente, y como quiera que ya he demostrado que no hace nada por rehuirlo, es preciso concluir que no siente ningún horror al vacío. Continuando con la metáfora: al igual que decimos que a alguien le es indiferente una cosa cuando en ninguna de sus acciones se hace patente movimiento alguno de deseo o aversión, así debemos decir que la naturaleza experimenta una extrema indiferencia por el vacío, ya que nunca se esfuerza por buscarlo ni por evitarlo. (Cuando hablo de “vacío” me refiero siempre a un espacio vacío de todos los cuerpos que caen bajo el dominio de los sentidos.)

Es muy cierto (y esto es lo que hizo errar a los antiguos) que el agua asciende por una bomba cuando el aire carece de todo acceso a su interior, que si no siguiera al pistón se produciría el vacío y que tan pronto como penetra en ella algo de aire el agua deja de subir: de ahí parece colegirse que el agua se eleva precisamente para impedir el vacío, puesto que sólo sube cuando de lo contrario se produciría éste.

También es verdad que resulta difícil abrir un fuelle cuando sus aberturas están tapadas y no permiten que entre aire, así como que al abrirlo se produciría el vacío, en tanto que dicha resistencia desaparece en el momento mismo en que el aire puede ya penetrar en su interior: como quiera que esto

sólo sucede cuando de lo contrario se produciría el vacío, parece como si su causa no fuera otra sino el miedo al vacío.

Por último, es un hecho que todos los cuerpos se esfuerzan por lo común en seguirse los unos a los otros y por mantenerse unidos cada vez que de su separación —y no de cualquier otra cosa— hubiera de resultar el vacío: ésa ha sido la base para concluir que esta unión responde al miedo al vacío.

Me serviré de un ejemplo para hacer ver la debilidad de esta inferencia. Es bien sabido que resulta muy difícil abrir un fuelle sumergido en el agua de la manera que venimos describiendo, con su boquilla —a la que se ha puesto una longitud de 20 pies— asomado por el aire, fuera ya del agua, y con las aberturas de sus alas perfectamente tapadas para que el agua no pueda penetrar en su interior; tanto más difícil resulta abrirlo cuanto más agua tenga por encima, mientras que si se destapan las aberturas de una de sus alas, permitiendo que el agua entre con entera libertad, dicha resistencia desaparece.

Si se quisiera razonar sobre este fenómeno tal y como lo hemos hecho acerca de los otros, podría decirse lo siguiente: cuando las aberturas están tapadas, es difícil abrir el fuelle; cuando el agua puede entrar y ocupar el lugar del aire, la resistencia cesa. Por consiguiente, y dado que la única resistencia lo es a que penetre el aire, dicha resistencia ha de deberse a una aversión al aire.

No hay nadie a quien no le haga refr esta inferencia, puesto que muy bien podría hallarse otra causa de tal resistencia. En efecto, es obvio que el fuelle no podría abrirse sin que subiera el nivel del agua, ya que toda aquélla desplazada al abrirlo —al no poder penetrar en su interior— tendría que acomodarse en otro lugar y de ese modo habría de levantar toda la masa, que es lo que produce la resistencia. Tal cosa no sucede cuando el agua puede pasar por las aberturas del fuelle, ya que entonces —tanto si se abre como si se cierra— el agua no sube ni baja, pues aquélla que es desplazada entra directamente en el fuelle y así puede éste abrirse sin resistencia.

Todo esto es evidente y por lo tanto podemos considerar que el fuelle no puede abrirse a menos que se produzca una de estas dos cosas: que el aire penetre realmente en su interior o que ascienda la masa del agua. Esta última es la que ocasiona la resistencia, puesto que la primera —al tener lugar en el mismo instante— resulta del todo indiferente.

Lo mismo podemos decir sobre la dificultad que se experimenta al tratar de abrir en el aire un fuelle cerrado herméticamente por todas partes. Si se abriera a la fuerza, tendrían que suceder dos cosas: que realmente se

produciría el vacío y que toda la masa del aire se vería levantada y elevada. Es esto último lo que ocasiona la resistencia apreciada, en tanto que lo primero resulta indiferente por completo. Por lo demás, esta resistencia aumenta y disminuye proporcionalmente a la carga del aire, tal y como voy a demostrar. Lo mismo cabe decir de la resistencia experimentada al tratar de separar todos aquellos cuerpos entre los cuales se habría de producir el vacío: para que exista esta posibilidad es necesario que el aire no pueda penetrar, con lo cual sería imposible separarlos sin levantar y sostener toda la masa del aire, que es lo que ocasiona la resistencia.

Esta es la verdadera causa de la adherencia de aquellos cuerpos entre los que existe la posibilidad del vacío. Si ha llevado tanto tiempo conocerla es porque solo gradualmente ha conseguido salir del terreno de las opiniones erróneas: así, ha habido tres etapas caracterizadas por tres opiniones diferentes. Han sido tres los errores tradicionales que han hecho completamente imposible el conocimiento de la causa de la adherencia de los cuerpos.

El primero de ellos es la idea de que el aire es ligero, aceptada en casi todas las épocas porque así lo habrían manifestado los autores antiguos, en cuya opinión fueron muchos los que les siguieron ciegamente; de hecho hubieran persistido eternamente en esta creencia de no haber sido porque otros más hábiles les convencieron merced a la fuerza de la experiencia: ciertamente nunca hubiera sido posible considerar el peso del aire como la causa de la mencionada adherencia mientras se siguiera pensando que el aire carecía de peso.

El segundo error deriva de la creencia de que los elementos no pesan en sí mismos, basada en el hecho de que no se sienta el peso del agua cuando se está dentro de ella, de que resulte más fácil levantar un cubo de agua dentro que fuera y de que únicamente comience a sentirse su peso al salir del agua. ¡Cómo si esto fenómenos no pudiesen deberse a otra causa! Es más bien aquella otra la que resulta inverosímil, puesto que no tiene ningún sentido pensar que el agua sacada en un cubo sí que pesa, mas no así cuando se sumerge de nuevo el cubo, que pierde su peso al mezclarse con el resto y lo recupera cada vez que emerge. ¡Extraños procedimientos los inventados por el hombre para enmascarar su ignorancia! En efecto, no comprendiendo por qué no se siente el peso del agua y no queriendo confesarlo, dijeron que no pesaba, con la consiguiente satisfacción de su vanidad aun en detrimento de la verdad. Su opinión se impuso y mientras tal fantasía imperó tuvo por fuerza que ser imposible llegar a creer que el peso del aire fuera la causa de

dichos fenómenos. Incluso en el caso de haberse sabido que tenía peso, hubieran dicho que no pesaba al estar contenido dentro de sí mismo y de este modo no se hubiera podido suponer que produjera efecto alguno en virtud de su peso.

Esa es la razón que me ha llevado a demostrar en el *Tratado del equilibrio de los líquidos* que el agua pesa lo mismo dentro que fuera, explicando también por qué sin embargo no resulta difícil levantar un cubo ni se siente su peso: y en el *Tratado del peso de la masa del aire* he demostrado lo mismo a propósito del aire, a fin de disipar todas las dudas.

El tercer error es de una naturaleza distinta. No tiene nada que ver con el aire, sino con los propios efectos atribuidos al horror al vacío, acerca de los cuales se han formulado opiniones sumamente erróneas.

Se pensaba, por ejemplo, que una bomba no sólo puede elevar el agua a 10 ó 20 pies, cosa que es bien factible, sino incluso a 50, 100 ó 1.000 pies, e incluso a la altura que se quiera, sin limitación alguna.

Se creía igualmente que no sólo es difícil separar dos cuerpos pulidos que se han aplicado el uno contra el otro, sino que era de todo punto imposible; que ni siquiera un ángel o cualquier otra fuerza creada sería capaz de hacerlo, y así cientos de exageraciones que no voy a dignarme repetir. Y lo mismo puede decirse de los demás fenómenos.

Estamos ante un error tan antiguo que ni siquiera se conoce su origen. El propio Herón, uno de los primeros y más destacados pensadores que han escrito sobre la elevación del agua, afirma expresamente —como algo que no cabe poner en duda— que es posible hacer pasar el agua de un río por encima de una montaña hasta alcanzar el valle opuesto, siempre que éste sea un poco más profundo: el procedimiento consiste en colocar un sifón en la cumbre, haciendo que sus brazos recorran ambas laderas, uno hasta el río y el otro por la otra vertiente. Herón asegura que el agua subirá desde el río hasta la cumbre, cualquiera que sea su altura, y descenderá después al otro valle.

Todos los que han escrito este problema han dicho lo mismo e incluso los fontaneros actuales continúan asegurando que son capaces de construir bombas aspirantes capaces de elevar el agua hasta 60 pies si se desea.

Ni Herón, ni estos autores, ni los artesanos, ni —menos aún— los filósofos, han ido demasiado lejos en las contrastaciones. Hubiera bastado con que intentaran elevar el agua a 40 pies para que se dieran cuenta de que es imposible; sin embargo, se contentaron con observar bombas y sifones de 6, de 10 o de 12 pies, que funcionaban perfectamente, y de este modo jamás

tropezaron con ningún caso en el que el agua no llegara a elevarse. Jamás imaginaron, en consecuencia, que existiera un cierto límite después del cual las cosas fueran diferentes; pensaron que se trataba de una necesidad natural e inmutable. Y dado que creían que el agua se elevaba en virtud de un insalvable horror al vacío estaban plenamente convencidos de que seguiría ascendiendo incesantemente, tal y como había comenzado a hacerlo.

De este modo, partiendo de lo que habían visto, llegaron a una conclusión relativa a lo que no veían, teniendo por igualmente verdaderas ambas opiniones.

Tan firmemente se ha creído en ella que los filósofos la han convertido en uno de los grandes principios de su ciencia y en el fundamento de sus *Tratados sobre el vacío*. Se explica diariamente en las aulas de todo el mundo y desde que existen los libros todos los hombres se han aferrado a dicha idea sin que hasta ahora se haya atrevido nadie a cuestionarla.

Puede que este caso abra los ojos de todos aquéllos que no se atreven a poner en duda una opinión que desde antiguo ha contado con el refrendo de todos los hombres, ya que simples artesanos han sido capaces de demostrar que todos los grandes hombres que se han dado en llamar “filósofos” se equivocaban. Así, Galileo manifestaba en sus *Diálogos* haber sabido por los fontaneros italianos que las bombas no elevan el agua más que a una cierta altura, procediendo acto seguido a comprobarlo él mismo. Muchos otros realizaron después la contrastación en Italia y más tarde también en Francia, empleando mercurio para mayor comodidad, pero que no es sino otra forma de demostrar el mismo fenómeno.

Antes de adquirir tal conocimiento no tenía sentido tratar de demostrar que era el peso del aire el que elevaba el agua en las bombas, habida cuenta de que al ser limitado este peso no podía producir un efecto infinito.

No obstante, todos esos experimentos fracasaron en su demostración de que es el aire la causa de dichos efectos: nos libraron de un error, pero nos condujeron otro. En efecto, por ellos se supo que el agua sólo se eleva a una cierta altura, mas no se advirtió que sube más arriba en los lugares profundos; antes bien, se pensaba que siempre ascendía hasta una misma altura y que por consiguiente era invariable en todos los lugares del mundo. Pero como nadie podía pensar en el peso del aire, se convino que la naturaleza de la bomba era tal que elevaba el agua hasta una cierta altura y ya no más. Incluso Galileo pensó que se trataba de la altura natural de las bombas y la denominó *la altessa limitatissima*.

Así, pues, ¿cómo hubiera podido imaginarse que esta altura variaba con los

distintos lugares? Ciertamente resultaba improbable. Y, sin embargo, este último error dejaba nuevamente fuera de lugar la demostración de que es el peso del aire el que causa todos esos fenómenos; pues al ser mayor su peso al pie de las montañas que en la cima, es evidente que sus efectos deberían ser proporcionalmente mayores.

Ese fue el motivo que me hizo pensar que únicamente podía alcanzarse esta demostración practicando el experimento en dos lugares entre los cuales mediara una elevación de 400 ó 500 toesas. A tal efecto elegí la montaña del Puy-de-Dôme, en Auvernia, conforme a las razones que ya expuse en un pequeño escrito publicado en 1648, tan pronto como el experimento pudo llevarse a cabo con éxito.

Al descubrir que el agua se eleva en las bombas a alturas diferentes, dependiendo de los lugares y las condiciones atmosféricas, y que es siempre proporcional al peso del aire, este experimento completó nuestro conocimiento de dichos fenómenos y puso fin a todas las dudas existentes; mostró cuál es la verdadera causa y cómo ésta no era el horror al vacío; y, por último, arrojó sobre el tema toda la luz que pudiera descarse.

Trátase ahora de explicar sin recurrir al peso del aire —si es que es posible— por qué las bombas aspirantes elevan el agua una cuarta parte menos en lo alto de Puy-de-Dôme, en Auvernia, que en Dieppe; por qué un mismo sifón extrae y eleva el agua en Dieppe y no en París; por qué dos cuerpos pulidos, aplicados el uno contra el otro, se separan con más facilidad en un campanario que en una calle; por qué un fuelle herméticamente cerrado por todas partes se abre con más facilidad en lo alto de una casa que en un patio; por qué cuando el aire está más cargado de vapores es más difícil sacar el émbolo de una jeringa; por que, finalmente, resultan todos estos fenómenos proporcionales al peso del aire, como el efecto a la causa. ¿Es que la naturaleza aborrece más al vacío en lo alto de las montañas que en los valles? ¿En días húmedos más que con buen tiempo? ¿No es su horror el mismo en un campanario, en un desván o en los patios?

Que todos los discípulos de Aristóteles se armen de cuanto hay de valioso en las obras de su maestro y de sus comentaristas y expliquen, si es que pueden, todas estas cosas por medio del horror al vacío; si no, *que reconozcan que los experimentos son los verdaderos maestros a los que hay que seguir enérgicamente*; que el practicado en las montañas ha puesto fin a la creencia universal en el horror de la naturaleza al vacío, abriendo el camino a la idea —ya incuestionable— de que la naturaleza no experimenta horror alguno al vacío, que no hace nada por evitarlo y que el peso de la masa del aire es la

verdadera causa de todos lo efectos que hasta ahora venfan atribuyéndose a esta causa imaginaria.

NOTAS

1. Se trata de conclusiones referidas al *Tratado del equilibrio de los líquidos* y del *Tratado del peso de la masa del aire*.

El manzano

John Galsworthy

En el capítulo "Las pulsiones y los señuelos", del apartado "El problema de la sublimación", de El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, y acerca de la problemática del objeto, Lacan recomienda que el tema de la relación con el objeto debe ser leído freudianamente desde la "Introducción del narcisismo" y otros textos. Dice entonces: "Freud, en una breve nota de los Tres ensayos, hace una especie de flash, que es del estilo del ensayo, acerca de la diferencia que nos llama la atención entre la vida amorosa de los Antiguos, se trata de los precristianos, y la nuestra. Ella reside, dice, en el hecho de que los Antiguos enfatizaban la tendencia misma mientras que nosotros enfatizamos su objeto. Los Antiguos rodeaban a la tendencia de fiestas y también estaban dispuestos a honrar, por medio de la tendencia, a un objeto de menor valor, de valor común; nosotros, en cambio, reducimos el valor de la manifestación de la tendencia y exigimos el soporte del objeto mediante los rasgos prevalentes del objeto.

Freud, por otra parte, escribió también muchas páginas para hablarnos de ciertas degradaciones de la vida amorosa —¿degradaciones que se hacen en nombre de qué? En nombre de un ideal incuestionable— lean también lo siguiente en El malestar: Entre las obras de este delicado autor inglés, Galsworthy, cuyo valor es hoy universalmente reconocido, una novela que antaño me había gustado mucho, se llama The Apple-Tree y muestra cómo ya no hay lugar, en nuestra vida civilizada de hoy, para el amor simple y natural, para el eco pastoral de dos seres humanos."

Galsworthy, John (1867-1933). El manzano. Buenos Aires, Edit. Sur, 1957. Trad.: Manuel Balaguer.

NOTA DE REFERENCIAS...

Se presume que *El manzano* se basa en un hecho real de la vida del autor. Escrita con lápiz en un cuaderno de notas, se encontró entre los papeles de Galsworthy la siguiente poesía: “—Esas rocas despiertan mis recuerdos— / pensó —Todo está igual. No cabe duda.... / Y una vez más, subiendo aquel sendero, / evocó de ella la gentil figura. / Linda y modesta cual la primavera / así era ella.... Se llamaba Megan.” Esta poesía pertenece a los tiempos (1904) en que Galsworthy realizó una excursión a pie por Gales, en compañía de Edward Garnett. En una introducción al epistolario del célebre novelista y poeta, Garnett, refiriéndose a esa excursión narra lo siguiente: “En un solitario y agreste paraje, nos topamos con una preciosa muchacha, que se cruzó con nosotros en el camino y que no sólo no se atrevió a mirarnos la cara, sino que bajó los ojos tímidamente hacia el suelo. De tal incidente nació *El manzano*, uno de los cuentos más deliciosos de Galsworthy.”

EL MANZANO
JOHN GALSWORTHY

"The Apple-tree, the singing, and the gold."

(El manzano, el canto y el oro).

Hipólito, de Eurípides

Traducción de Murray

Era el día de sus bodas de plata. Ashurst y su mujer corrían en automóvil bordeando los marjales, con el propósito de rematar la jomada pasando la noche en Torquay, lugar en que se encontrarán por primera vez. Ello fue idea de Stella Ashurst, cuyo carácter no estaba desprovisto de un toque sentimental. Aunque hacía ya bastante tiempo que perdiera su mirada azul, su floreciente encanto, la fresca y delicada pureza de sus facciones y de su figura y el color de la tez como de flor de manzano, que de manera tan singular y fulminante había impresionado a Ashurst veintiséis años atrás, seguía siendo todavía una compañera leal y encantadora, con sus mejillas ligeramente pecosas, con aquellos ojos entre azules y grises que habían adquirido un cierto grado de plenitud.

Ella fue quien detuvo el coche donde los prados comunales se empinaban en forma pronunciada hacia la izquierda y una estrecha franja de alerces y hayas, con algún que otro pino de cuando en cuando, se extendía en dirección al valle situado entre la carretera y la primera colina, alta y alargada, del amplio páramo. Buscaba un lugar donde poder comer —pues Ashurst nunca se ocupaba de encontrar nada—; y aquél, enclavado entre brillante tojos y el verde plumaje de los alerces que olían a limón bajo los postreros rayos del sol abrilero, con su vista del profundo valle, abajo, y, en lo alto, de las extensas prominencias del marjal, parecía cuadrar con el definido modo de ser de quien tomaba apuntes a la acuarela y se extasiaba ante los parajes románticos. Tomando su caja de pinturas, saltó del coche.

—¿Te parece bien esto, Frank?

Ashurst, con el aspecto de un Schiller barbado, aladares plateados, alto, zanquilargo, grandes ojos grises de mirada remota que, a veces, se llenaban de sentido y se hacían casi hermosos; con una nariz un tanto ladeada, e hirsutos labios entreabiertos..., el Ashurst silencioso de cuarenta y ocho años agarró la cesta de la merienda y descendió a su vez.

—¡Oh! ¡Mira, Frank! ¡Una tumba!

Al borde del camino, allí donde el sendero proveniente de lo alto del prado cruzaba aquél en ángulo recto y atravesaba una barrera más allá de la angosta línea arbolada, se veía un pequeño montículo de césped, de dos metros de largo por uno de ancho, con una lápida orientada a poniente, en el que alguien había esparcido algunas matas de endrino y un puñado de azules campanillas. Ashurst miró aquello, y el poeta que en él había despertóse. ¡En el cruce de caminos... el sepulcro de un suicida...! Quienquiera que allí reposara tenía, en verdad, lo mejor; nada de una fosa como un charco entre otras tumbas horribles con losas plagadas de estúpidas inscripciones; ¡sólo una piedra tosca, el ancho cielo, las bendiciones del camino! Y sin hacer comentarios, pues había aprendido a no filosofar en el seno de su familia, avanzó a grandes pasos dentro de la pradera, dejó caer la cesta junto a una pared, extendió una manta en el suelo para que se sentara su mujer —sin duda abandonaría sus apuntes cuando se sintiera con apetito— y sacó del bolsillo la traducción del *Hipólito*, de Eurípides, hecha por Murray. Pero pronto terminó de leer el episodio de *La Chipriota* y su venganza, y púsose a contemplar el cielo. Y mientras observaba el brillo de las blancas nubes sobre el intenso azul, Ashurst, en aquel día de sus bodas de plata, experimentó una suerte de anhelo... de no sabía qué. ¡Qué mal se adapta a la vida el organismo humano! La norma de nuestro vivir debiera ser elevada y moral, pero siempre se sufría la sensación oculta de la insatisfacción, la angustia y la existencia malgastada. ¿Sentirían lo mismo las mujeres? ¿Quién podría saberlo? Por otra parte, los hombres que daban rienda suelta a sus ansias de cambio, a sus desenfrenados deseos de nuevas aventuras, nuevos riesgos y nuevos placeres, también sufrían, sin la menor duda, de lo contrario de la insatisfacción: del hartazgo. ¡Y no había escape para ese animal inadaptado; para el hombre civilizado! No existía jardín donde elegir, entre “el manzano, el canto y el oro”, según las palabras del hermoso coro griego; no era posible el paraíso en nuestra vida, ni conseguir un perdurable abrigo de felicidad para nadie provisto del sentido de lo bello; nada que pudiera compararse con el encanto prisionero en una obra de arte, plasmado allí para siempre, de tal modo que su contemplación o su lectura produjera esa constante e invariable sensación de contento y de embriaguez reparadora. La vida, sin duda, tenía momentos no desprovistos de belleza; espontáneos raptos de exaltado vuelo; lo malo era que no duraban mucho más que el paso fugaz de una nube sobre el disco solar. Era imposible retenerlos con uno, tal como el arte captaba y encadenaba a la belleza. Se desvanecían como esas vacilantes y deslumbradoras visiones que uno tenía, en ocasiones, del alma de la naturaleza; meros reflejos de su

misterioso y recatado espíritu. Allí, con el dulce calor del sol sobre su cara, el canto del cuclillo descendiendo desde los espinos y en el aire el aroma melífero de los argomones; allí, entre las sutiles frondas de los helechos tiernos, y el rutilante endrino..., en tanto las brillantes nubes flotaban en la altura sobre las colinas y los valles de ensueño; allí en aquel momento, se mostraba uno de tales reflejos. Pero en un instante pasaría, cual el rostro de Pan, que asoma tras la arista de una roca, para desaparecer luego ante nuestras miradas indiscretas...

Y, de pronto, cayó en la cuenta. Ciertamente, había algo en aquel paisaje que le era familiar: aquella porción de prado, esa cinta del camino, el viejo muro a sus espaldas. En tanto corrían con el coche no paró mientes —nunca lo hacía, pensando en cosas lejanas o no pensando en nada—, pero ahora... ¡ahora vefá! Veintiséis años atrás, precisamente en aquella época del año, desde la granja situada a media milla escasa del lugar en que se encontraba, había él iniciado una jornada en Torquay de la cual podría decir que nunca regresara. Y un dolor súbito contrájole el corazón; él se había encontrado en su vida con uno de esos fugaces momentos cuyos embeleso y belleza no le fue dable retener, y en cuyas alas se dejara llevar flotando hacia lo desconocido; había topado, junto a enterrados pensamientos, con otro tiempo dulce y apasionado, bruscamente sofocado e interrumpido... Y, volviendo la cara, apoyó la barbilla en las manos y fijó la vista en la hierba rala en que florecían los azules brotes de polígala.

Y esto fue lo que él recordó.

I

Era un primero de mayo, y habían terminado su último año juntos en el colegio. Frank Ashurst y su amigo Robert Garton llevaban hecha una caminata. Habían andado todo el día desde Brent con la intención de alcanzar a Chagford, pero la rodilla de Ashurst, que éste se lesionara jugando a la pelota, comenzó a claudicar, cuando, de acuerdo con el mapa, les faltaban todavía unos once kilómetros para llegar a destino. Hallábanse sentados en un altozano de junto al camino, donde un sendero cruzaba bordeando un bosquecillo, y hablaban, mientras daban descanso a la rodilla, de lo que suelen hablar los jóvenes: del universo. Ambos tenían más de un metro ochenta de estatura y eran delgados como juncos: Ashurst, pálido, idealista, ausente de todo; Garton, extraño, escéptico, complicado y receloso como un

animal primitivo. Los dos con aficiones literarias; ninguna usaba sombrero. Los cabellos de Ashurst eran suaves, pálidos, ondulados, y estaban un tanto enrespados a los costados de la frente, obligados constantemente a mantenerse hacia atrás; el pelo de Garton venía a ser una maraña impenetrable y oscura. En el espacio de muchas millas no habían encontrado un alma.

—Mi querido compañero —decía Garton—, la piedad es tan sólo el resultado de la conciencia que tenemos de nosotros mismos; es una enfermedad de los últimos cinco mil años. Sin ella, el mundo sería más feliz.

Ashurst, en tanto seguía el curso de las nubes con la mirada, contestó:

—Sea ello como fuere, es como la perla encontrada en una ostra.

—Estimado amigo, toda nuestra felicidad presente se deriva de la misericordia. Fíjate en los animales, o en los pieles rojas; límitanse a padecer sus propios y ocasionales infortunios. Y ahora míranos a nosotros; nunca liberados de compartir los ajenos dolores de muelas. Hagámonos de nuevo insensibles a los padecimientos de los demás, y pasémoslo mejor.

—¡Bah! Tú nunca pondrás en práctica tal cosa.

Garton, con gesto pensativo, hurgó en la selva de su cabellera.

—Si uno quiere medrar, hay que prescindir de los escrúpulos. Agotarse en sensiblerías constituye una equivocación. Toda emoción que nos haga bien enriquece la vida.

—¿Hasta cuando está en pugna con la caballerosidad?

—¡Ah! ¡Qué inglés es esto! Si uno habla de emoción, los ingleses siempre piensan que lo que uno desea es algo físico, y se escandalizan. Le temen a la pasión, pero no a la lujuria en tanto no se hable de ella y se mantenga en secreto, ¡oh, no!

Ashurst no contestó. Había arrancado una florecilla y la hacía girar entre sus dedos contra el cielo. Un cuclillo comenzó a cantar desde un árbol. ¡Oh el cielo, las flores, el canto de los pájaros! ¡Robert estaba hablándole al vacío! Entonces dijo:

—Muy bien. Vámonos y tratemos de encontrar alguna granja donde podamos alojarnos.

Mientras profería estas palabras se dio cuenta de la presencia de una muchacha que descendía desde los prados a cuyo pie se encontraban. Su silueta se recortaba sobre el celaje; cargaba una cesta, y podía verse dicho cielo a través de la comba de su brazo. Y Ashurst, que ante la belleza no se extrañaba de la forma en que ésta lo dominaba, pensó: —“¡Qué bonita es!” El viento, que moldeaba su oscura falda de frisa contra las piernas, alzaba los pliegues de su abigarrada boina escocesa algo deteriorada; su blusa grisácea era vieja y usada; sus zapatos

estaban rajados; sus manitas mostrábanse ásperas y enrojecidas y su cuello tostado. El pelo oscuro enmarcaba su ancha frente con desaliñadas guedejas. Tenía el rostro pequeño, y el labio superior levantado dejaba al descubierto la reluciente hilera de sus dientes. Mostraba unas cejas rectas y oscuras y sus pestañas eran negras y largas. Su nariz era recta y en sus ojos grises había un pasmo y un brillo de rocío cual si acabaran de abrirse en ese día. La joven miró a Ashurst. Acaso le sorprendiera su aire forastero, su marcha insegura y su cabeza descubierta, sus grandes ojos fijos en ella y sus cabellos peinados hacia atrás. Él no pudo descubrirse, por cuanto nada llevaba en su cabeza, pero levantó la mano con un gesto de saludo y dijo:

—¿Puede usted decirnos si hay por aquí una granja, donde podamos pasar la noche?

—Cerca sólo está nuestra casa, señor. —Hablabla ella sin timidez, con una hermosa voz suave y quebrada.

—¿Y dónde está eso?

—No muy lejos, señor.

—¿Podrían darnos albergue?

—Me parece que sí.

—¿Quiere entonces mostrarnos el camino?

—Sí, señor.

Avanzó él cojeando, en silencio, mientras Garton iniciaba el diálogo de ritual.

—¿Es usted de Devonshire?

—No, señor.

—¿De dónde, entonces?

—Soy de Gales.

—¡Ah! Creí que era usted celta.... Así que.... ¿la granja no es suya?

—Es de mi tía, señor.

—¿Y de su tío...?

—Mi tío murió.

—Entonces, ¿quién cuida de la granja?

—Mi tía y tres primos.

—Pero su tío sí era de Devonshire, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y hace mucho que vive usted aquí?

—Va para siete años.

—¿Y le pudo gustar esto, después de Gales?

—Pues no sé, señor.

—Me figuro que es porque no se acuerda.

—¡Oh sí! Pero esto es diferente.

—¡Ya lo creo que lo es!

Ashurst interrumpió bruscamente el diálogo:

—¿Qué edad tiene usted?

—Diecisiete años, señor.

—¿Cómo se llama?

—Megan David.

—Pues... éste es Robert Garton y yo Frank Ashurst. Teníamos el propósito de llegar hasta Chagford.

—¡Qué lástima que su rodilla le duela!

Ashurst esbozó una sonrisa. Y cuando sonreía su semblante era casi hermoso. Una vez traspuesto el pequeño bosquecillo situado más abajo del camino, llegaron a la granja enseguida —un edificio de piedra bajo y alargado, con amplios ventanales, situado junto a un corral donde pacían algunos animales: cerdos, gallinas, y una vieja yegua—. Un pequeño montículo, cubierto de hierba y coronado de algunos pinos, daba fondo a la casa. En la parte del frente podía verse una huerta de manzanos recién florecidos que se extendía en declive hacia un arroyo próximo y una extensa pradera sin cultivar. Un chiquillo de ojos negros y oblicuos cuidaba de un cerdo. Junto a la puerta de la casa se encontraba una mujer que, al verlos, avanzó hacia ellos. La muchacha explicó:

—Ésa es la señora Narracombe, mi tía.

“La señora Narracombe, mi tía” tenía los mismos ojos oscuros y vivos de un pato silvestre, y algo de su cuello tortuoso.

—Encontramos a su sobrina en la carretera —dijo Ashurst—; ella pensó que tal vez pudiera usted... tenemos esta noche.

La señora Narracombe, mirándolos de arriba abajo, contestó:

—Bueno, podría darles, si no les importa, una sola habitación... Megan, prepara la pieza disponible y tráete un jarro de leche. Supongo que querrán tomar un poco de té.

Pasando bajo una especie de cobertizo formado por dos tejos y algunas matas de enredadera, la joven desapareció dentro de la casa; y también la mancha rojiza de su boina, tan ostensible sobre el verde oscuro de los árboles.

—¿Quiere usted entrar a la sala y descansar la pierna? Le han dado vacaciones en el colegio, ¿no es eso?

—Estábamos en el colegio, pero ya hemos terminado los estudios.

La señora Narracombe hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

La sala de recibo, embaldosada, hallábase amueblada con una mesa desnuda,

sillas brillantes y un sofá con asiento relleno de crin. Parecía no haber sido usada nunca. Tan terriblemente limpia estaba. Ashurst no esperó para sentarse en el sofá, sujetándose la rodilla con las manos. La señora Narracombe lo contempló largamente. Era el hijo único de un profesor de química ya fallecido, pero la gente encontraba en el porte de aquel muchacho —tan a menudo ausente y despreocupado de los demás— un cierto y peculiar señorío.

—¿Hay por aquí algún arroyo donde pudiéramos bañarnos?

—Al terminar la huerta existe una corriente, pero, sentados, el agua no alcanzaría a cubrirlos.

—¿Qué profundidad tendrá?

—Puede que alcance a medio metro.

—¡Ah! Está muy bien. ¿Y cómo se llega hasta allí?

—Bajando por el sendero y atravesando la segunda tranquera de la derecha, donde, junto a una charca, se yergue un gran manzano sostenido poco menos que en el aire. Por cierto que en ese lugar abundan las truchas. Cuiden de no hacerles cosquillas.

—Lo más probable es que sean ellas las que nos hagan cosquillas a nosotros. La señora Narracombe sonrió.

—El té ya estará listo cuando ustedes regresen.

Aquel embalse formado en la concavidad de una roca tenía el fondo de arena, y el manzano citado, que era el que se encontraba en la parte más inferior de la huerta, crecía tan cerca de la orilla que sus ramas se extendían materialmente sobre la superficie del agua; estaba cubierto de hojas y a punto de florecer, con sus botoncillos rojos empezando a brotar. En el pequeño charco no había lugar más que para una persona por vez, y Ashurst esperó su turno frotándose la rodilla y contemplando curiosamente aquellos incultos prados, todo piedras y abrojos y florecillas silvestres, con un bosquecillo de hayas en el fondo, que se elevaba sobre una colina baja. No había rama que no se meciese a impulsos de la brisa, ni pájaro que no diese al aire sus trinos. Los rayos oblicuos del crepúsculo iluminaban a trechos el césped. Se puso a pensar en Teócrito, y en el río Cherwell, y en la luna, y en la muchacha de los ojos llenos de rocío. Pensaba en tantas cosas a la vez que parecía que no pensaba en nada. Y se sintió absurdamente feliz.

II

Mientras se regalaban con un espléndido té acompañado de huevos con

jamón, crema de leche y finas tortas, recién hechas, aromadas de azafrán, Garton se puso a disertar sobre los celtas. Se refería al despertar de los pueblos célticos; y el descubrimiento de que en aquella familia existía sangre de ese origen no podía menos que excitar a quien se consideraba a sí mismo como un celta legítimo. Tendido sobre una silla de crin, con un cigarrillo liado a mano que le bailaba en la comisura de sus labios, mantenía clavado el aguzado dardo de su mirada en los ojos de Ashurst mientras ensalzaba el refinamiento característico de los galeses. ¡Salir de Gales y entrar en Inglaterra equivalía a cambiar la porcelana de China por la loza de barro! Por supuesto, Frank, inglés ciento por ciento, no era capaz de percibir el exquisito refinamiento y las capacidades emocionales de aquella muchacha galesa. Y mientras hurgaba despaciosamente en el negro matorral de su pelo todavía húmedo, se extendió en consideraciones acerca de lo bien que serviría ella para ilustrar las obras escritas en el siglo XII por el bardo galés Morgan-ap-Somthing.

Ashurst, echado cuan largo era en el sofá, de cuyo extremo sobresalían bastante las piernas, fumaba en una pipa pintada de vivos colores y no prestaba bastante atención a lo que le decían, entretenido en pensar en la cara de la joven cuando apareciera con un nuevo repuesto de tortas. Había sido como contemplar una flor o cualquier hermosa visión de la naturaleza, hasta que ella, con un delicioso estremecimiento, bajó los ojos y salió de la pieza, ligera y queda como un ratoncillo.

—Vamos a la cocina —dijo Garton— a verla otro poco.

La cocina era una habitación enjalbegada, con vigas de las que pendían jamones ahumados; en el antepecho de la ventana veíanse macetas con flores. De varios clavos pendían escopetas, extraños cacharros, platos de porcelana o peltre y retratos de la reina Victoria. Una mesa alargada y estrecha, de madera cepillada, estaba puesta con tazones y cucharas, bajo ristras de cebollas colgadas en lo alto. Dos perros de pastor y tres gatos dormitaban por los rincones. A uno de los costados del hueco de la chimenea hallábanse sentados un par de chiquillos, rubios como el oro, en actitud indolente; enfrente se sentaba un muchachón fornido, de clara mirada y cara enrojecida, cuyo pelo y pestañas tenían el mismo color que la estopa que pasa a través del cañón de una escopeta; entre ellos, la señora Narracombe revolvía perezosamente el guiso contenido en una olla grande, del cual salía un sabroso aroma. Apoyados contra la pared, conversaban otros dos jóvenes de ojos oblicuos y cabellera oscura, cuyo rostro inteligente se parecía al de los dos niños. Un hombre de mayor edad, bajo, afeitado, vestido de pana, sentado bajo la ventana, ojeaba una revista bastante ajada. La única criatura activa

del grupo parecía ser Megan. Servía sidra y andaba con los jarros desde el tonel a la mesa. Al ver a aquella gente disponiéndose a comer, Garton dijo: —¡Oh! Si nos lo permiten, volveremos cuando terminen de cenar —y, sin esperar la respuesta, ambos amigos regresaron a la sala de recibo.

Mas el ambiente colorido de la cocina, su atmósfera caldeada, los perfumes, venían a acentuar el desabrimiento del resplandeciente salón. Volvieron a sentarse malhumorados.

—Esos muchachos son gitanos cabales. Sólo uno de ellos parecía sajón; el que limpiaba la escopeta. La chica, psicológicamente hablando, es un verdadero caso de estudio.

Los labios de Ashurst se contrajeron violentamente. En aquel momento, su amigo le parecía un asno. ¡Un caso de estudio! Ella era una flor silvestre; una criatura cuya simple contemplación hacía bien... ¡¡Un caso de estudio!! Garton prosiguió:

—Emocionalmente, podría llegar a ser magnífica. Lo único que necesita es que la despierten.

—¿Y vas a ser tú quien la despierte?

Garton lo miró sonriente. Su sonrisa parecía decir: “¡Qué vulgar y qué inglés eres!”

Ashurst dio un par de chupetones a su pipa. ¡Despertarla! ¡Aquel idiota, por lo visto, tenía la mejor opinión de sí mismo! Abrió la ventana y miró afuera. La niebla del crepúsculo se había espesado. Las construcciones cercanas y el molino se destacaban confusamente con desvaídos perfiles; los manzanos eran una masa oscura e indistinta; el aire traía un tufo de madera quemada procedente de la cocina. Un pájaro rezagado lanzaba al viento un temeroso gorjeo, cual si se hubiese visto sorprendido por la oscuridad. Desde el establo llegó el relincho y el ruido de cascos de un potrillo. Más allá y a lo lejos, se entreveían los marjales, y en lo alto, tímidamente, las estrellas, todavía sin brillo, parpadeando sobre el fondo añil del firmamento. Se escuchó el trémulo grito de un búho...

Ashurst dio un profundo suspiro. ¡Qué noche aquella para salir a vagar sin rumbo! Un sordo rumor de pezuñas sin herrar subió desde el camino, y a poco desfilaron tres sombras oscuras e imprecisas; una tropilla de potros que marchaba en las tinieblas. Sus cabezas, negras e hirsutas, descollaban por encima del vallado. Ashurst golpeó con la pipa; al escuchar el ruido y al ver la lluvia de pequeñas chispas, los caballos echaron a correr y se dispersaron. Batiendo las alas, pasó un murciélago profiriendo su casi inaudible “chip, chip”. Ashurst levantó una mano; sobre la palma vuelta hacia arriba podía percibir el fino alfilerazo del rocío.

De pronto, de la parte alta de la casa, le llegaron aguzadas voces infantiles, los golpes apagados de botas arrojadas al suelo..., y otra voz, suave y cristalina. La muchacha estaba acostando a los chicos, sin duda. Luego fueron las palabras: "No, Rick; no puedes meter al gato en tu cama". Siguió una escaramuza de risas sofocadas y agitados murmullos, un bofetón, y una carcajada contenida tan deliciosa que lo hizo estremecer un poco. El sonido de un soplo y el chasquido de la vela al apagarse. Reinó el silencio. Ashurst volvió hacia adentro. La rodilla le dolía y el ánimo estaba decaído.

—Ve tú a la cocina —dijo—. Yo me voy a la cama.

III

Por lo general, Ashurst solía descender por la rampa del sueño fácilmente, en forma rápida y silenciosa, pero cuando su compañero regresó, aunque aparentaba estar sumido en un profundo sopor, en realidad se hallaba completamente despierto. Y mucho después que Garton, hundido en la cama vecina, saludase a la oscuridad con su nariz enhiesta, siguió escuchando el ulular de los mochuelos. Salvo por la molestia de su rodilla, aquello no le preocupaba. Las preocupaciones de la existencia no perturbaban mayormente las noches desveladas del joven... En realidad, no tenía ninguna. Acababa de obtener el título de abogado, tenía aspiraciones literarias, el mundo le sonreía por delante. Sin padre ni madre que ejercieran su autoridad sobre él, contaba con cuatrocientas libras anuales para atender a sus gastos. ¿Importaba, por lo tanto, a dónde fuese, lo que hiciera o cuándo lo hiciera? Su lecho le resultaba demasiado duro, pero ello le preservaba de sensuales ensueños... Permanecía tendido, aspirando el aroma de la noche que penetraba en la habitación a través del ventano situado cerca de su cabeza. Exceptuando la irritación que sentía por su amigo, explicable cuando se ha caminado durante tres días con un hombre, los recuerdos y las imágenes que surgían en la mente de Ashurst en aquella noche de insomnio eran placenteros y estimulantes. Una de tales imágenes, especialmente clara aunque inexplicable —ya que no tenía conciencia de haberse fijado en ella— la constituía la cara del muchacho que limpiaba la escopeta; pero su mirar intencionado, sereno aunque admirativo, en la puerta de la cocina, pronto se prendía de la joven portadora del jugo de manzana. El rostro congestionado del primero, sus ojos azules y aquellas pestañas y greñas de panocha estaban grabados en su cerebro de modo tan firme como la cara de la muchacha, tan fresca..., tan

simple. Por último, por el recuadro oscuro de la ventana sin cortina, vio cómo amanecía y escuchó el ronco y soñoliento cantar de un gallo. Después siguió un silencio más profundo que nunca, hasta que el trinar de un mirlo despierto en forma inoportuna quebró la estática quietud. Y, tras contemplar el enmarcado brillo del crepúsculo, Ashurst se quedó dormido.

Al despertarse, su rodilla amaneció desagradablemente hinchada. Era obvia la imposibilidad de continuar la marcha. Garton, que tenía que estar de vuelta en Londres al día siguiente, partió a media mañana con una irónica sonrisa que le dejó un poco de irritación, sólo mitigada cuando su desgarbada figura desapareció en un recodo del camino. El resto de la jornada lo pasó Ashurst descansando la rodilla en una silla de madera pintada de verde, sobre un trozo de césped cercano al porche de los tejos, donde, a la luz del sol, las colmenas cercanas y los alelifes exhalaban sus perfumes y un tenue aroma ascendía desde las matas de grosella. En actitud beatífica, observó cuanto lo rodeaba, fumando y... soñando.

Una granja en primavera es todo alumbramiento —nuevas formas surgiendo de los brotes o los caparazones, y seres humanos asistiendo al proceso con desfalleciente excitación y alimentando y cuidando lo nacido—. Tan quieto permanecía el joven, que una oca, con su andar pausado y patizambo, no tuvo reparo en conducir a sus patitos, de cuello amarillo y alas grises, a que puliesen los respectivos picos en las briznas de hierba que nacían a sus pies. Una y otra vez, la señora Narracombe o Megan llegarían hasta él para preguntarle si necesitaba alguna cosa, y él contestaría, con una sonrisa: “Gracias, no preciso nada. Esto es magnífico”.

A la hora del té se acercaron ambas, llevando en un plato una cataplasma hecha con una pasta parduzca, y, tras un concienzudo y solemne escrutinio de la rodilla inflamada, le aplicaron aquélla con un vendaje. Cuando se hubieron ido, recordó él la suave exclamación de la muchacha; aquel “¡Oh!”, su piadosa mirada y la pequeña arruga de su frente. Y de nuevo experimentó una irrazonable irritación contra el amigo ausente, por las sandeces que dijera con respecto a ella. Y cuando ésta le trajo el té, aprovechó para preguntar: —¿Qué le pareció mi amigo, Megan?

Mordióse ella el labio superior, como temerosa de que sonreirse no resultara conveniente.

—Me pareció un caballero muy gracioso; nos hizo reír mucho. Me parece inteligente.

—¿Qué dijo para hacerles reír?

—Dijo que yo era una hija de los bardos...

¿Sabe usted quiénes son los bardos?

—Son unos poetas galeses que vivieron hace cientos de años.

—¿Y por qué, dígame usted, soy yo hija suya?

—Él quiso decir que usted era una chica del tipo que ellos cantaron.

Ella arqueó las cejas.

—Me parece que quería bromear... ¿Usted cree que soy así?

—¿Me creería usted si le dijera mi opinión?

—¡Oh, sí!

—Bueno, pues me parece que tenía razón en lo que dijo.

Ella sonrió, y Ashurst pensó, al contemplarla: “¡Qué preciosidad eres!”.

—También dijo que Joe tenía el tipo sajón. ¿Qué es eso?

—¿Quién es Joe? ¿Es aquél de cara colorada y ojos azules?

—Sí. Es el sobrino de mi tío.

—¿Cómo? Entonces, ¿no es primo suyo?

—No.

—En realidad quiso decir que Joe se parece a aquellos hombres que vinieron a Inglaterra hará unos cuatrocientos años y la conquistaron.

—¡Ah, sí! Ya sé..., pero ¿es él como ellos?

—A Garton le gustan con locura estas cosas. Yo, por mi parte, debiera decir que Joe, en efecto, es un sajón... primitivo.

—Claro.

Aquel “claro” no dejó de divertir a Ashurst. Por la forma graciosa, firme y definitiva y por la deferente aquiescencia con que convenía con algo que, para ella, resultaba, evidentemente, griego.

—De todos los otros muchachos dijo que le parecían perfectos gitanos. Y no debió decir eso. Aunque mi tía se echó a reír, estoy segura que por supuesto, no le gustó. Mis primos se enojaron. El tío era un campesino... pero los campesinos no son gitanos. Me parece que no está bien eso de ofender a la gente.

Ashurst hubiera querido tomarle la mano y apretarla entre las suyas, pero sólo acertó a decir:

—Tiene usted razón, Megan. No hay que tratar mal a nadie... y, a propósito, anoche la escuché mientras acostaba a los pequeños...

Ella se ruborizó un tanto.

—Haga el favor de tomarse su té; se está enfriando. ¿O prefiere usted que le traiga otro recién hecho?

—Dígame, ¿alguna vez encuentra tiempo para hacer algo para usted misma?

—¡Oh, sí!

—Porque yo la he estado observando y, hasta ahora, todavía no lo he visto. Arrugó ella la frente con gesto algo confuso y le subieron los colores a las mejillas.

Cuando se marchó, Ashurst se preguntó: “Habrá pensado que ando fisgando lo que hace? ¡Por nada del mundo quisiera que fuese así!” Estaba en esa edad en la cual algunos hombres consideran, como dijo el poeta, que “la belleza es una flor”, que sólo puede inspirar sentimientos caballerescos. Y, como nunca se daba cuenta de lo que lo rodeaba, transcurrió bastante tiempo antes de notar que el joven a quien Garton aplicara el calificativo de “tipo sajón” se encontraba junto a la puerta del establo, poniendo una nota de color en el paisaje, con su traje de pana de color pardo, sus botas llenas de fango y su camisa azul. Mostraba unos brazos enrojecidos, un rostro congestionado y un pelo que el sol había trocado del amarillo de la estopa en el tono claro del lino. Estaba allí en actitud inmovible y estúpida, como clavado, hosco. Luego, al advertir que Ashurst lo observaba, atravesó el corral con ese pausado andar de los campesinos, a quienes no les preocupa la cachaza ni el parecer desgarrados de piernas. Desapareció tras el edificio, hacia la entrada de la cocina. Ashurst se sintió desasosegado. ¿Se podía ser tan bruto? Por más que uno quisiera, ¡qué imposible resultaba entenderse con aquellas gentes! Y, sin embargo, ¿qué podía decirse de la muchacha? ¿Se debería realmente a su sangre céltica, tal como Garton había dicho? Ella mostraba un señorío innato; era una joya... aunque, probablemente, apenas supiera otra cosa que leer y escribir.

En aquel momento penetró en el cercado el hombre maduro, cuidadosamente afeitado, que viera la noche anterior en la cocina. Lo acompañaba un perro y traía varias vacas para el ordeño. Ashurst notó que cojeaba.

—¡Lleve usted ahí unas buenas compañeras, amigo!

El rostro del hombre cojo se iluminó. Tenía esa mirada como implorante que a menudo se observa en los ojos de quienes han sufrido mucho.

—Es *verdá*. Son *mu* lindas. Y *tamién* buenas lecheras.

—Así me lo parecen.

—Espero que su pierna estará mejor...

—Muchas gracias. Sigue mejorando.

El hombre cojo comentó:

—Yo sé lo *qué's* eso. Es una buena porquería, la rodilla. Yo he *tenío* la mía *mu* mala estos diez años.

Ashurst apreció el tono de simpatía procedente de aquellas personas que ganan su vida independientemente. El cojo volvió a sonreír.

—No me tendría *de* quejar. *Mu* pronto todo *s'habrá pasao*.

—¡Ah!

—Sí. *Comparao* con lo *d'antes*, ahora casi no es nada.

—A mí me han puesto un magnífico emplasto y me han vendado.

—La misma chica escoge las yerbas. Se pinta sola *pa* encontrar las flores curativas. Hay gente que *paece* saber qué cosas curan. Mi madre era *mu* especial *pa* eso. Confío en que pronto se mejore, señor... ¡¡*P'alante*, vosotras!! Ashurst esbozó una sonrisa. “Encontrar las flores...” ¿Acaso no era ella misma una flor?

Aquella noche, después de la cena, que consistió en pato frío, leche cuajada y sidra para beber, la joven entró para decirle:

—Perdóneme. Me manda la tía. ¿Querría usted probar un trozo de nuestra torta de mayo?

—Eso será si puedo llegar hasta la cocina...

—¡Claro que sí! —y añadió—: Seguro que echa de menos a su amigo.

—No hay tal..., pero ¿está usted segura que no molestaré?

—¿A quién podría molestar? Tendremos mucho gusto.

Ashurst se puso de pie demasiado deprisa para su rodilla inflamada y rígida. Se tambaleó y casi perdió el equilibrio. Se dejó caer de nuevo en la silla. La muchacha dio un grito y le tendió las manos, aquellas manos pequeñas, ásperas, tostadas por el sol. Él se las tomó. Tuvo que contener su impulso de llevárselas a los labios, y dejó que ella lo ayudase a levantarse. Ella se le acercó más y le ofreció un hombro. Apoyado en la joven, atravesó la habitación. Aquel hombro le parecía una de las cosas más deliciosas que jamás rozaron sus dedos. Con todo, conservó el suficiente sentido para tomar el bastón de la percha y retirar su mano poco antes de entrar en la cocina.

Aquella noche durmió como un lirón. Cuando se despertó, su rodilla tenía casi el tamaño normal. Pasó la mañana, como de costumbre, tendido en la silla, sobre la hierba, garrapateando versos, mas al llegar la tarde se decidió a dar un paseo por los alrededores, en compañía de los chicos Nick y Rick. Como era sábado, éstos habíarí regresado temprano de la escuela. Aquellos arrapiezos, de seis y siete años respectivamente, de tez tostada y ademanes vivaces, al principio un poco tímidos, pronto soltaron la lengua, pues Ashurst se daba muy buena maña con los niños. Al llegar las cuatro, ya le habían mostrado todos los métodos de que se valían para destruir cuanto ser vivo se ponía a su alcance, salvo la pesca de la trucha; tras remangarse los pantalones, trataron de lograrlo también, tendidos sobre sus estómagos al borde de la corriente. Mas no consiguieron pescar nada. Como era de esperar, sus risas

y sus gritos ahuyentaban a cualquier sombra. Ashurst, instalado en una peña, junto al grupo de hayas, contemplaba a los chiquillos y escuchaba el canto de los cuclillos. Luego Nick, el mayor de los hermanos, así como el menos perseverante, se llegó hasta donde él estaba y se acomodó a su lado.

—El viejo gitano sale de esa roca —dijo.

—¿A qué viejo gitano te refieres?

—Yo no sé bien. Nunca lo he visto. Pero Megan dice que sale de aquí... y el viejo Jim lo vio una vez. Fue la noche antes de que nuestro caballo le diera una coz en la cabeza a papá. Tocaba una flauta...

—¿Y qué es lo que canta?

—No sé.

—¿Y sabes cómo es ese viejo gitano?

—Negro. El abuelo Jim dice que está cubierto de pelo por todo el cuerpo. Es un verdadero duende... Y no aparece solamente de noche —los oblicuos y oscuros ojos del niño se abrieron como platos—. ¿Crees que él querrá llevarme? Megan le tiene mucho miedo.

—¿Lo ha visto, acaso?

—No... A ti no te tiene miedo.

—Me figuro que no. ¿Por qué había de tenérmelo?

—Además dice una oración para ti...

—¿Cómo sabes tú esas cosas, buena pieza?

—Cuando yo me dormía, ella dijo: "Dios nos bendiga a todos y a mister Ashes." Yo lo escuché cuando hablaba bajito.

—¡Estás hecho un buen sinvergüenza, contando esas cosas que oyes cuando los demás creen que no te das cuenta!

El chiquillo permaneció silencioso. Al cabo de un tiempo, comenzó a decir, agresivamente:

—Yo puedo quitarle el pellejo a un conejo. Megan no puede ver cuando los desuellan. Pero a mí me gusta la sangre.

—¿Con que ésas tenemos? ¡Eres un pequeño monstruo!

—¿Qué es un monstruo?

—Una criatura que goza haciendo daño a los demás.

El niño arrugó el entrecejo.

—¡Pero si sólo son conejos muertos...; los que comemos!

—Entonces, está bien, Nick. Perdóname.

—También sé despellejar una rana.

Pero Ashurst estaba ausente. "¡Dios nos bendiga a todos..., y a mister Ashes...!" Y, confundido por aquella súbita actitud inaccesible. Nick echó a

correr hacia el arroyo, desde donde pronto volvieron a ascender las risotadas y los gritos infantiles.

Cuando Megan le trajo el té, él le preguntó:

—¿Qué cuento es ése del viejo gitano?

Ella lo miró, asustada.

—Es algo que trae mala suerte.

—¡Bah! Usted no cree en fantasmas..., ¿verdad?

—Ojalá no los tenga que ver nunca.

—¡Claro que no los verá! Esas cosas no existen. Lo que vio el abuelo Jim no fue más que un *pony*.

—¡No! En las rocas hay duendes. Son hombres que vivieron hace muchos años.

—Bueno, pero entonces no pueden ser gitanos. Esos duendes tan viejos debieron vivir cuando los gitanos todavía no habían llegado a estas tierras.

—Pero todos ellos son malos —comentó ella simplemente.

—¿Por qué dice eso? De existir, tan sólo serían silvestres, como los conejos. Las flores no son malas por el hecho de ser silvestres. Los espinos y las zarzas nunca fueron cultivados y, no obstante, usted no les tiene miedo. Tengo que salir una de estas noches por ahí, a ver si me encuentro con ese duende que usted dice y entablo conversación con él.

—¡Oh! ¡No haga eso, por favor!

—¡Sí, lo haré! Me llegaré hasta la roca y me sentaré en ella.

Ella juntó sus manos en actitud de súplica.

—¡Oh! ¡Por favor!

—Pero... ¿qué importa? ¿Qué importa lo que me pueda pasar?

La joven no contestó; luego, con un dejo de mimo, él añadió:

—Bien. Lo más probable es que no logre verlo..., porque supongo que ya tendré que marcharme pronto...

—¿Pronto?

—Su tía no querrá tenerme más tiempo aquí...

—¡Oh, sí! Siempre hemos alquilado habitaciones en verano.

Fijando sus ojos en los de la muchacha, preguntó él entonces:

—¿Le gustaría a usted que me quedase?

—...Sí.

—Bueno... Voy esta noche a rezar *por usted*.

Ella se puso roja como la grana. Hizo un gesto de enojo y salió de la pieza. Él quedó sentado donde estaba haciéndose reproches *in mente*, hasta que su té se le pasó. Era como si hubiese aplastado con sus gruesas botas una mata

de margaritas. ¿Por qué había dicho aquella tontería? ¿Sería él un señorito de ciudad tan estúpido como Robert Garton, incapaz de comprender a una niña como aquélla?

IV

Durante la semana subsiguiente, Ashurst corroboró el pleno restablecimiento de su pierna, ya que sin gran esfuerzo pudo explorar los alrededores. La primavera resultó una verdadera revelación para él este año. En un estado como de ebriedad podía contemplar destacándose sobre el intenso azul del cielo los rosados brotes de algunas hayas tardías salpicados de sol; los airosos troncos y ramas de los escasos pinos escoceses, atezados bajo la luz violenta, y, también, en los marjales, los flexibles alerces, que parecían plenos de vida cuando el viento agitaba sus copas, silbando sobre el oscuro e intrincado ramaje. A veces se tendía en un altozano y dejaba vagar la mirada por las matas de violetas o sobre los heléchos marchitos, o se entretenía arrancando las transparentes bayas de la zarzamora, mientras los cuclillos cantaban y las codornices lanzaban al aire su hilarante cuchicheo, o una alondra, desde lo alto, desgranaba las cuentas armoniosas de su dulce trino. Aquella era, sin duda alguna, una primavera distinta a cuantas conociera anteriormente. Y ello era así por cuanto la primavera estaba en él y no por fuera.

Durante el día, difícilmente se encontraba con alguien de la familia. Y cuando Megan le entregaba en la habitación las comidas, siempre parecía estar sumamente atareada con los quehaceres domésticos o las faenas de la granja como para quedarse conversando mucho tiempo con él. Pero al llegar la noche, Ashurst se instalaba con el cojo Jim, o con la señora Narracombe, en tanto la muchacha cosía o se movía de un lado a otro levantando la mesa de la cena. Y, en ocasiones, con la misma sensación placentera que debe sentir un gato ronroneante, percibía los ojos de Megan —aquellos ojos grises y húmedos— fijos sobre él, como una prolongada y suave caricia que resultaba extrañamente halagadora.

Transcurrida una semana, cierto sábado, al amanecer, encontrábase tendido sobre el césped, en la huerta, escuchando el canto de un mirlo y componiendo un poema de amor, cuando percibió el chirrido de la tranquera y distinguió a la joven que llegaba corriendo entre los árboles, perseguida por la estúpida figura de Joe, quien resoplaba todo congestionado el rostro. Al llegar a unos treinta pasos, la caza terminó, y los dos quedaron frente a frente sin notar la

presencia del testigo acostado en la hierba; el muchacho acosándola y ella rechazándolo y apartándolo de sí. Ashurst podía distinguir la cara de Megan hosca y alterada, así como la del joven. Nunca podía haberse figurado que la de aquel patán, enrojecida y sudorosa, pudiera adquirir una tal expresión de locura.

Penosamente impresionado por lo que veía, Ashurst se puso en pie. Entonces ellos también lo vieron. Megan dejó caer los brazos y huyó detrás del tronco de un árbol. El muchacho lanzó un gruñido de rabia, echó a correr hacia la colina, trepó por su pendiente y desapareció. Ashurst se dirigió entonces lentamente a donde ella se encontraba. Megan lo esperó erguida e inmóvil, mordiéndose los labios. Estaba realmente bonita con algunas guedejas de su sedoso y oscuro pelo cayéndole descuidadamente sobre la cara, y con sus ojos abatidos.

—Le ruego que me perdone —dijo él.

Ella levantó la mirada hacia el joven, con ojos muy abiertos; luego, recobrando el aliento, dióse vuelta. Ashurst continuó:

—¡Megan!

Pero ella siguió su camino. Entonces, tomándola por un brazo, le hizo dar suavemente la vuelta.

—Deténgase y dígame algo.

—¿Por qué me pide perdón? No es a mí a quien debe hacerlo.

—Bueno..., entonces... ¿a Joe?

—¿Por qué se ha atrevido a perseguirme?

—Me figuro que porque está enamorado de usted.

La muchacha dio una patada en el suelo.

Ashurst lanzó una corta carcajada.

—¿Le agradecería que le diese un buen puñetazo en los morros?

Ella, con vehemencia inesperada, gritó:

—¡Usted se ríe de mí! ¡Se ríe de todos nosotros!

Logró él apoderarse de sus manos, pero ella retrocedió, hasta que su carita apasionada y sus lacios cabellos castaños quedaron enmarcados y prendidos por los rosados racimos florecidos de un manzano. Ashurst levantó una de aquellas manos prisioneras y se la llevó a los labios. Tuvo conciencia de su actitud caballeresca, tan superior a la de aquel zoquete de Joe, mientras rozaba apenas con su boca la manita de la joven. La actitud arisca cesó de pronto. Parecía ella avanzar ahora temblorosa hacia él. Un dulce calor se apoderó de Ashurst de la cabeza a los pies. A aquella delicada doncella, tan sencilla, tan fina, tan bonita, ¡le complacía el roce de sus labios! Y, cediendo a un

repentino impulso, la rodeó con sus brazos, la estrechó contra sí y la besó sobre las albas mejillas..., y se puso tan pálida que lo asustó. Las manos de la muchacha cayeron inertes a ambos costados. Al percibir la presión de los senos sobre su pecho, el joven se estremeció.

—¡Megan...! —suspiró.

Luego la dejó. En el silencio absoluto que los rodeaba, se escuchó el canto de un mirlo. Entonces ella se apoderó de una de sus manos, la colocó sucesivamente sobre su mejilla, su corazón y sus labios, y la besó apasionadamente. Después huyó entre los musgosos troncos de los manzanos, hasta que éstos la ocultaron.

Ashurst permaneció sentado por algún tiempo sobre el tronco caído de un viejo árbol que crecía casi a ras del suelo, y —palpitante y aturdido aún por cuanto acababa de pasar— contemplaba como alelado los brotes florecidos que habían orlado los femeninos cabellos —aquellas rosadas flores del manzano de estrellada y blanca corola—. ¿Qué había hecho él? ¿Cómo había podido dejarse arrastrar así por la emoción de la belleza? ¿No habría sido tan sólo efecto de un sentimiento compasivo? ¿No podría achacársele todo a la primavera? Con todo, se sentía singularmente feliz, cualquiera fuese la causa de su estado. Feliz y triunfador. Experimentaba un extraño estremecimiento a lo largo de los miembros y una vaga sensación de alarma. Aquello era el comienzo... ¿de qué? Los mosquitos empezaron a molestarle, tratando algunos, en el vaivén de su danzante vuelo, de metérsele en la boca. Todo el flujo de la primavera parecía acrecer más pleno de amor y de vida. ¡Cómo lo penetraban los trinos de los mirlos y el canto del cuclillo, el cuchicheo de las codornices, los oblicuos rayos del sol poniente... y el florecer rosado de aquel manzano que había coronado la adorable cabeza!

Se levantó del viejo tronco y salió afuera de la huerta, ansioso de espacio y de cielo abierto; buscando conciliar su espíritu con las nuevas sensaciones. Avanzó sobre el campo raso. Desde lo alto de un fresno que nacía en su linde, una urraca echó a volar, como heraldo de su paso.

¿Qué hombre —cualquiera fuese su edad, desde los cinco años en adelante— podía decir que no había amado alguna vez? Ashurst recordaba haberse enamorado de sus parejas de las clases de baile; amó a sus nodrizas y sus ayas; a las compañeras de escuela en los días de vacaciones. Acaso nunca hubiera dejado de sentir amor, aunque unas veces sintiese más atracción que otras por el objeto amado. Pero esto era distinto, y el atractivo nada tenía de indefinido. Se trataba en verdad de una sensación nueva, terriblemente deliciosa, que confería un sentimiento de virilidad lograda. Que no otra cosa

era la posibilidad de tomar entre los dedos aquella flor silvestre, de llevarla hasta los labios y de sentirla temblar con delicia entre ellos. ¡Qué borrachera extraña! ¡Qué turbación inefable! Le preocupaba cómo comportarse en las nuevas circunstancias; qué actitud tomar al encontrarse con ella la próxima vez. La primer caricia por él otorgada había sido tibia y respetuosa, pero las subsiguientes podían no serlo, pues bien había podido comprender, por el ardiente beso que le diera en su mano, así como por el modo de estrecharse contra su pecho, que ella lo amaba. Existen criaturas que se sienten perturbadas por el amor que se les profesa; otras, como Ashurst, se sienten arrastradas, mecidas, arrulladas y confortadas, casi hasta la exaltación, por lo que ellas consideran una especie de milagro.

Y allá en las alturas de su entusiasmo, se debatía entre el deseo de gozar de esa nueva sensación de primavera, de resurgimiento interior, y un vago, pero no por ello menos real, desasosiego. A momentos, experimentaba el máximo de los orgullos por haber logrado conquistar el favor de aquella hermosa y confiada criatura de ojos llenos de rocío. En otros, se recriminaba con afectada solemnidad: "Todo eso está muy bien, amigo..., ¡pero ándate con tiento en lo que hagas! ¡De sobra sabes a dónde te puede llevar!"

El crepúsculo se le vino encima sin que lo notara; cayó como una niebla oscura sobre las masas rocosas talladas cual esculturas asirias. La voz de la naturaleza parecía decirle: "He aquí un nuevo mundo para ti." Tal como cuando despertamos al amanecer y los pájaros y hasta los árboles parecen mirarnos, y es como si todo ello hubiera entonces nacido para nosotros.

Permaneció allí durante algunas horas, hasta que comenzó a hacer frío; luego regresó a tientas, al pie de las rocas y de los intrincados zarzales en dirección al camino, hasta encontrar la senda; hasta encontrar de nuevo, al otro lado del páramo, la huerta de la casa. Encendió un fósforo y miró al reloj. ¡Cerca de medianoche! Todo estaba negro en derredor ahora. ¡Qué diferencia del pausado y brillante atardecer de hacía seis horas! Y de pronto vio claramente su idilio con los ojos del mundo exterior. Contempló mentalmente el retorcido y serpenteante cuello de la señora Narracombe, la inquieta y penetrante mirada de sus ojos negros a los que nada escapaba, el endurecimiento del gesto en su astuto rostro; le pareció ver a los primos con aspecto de gitanos desconfiar y burlarse groseramente de él... y a Joe, al estúpido de Joe, furioso. Tan sólo el pobre cojo, Jim, con sus ojos de sufrimiento le era tolerable. Y qué decir de la gente de la aldea. ¡Puah! Parecía escuchar a las mujeres chismosas y murmuradoras encontradas al paso. Luego estaban sus propios amigos; la sonrisa de Robert Garton cuando partiera aquella mañana, diez

días atrás, ¡tan suficiente y llena de ironía! ¡Qué asco! Por un instante odió literalmente a este mundo cínico y materialista al que uno, quieras que no, tenía que pertenecer. La barrera frente a la que entonces pasaba surgió de las tinieblas con perfiles grises, y un brillo extraño se adelantó a su marcha, esparciéndose en la obscuridad azulada. ¡La luna! Acertó a verla elevándose por encima de la colina que tenía a sus espaldas; roja, casi redonda... ¡una luna extraña! Y, tras un recodo, siguió ascendiendo por aquel sendero que olía a noche, a estiércol de vaca y hojarasca tierna. En el establo pudo distinguir los perfiles negruzcos del ganado, coronados por las pálidas hoces de los cuernos, que se destacaban como lunas menguantes caídas con las puntas hacia arriba. Cautelosamente, corrió el cerrojo del portón que daba acceso a la granja. En la casa todo estaba oscuro. Tratando de amortiguar los pasos, y resguardándose tras uno de los árboles de **junto** al porche, miró a lo alto, hacia una de las ventanas de Megan. Estaba abierta. ¿Se hallaría durmiendo o, acaso, estaría despierta, preocupada y triste por su ausencia? Trató de atisbar adentro. Un búho lanzó al aire su grito, y éste pareció llenar la noche entera. Tan quieto y silencioso estaba todo en **derredor**. Únicamente llegaba a lo alto el perpetuo murmullo del arroyo que corría al pie de la huerta. De día, los cuculillos; ahora, los búhos, ¡qué deliciosamente pregonaban con sus voces el éxtasis y la agitación que lo **dominaban**!

De pronto, la vio aparecer en la ventana, mirando hacia fuera. Separóse él entonces del tronco que lo ocultaba y murmuró:

—¡Megan!

Ella retrocedió, desapareciendo por un momento para aparecer más tarde, inclinándose hacia abajo. Avanzó sobre la alfombra de césped, tropezó contra la **silla** pintada de verde, y contuvo la respiración, asustado por el ruido. La **mancha** pálida de su brazo tendido hacia abajo y de su rostro permanecía inmóvil. Corrió la silla y, silenciosamente, subió sobre ella. Estirando el brazo, alcanzó justo a la mano de la **joven**, la cual le ofrecía la gruesa llave de la puerta principal. Tomó en la suya aquella mano ardiente que sostenía el hierro frío. Pudo ver apenas la carita de la muchacha, la doble hilera de sus dientes brillándole entre los labios, el cabello despeinado. Estaba vestida todavía —¡pobre criatura! Esperándolo allí sentada, sin la menor duda—.

—¡Megan..., querida mía!

Los ardorosos y ásperos dedos de la joven se entrelazaron con los del muchacho; tenía ella la cara transfigurada por una mirada extraña y como perdida. ¡Quién pudiera llegar hasta aquel rostro, aunque sólo fuese con la mano! El búho volvió a ulular, y un aroma de escaramujo ascendió hasta su

olfato. Entonces, un perro de la granja se puso a ladrar. La muchacha soltó la mano y entró de nuevo.

—¡Buenas noches, Megan!

—¡Buenas noches, señor!

¡Se había ido! Tras lanzar un suspiro, descendió de nuevo hasta el suelo, y sentándose en la silla, se quitó las botas, con el propósito de entrar así, descalzo, y marcharse a la cama. Pero, durante largo rato siguió allí sentado, helándose los pies con la humedad del rocío, borracho aún de recordar la imagen huidiza y semisonriente de aquella cara y la crispada presión de aquellos dedos ardientes, en tanto apretaba en su mano la frialdad de la llave.

V

Se despertó como si la noche anterior hubiera comido con exceso, en lugar de haber ayunado. ¡Qué lejana e irreal le parecía la romántica escena del día anterior! La mañana era resplandeciente. La primavera había alcanzado su máxima eclosión. En una sola noche, las “copas de oro”, como los chicos bautizaran a las campanillas silvestres, parecían haberse apoderado de toda la extensión de los campos, y desde su ventana podía contemplar las flores de los manzanos cubriendo el huerto todo con un manto rosa y blanco. Descendió a la planta baja casi con miedo de encontrarse con Megan, pero cuando, en lugar de ésta apareció la señora Narracombe trayéndole el desayuno, se sintió molesto e inquieto. La mirada rápida y el curvado cuello parecían esta mañana mucho más vivaces que de costumbre. ¿Se habría dado cuenta de algo?

—¿Así que usted y la señora luna anduvieron de paseo esta noche, señor Ashurst? ¿Cenaron ustedes por ahí?

Ashurst sacudió la cabeza.

—Le guardamos la cena, pero me figuro que usted se encontraba demasiado ocupado con sus pensamientos como para acordarse de algo como eso...

¿Se estaba ella burlando de él, con aquella voz suya que conservaba aún cierta suavidad galesa frente al recio lenguaje de los invasores occidentales?

¡Si ella supiese! Y en aquel momento pensó: “No, no. Debo quitarme de en medio. No quiero ponerme en una posición tan estúpidamente ridícula...”

Mas, después del desayuno, su deseo de ver a Megan comenzó de nuevo y fue incrementándose minuto a minuto, junto con el temor de que algo que le

hubieran dicho pudiera haberlo estropeado todo. Le parecía de mal agüero que ella no hubiese aparecido por ninguna parte y el no haber notado ni rastro de su presencia. Y el poema de amor, cuya redacción le había parecido tan importante y absorbente la tarde anterior, a la sombra de los manzanos floridos, le resultaba ahora tan mezquino que rasgó sus cuartillas y se entretuvo en arrollar los papeles entre sus nerviosos dedos. ¡Qué poco había conocido él del amor hasta el momento en que ella le tomara la mano y se la besara! Y, ahora... ¿cuánto le quedaba por conocer? Escribir acerca de todo ello le parecía una trivialidad.

Subió a su cuarto en busca de un libro para leer. El corazón comenzó a latirle violentamente, pues ella estaba allí, haciéndole la cama. Permaneció apoyado en el quicio de la puerta, en actitud expectante; y, de pronto, con agitado gozo, la vio inclinarse y besar la almohada, en el hueco que dejara su cabeza la noche anterior. ¿Cómo darle a entender que había sido testigo de aquel acto de devoción? Por otra parte, si ella lo sentía escabullirse podría resultar peor aún.

Tomó ella la almohada y la levantó, como si temiera o no quisiese borrar la huella impresa por su mejilla. Luego la dejó caer y la dio vuelta.

—¡Megan!

Llevóse ella las manos a ambas mejillas, pero sus ojos parecieron mirar directamente en el interior de él. Nunca había éste visto antes tal profundidad y pureza, tan conmovedora fidelidad, como la que expresaban aquellos ojos "brillantes de rocío". Balbuceó:

—Fue muy delicado de su parte el esperarme anoche...

Ella siguió sin decir nada, y él continuó, tartamudeante:

—Anduve vagando por el marjal. ¡Si viera qué noche tan maravillosa hacía! Yo... Yo vine, ahora... por un libro.

Pero el beso que le había visto dar a la almohada había producido en su ánimo un súbito en incontenible desasosiego... Y avanzó hacia ella. Y, al tiempo que rozaba con sus labios los ojos de la muchacha, pensó: "Ya está; ya lo hice. ¡Ayer fue inesperado y en cierto modo una sorpresa...!, pero, ahora..., ¡ahora lo quise hacer y lo hice!"

La joven dejó que su frente quedase apoyada en los labios masculinos, hasta que éstos resbalaron hacia abajo y se juntaron con los suyos. Difícilmente podría saberse en cuál de los dos corazones provocó mayor excitación aquel primer beso de verdadero amor.

—Esta noche acude junto al manzano grande, después que todos se hayan ido a acostar. ¿Me lo prometes, Megan?

Y ella contestó, como un susurro:

—Lo prometo.

Luego, asustado de la palidez del rostro de ella, asustado de todo, la dejó partir, y, de nuevo, descendió las escaleras. ¡Sí! ¡Ahora había actuado por su propia voluntad! Aceptaba el amor de Megan y proclamaba el suyo. Se acercó a la silla pintada de verde sin importarle la falta del libro que antes fuera a buscar. Se sentó y dejó vagar libremente la mirada frente a él, a un mismo tiempo triunfante y lleno de remordimiento, mientras en torno a él, ante sus narices y tras sus espaldas continuaba el interminable trajín de la granja. Permaneció así, sin tener noción del tiempo que estuvo en aquel estado de ensoñación y ausencia, hasta que divisó a Joe, un poco por detrás de donde se hallaba él, y a su derecha. Evidentemente, el joven volvía de algún trabajo penoso. Sacudía los pies, resoplaba con fuerza; su cara enrojecida asemejábase al sol poniente, y sus brazos, que asomaban bajo las mangas arremangadas de su camisa azul, tenían el color y el brillo aterciopelado de los melocotones maduros. Tenía los rojos labios entreabiertos, y sus ojos azules orlados de blondas pestañas mantuviéronse fijos en Ashurst mientras éste le dijo con ironía:

—Bueno, Joe, ¿puedo hacer algo en tu obsequio?

—Sí.

—¿Qué? Dímelo.

—Puede usted marcharse de aquí. Usted no nos gusta nada.

La cara de Ashurst, nunca tan humilde como entonces, tomó una expresión verdaderamente versallesca al decir:

—Eso estará muy bien para ti, pero sucede, ¿sabes?, que prefiero que sean los otros los que me lo digan por sí mismos.

El muchachón avanzó un par de pasos hacia Ashurst, y el tufo de su honrado sudor ofendió la pituitaria de éste.

—¿Para qué está usted aquí?

—Estoy porque me agrada estar.

—No le va a gustar el día en que le rompa la cabeza.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cuándo va a ser eso?

Por toda respuesta, Joe dio un resoplido, pero sus ojos parecían los de un toro enfurecido. Al mismo tiempo, su rostro se contrajo en un espasmo.

—Megan no quiere...

Toda la presencia de ánimo de Ashurst se tambaleó, en un raptó de celos mezclado de una sensación de triunfo y de cólera a la vez, frente a aquel campesino jadeante. Dando un salto, empujó la silla hacia atrás y gritó:

—¿¡Por qué no te vas al mismísimo demonio!?

No había acabado de proferir tales palabras, cuando vio a Megan que se acercaba llevando en sus brazos un perro cachorro. Apresuradamente, llegó hasta donde él estaba.

—¡Tiene los ojos azules! —dijo.

Joe volvió la espalda; su nuca tenía el color del vino tinto. Ashurst acarició el morro de aquel animalito que ella mantenía en alto, el cual parecía hallarse en el mejor de los mundos.

—Se ve que le gustas, Megan. ¡Ah! ¿A quién no gustarías tú?

—¿Qué le decía Joe?

—Me decía que me fuera, porque tú no querías que estuviese aquí.

Hizo ella un gesto de desagrado. Luego levantó la mirada hacia Ashurst. Adorable mirada aquélla, bajo cuyo influjo sintió que sus nervios temblaban. Se estremeció cual si hubiera contemplado a una polilla quemarse las alas.

—¡Esta noche! —dijo—. ¡No te olvides!

—No me olvidaré.

Y ocultando su cara contra el rubio y redondo cuerpecillo, se dirigió a la casa y penetró en ella.

—Lindo día, Jim... ¿verdad?

—¡Oh, sí! Este tiempo es *mu* bueno para los pastos. Este año *paeece* que los fresnos andan más *atrassao*s que los robles.... y, ya sabe usted: “cuando el roble se le adelanta al fresno...”

Ashurst, sin darle importancia, preguntó:

—¿Dónde estaba usted cuando vio al viejo gitano?

—Podría decirse que debajo del manzano grande.

—¿Y usted cree, realmente, que se encontraba allí *ese* duende?

El cojo contestó *cautelosamente*:

—¡Bueno! La *verdá* es que no podría decir si estaba allí en *realidá*. Pero a mí me *paeció qu'estaba*.

—¿Y qué cree que significa todo eso?

—Me *paeece* que el antiguo amo, el señor Narracombe, venía *d'una* familia de gitanos. Es un decir. Y *toa* esta gente es *mu* buena, ¿sabe usted?, y no se queja de nada ni relama nada. Acaso en el otro mundo se enteraron de que el amo *s'había* ido, y mandaron a ese individuo *pa* que los acompañase. *Esto* es lo que yo pienso *d'esto*.

—¿Y cómo era el aparecido?

—Tenía *toa* la cara cubierta de pelo. Y *paecía* llevar un violín. La gente dice que no existen los duendes, pero yo lo vi así aquella noche negra como boca

de lobo.

—¿No había luna?

—Sí. Casi llena, pero acababa de salir. Parecía una moneda colgada detrás de los árboles.

—¿Cree usted que los fantasmas son un mal presagio?

El cojo se echó el sombrero hacia atrás. Sus ojos ansiosos contemplaron a Ashurst más confiados que nunca.

—No seré yo quien diga eso; pero no comprendo por qué *paecen* tan inquietos. Aunque hay cosas que no comprendemos y que seguramente tiene su explicación. Hay personas, *tamién*, que son capaces de ver cosas y otras que nunca ven nada. Por ejemplo: A Joe ya puede usted ponerle lo que sea debajo de las narices, que no lo verá. En cambio otros muchachos sorprenden por lo vivos. Y si, pongamos por caso, pone a usted a Megan donde haya algo, con seguridad que lo ve, y algo más, también... Y no me equivoco en lo que le digo.

—Es que ella es muy sensible. Esa es la razón.

—¿Qué quiso usted decir?

—Que se da cuenta...; que lo siente todo...

—¡Ah, sí! Es muy cariñosa y tiene mucho corazón...

Ashurst sintió que le subían los colores a la cara. Sacando su bolsa de tabaco, ofreció:

—¿Quiere usted liar uno, Jim?

—Gracias, señor... Como ella sólo se encuentra una en cada ciento. Eso es lo que me *paece* a mí.

—Opino lo mismo —dijo Ashurst, quedamente; y, tras doblar de nuevo su tabaquera, siguió su camino.

“Mucho corazón...” ¡Qué verdad era aquello! ¿Y qué se proponía él hacer? ¿Cuáles eran sus intenciones, valga la expresión, con respecto a aquella niña de tierno corazón? Tales los pensamientos que lo perseguían como una obsesión, mientras vagaba por los campos resplandecientes de flores, en los que pacían rojos terneros, bajo el alto vuelo de las golondrinas.

Los robles, en efecto, se habían adelantado a los fresnos, y mostraban un color pardo casi dorado, de diferente matiz en cada uno de los árboles. Miles de cuclillos y otros pájaros cantaban por doquier. Brillaban aquí y allá los arroyos. Como en la edad de oro..., ¡como en aquel jardín de las Hespérides en que creían los antiguos!... Una abeja se posó sobre su manga. Era una abeja reina y matarla significaba un millar menos de

abejas comunes, ladronas del fruto que apuntaba en los botoncillos floridos de los manzanos; mas ¿quién hubiera podido —llevando el amor en su corazón— matar a nadie en un día como aquél? Penetró en un campo donde pastaba un toro rojizo de poca edad. Y Ashurst le encontró cierto parecido con Joe. Pero el toro no pareció darse cuenta de la presencia de aquel visitante, acaso un poco borracho, a su vez, del dorado pasto que lo sustentaba, del hechizo del ambiente y del trinar del aire. Ashurst cruzó ante él sin riesgo alguno, y se dirigió hacia el altozano que dominaba el arroyuelo. Sobre el declive destacábase un pico elevándose hasta la cumbre rocosa. El suelo se hallaba cubierto de una capa de campanillas azules, y no muy lejos una veintena de manzanos silvestres veíanse completamente en flor.

Se dejó caer sobre el césped. Aquella mutación del paisaje, desde el glorioso resplandor de los ranúnculos y el dorado matiz del robledal, hasta la belleza etérea de la sombra proyectada por el picacho gris, lo llenaban de una especie de encantamiento. Nada podía compararse al rumor de la corriente cercana y al cantar de los cuculillos. Con algunas pocas avispas por única compañía, permaneció en actitud estática durante largo tiempo, contemplando el disco solar hasta que los silvestres arbustos arrojaron sus sombras sobre la alfombra florida. Estaba como enajenado, perseguido por el recuerdo del beso de aquella mañana y ante la perspectiva de la cita otorgada bajo el manzano grande por la noche. En tal lugar seguramente habitaban faunos y dríadas. Éstas, tan blancas como las flores de los manzanos silvestres, se cobijaban en el interior de dichos árboles. Los faunos, pardos como los heléchos secos, de orejas puntiagudas, estaban al acecho esperándolas. Cuando volvió de su ensueño, todavía cantaban los cuculillos y se escuchaban las murmurantes aguas cercanas, pero el sol había descendido ya por detrás de las peñas. La atmósfera estaba fría. Algunos conejos hicieron su aparición.

“¡Esta noche!”, pensó. Del mismo modo que de la tierra parecía surgir todo como empujado por los dedos de una invisible mano, así parecían ser impulsados su corazón y sus sentidos. Se empinó para troncar un ramo del árbol que lo cubría; un manzano silvestre. Los botones floridos eran como Megan: nacarados, de un rosado tono, puros y llenos de frescura. Y otro tanto podía decirse de las flores: albas, tiernas, plenas de virginidad. Guardó el ramito dentro de la chaqueta. Y todo el impulso de la primavera contenido en su pecho se le escapó en un suspiro de triunfo que asustó a los conejos.

VI

Aquella noche, cerca ya las once, Ashurst abandonó la *Odisea* de bolsillo que durante una media hora mantuviera entre las manos sin llegar a leer. Se deslizó a través del patio y se encaminó hacia la puerta. La luna acababa de hacer su aparición, cual una moneda de oro que se elevara sobre la colina. Asemejábase a un duende resplandeciente y curioso que atisbara tras el enrejado de las ramas semidesnudas de los fresnos. En el manzanar no se habían disipado todavía las tinieblas, y él pudo asegurarse de la dirección correcta sólo al notar bajo los pies el áspero césped que tanto conocía. A su espalda, una masa oscura se rebulló entre graves gruñidos. Vio tres cerdos grandes agruparse y tenderse juntos contra la pared. Aguzó el oído. No se escuchaba el viento, pero el burbujeante rumor de la cercana corriente tenía doble intensidad de la del día. Un pájaro, de especie que no podía precisar, comenzó a piar con ritmo monótono. Percibía los ruidos de la noche expandiéndose hacia lo lejos. Una lechuza se puso a ulular. Ashurst avanzó un par de pasos y se detuvo de nuevo al notar un tenue resplandor blanquecino en torno de su frente. En los oscuros árboles inmóviles brotaban innumerables yemas florecidas, cual manchas suavemente desvaídas, como dadas a luz bajo los rayos de la luna. Experimentaba la extraña sensación de hallarse acompañado por millones de mariposillas blancas semejantes a espíritus que flotaran entre el oscuro cielo y la tierra más oscura todavía. Aquellos seres iban desplegando y batían sus alas a la altura de sus ojos. Sumido en la encantadora belleza y en la serenidad del momento, casi se olvidó de los motivos que lo habían llevado hasta la huerta. El alado hechizo que cubriera la tierra durante el día no había desaparecido al caer la noche, sino que adquiría nuevas formas. Siguió adelante, entre los gruesos troncos y las ramas cubiertas por aquella capa de blancura palpitante, hasta llegar al manzano grande. Resultaba inconfundible, hasta en la oscuridad, por su tamaño y altura, dobles de los demás, destacándose junto al arroyo sobre las anchas praderas. Bajo el recio ramaje permaneció quieto y a la escucha. El mismo rumor y algún apagado gruñido de los cerdos que dormían. Puso las manos sobre el reseco y cálido tronco del manzano, cuya rugosa corteza llena de moho daba al tacto la sensación de terciopelo y exhalaba un aroma de turba. ¿Acudiría ella a la cita? ¿Vendría? Y entre aquellos temblorosos y encantados árboles orlados de luna, se vio asaltado por la duda. Todo resultaba irreal en torno a él, adecuado únicamente para amantes no terrenales, para un dios y una diosa, un fauno y una ninfa, pero no para él y su adorada campesina.

¡Casi sería un alivio que no viniera! Mas, con todo, seguía pendiente de los ruidos. Y otra vez aquel pájaro desconocido comenzó a píar, cubriendo el suave chapoteo de las atareadas truchas, en tanto la luna desflecaba sus reflejos en la reja de su prisión arbórea. Los botoncillos en flor que se abrían ante sus ojos parecían adquirir cada vez mayor vida y parecían también identificar su bella blancura, más y más, con el anhelante suspenso que lo envolvía. Arrancó una ramita portadora de tres yemas. ¡Qué sacrilegio — pensó— destruir así el futuro fruto de los árboles, los sagrados y suaves brotes, para luego arrojarlos lejos! En aquel momento, de pronto, escuchó el ruido de la barrera cercana. Los cerdos, inquietos, comenzaron a gruñir. Apoyándose contra el árbol, contuvo la respiración, mientras sus manos acariciaban el resbaladizo tronco que tenía a sus espaldas.

A juzgar por el ruido que hacía, debía ser ella cual un espíritu que se filtrase a través de la maraña del bosque. Luego la vio acercarse. La oscura silueta parecía identificarse con un arbolillo, su pálido rostro con el penacho florecido..., y avanzó hacia él lenta y erguida. Él sólo acertó a murmurar: —¡Megan! —y le tendió las manos.

Corrió ella a su encuentro y se apretó contra su pecho. Y cuando Ashurst la sintió con el corazón palpitante contra el suyo, experimentó hasta el máximo todas las sensaciones de caballeridad y de pasión imaginables. Ella no era una criatura de este mundo. Era, en cambio, tan simple, tan joven y confiada, tan adorable e indefensa, que él no podía ser para ella, amparado por la oscuridad, otra cosa que su protector. Mas, siendo ella parte de la propia naturaleza y de la belleza circundante; constituyendo en gran manera una parte de aquella noche primaveral, lo mismo que la vida que florecía en torno, ¿cómo no ser fiel a esa primavera que fluía en ambos corazones? Y solicitado por tan encontradas emociones, la atrajo hacia sí, bien cerca, y le besó el pelo. No podría precisar cuánto tiempo estuvieron así, donde estaban, sin pronunciar palabra. La corriente continuó con su parloteo; los mochuelos con sus gritos; y la luna siguió elevándose y haciéndose cada vez más blanca. Las ramas florecidas que los rodeaban y los cubrían tenían como un viviente y bello resplandor. Sus labios se lo habían dicho todo, sin necesidad de que pronunciaran palabra alguna. Romper a hablar en tal momento hubiera parecido algo impropio e irreal. La primavera no cuenta con palabras; no precisa sino susurros y meros cuchicheos. La primavera hace más que hablar y encierra no pocas cosas dentro de sus flores y sus hojas sin abrir, en el curso de sus corrientes rumorosas y en su dulce e incansable bullir. Algunas veces, la primavera cobra vida y, con una misteriosa presencia, pone sobre

los amantes, a quienes estrecha en un abrazo, una suerte de encantamiento. De ese modo, los labios sobre los labios, olvidan aquéllos todo cuanto los rodea, salvo el propio beso.

Mientras el corazón de la joven se debatía contra el suyo y sentía los femeninos labios temblar sobre su boca, Ashurst era incapaz de experimentar otra cosa que no fuese como una sensación de raptó. ¡El Destino la había destinado a sus brazos! ¡El Amor no podía ser burlado! Mas, cuando sus labios se separaron en busca de un respiro, los encontrados sentimientos surgieron de nuevo. Con todo, ahora la pasión mostrábase la más fuerte. Ashurst preguntó con un suspiro:

—¡Oh! ¡Megan! ¿Por qué viniste?

Levantó ella la mirada, dolorosamente sorprendida.

—Señor... Usted me lo pidió...

—No me llames “señor”, amorcito mío.

—¿De qué otra forma podría llamarle?

—Dime Frank.

—No sabría hacerlo... ¡Ah, no!

—Pero tú me quieres... ¿no es así?

—Eso no me sirve de ayuda... Quiero estar junto a usted. Eso es todo

—¿Todo?

Y en forma tan desmayada que él apenas pudo oírla, ella murmuró:

—Me moriré si no puedo estar con usted.

Ashurst exhaló un profundo suspiro.

—¡Ven, entonces, a estar conmigo!

—¡Oh...!

Arrebatado por el tono, mezcla de temor y abandono, que trascendía de aquel “¡Oh!””, continuó él junto a su oído:

—Iremos a Londres. Te mostraré el mundo. Y yo te cuidaré. Te lo prometo, Megan. ¡Nunca me portaré como un bruto contigo!

—¡Ah! ¡Si yo pudiera estar siempre al lado suyo! ¡Sólo eso...!

Acarició él sus cabellos y continuó, en un murmullo:

—Mañana me iré a Torquay a buscar un poco de dinero, y te compraré alguna ropa para que nadie se entere. Después, nos marcharemos. Y cuando lleguemos a Londres, quizás muy pronto, si tú me quieres lo bastante, nos casaremos.

La suave cabellera tembló bajo sus dedos.

—¡Oh, no! ¡No podría...! ¡Lo único que deseo es estar con usted! —dijo Megan, sacudiendo la cabeza.

Pero Ashurst, arrastrado por la embriaguez de sus sentimientos generosos prosiguió a media voz:

—¿Es acaso que no soy bastante para tí? ¡Ay! Megan, ¿cuándo comenzaste a quererme?

—Cuando lo vi por primera vez en el camino..., y me miró. Aquella primera noche ya lo amé. Pero yo nunca pensé que usted pudiera quererme a mí. Y, de pronto, cayó arrodillada e intentó besarle los pies.

Un estremecimiento de espanto sacudió el cuerpo de Ashurst. Levantóla prontamente en peso, demasiado trastornado para poder hablar.

Ella murmuró:

—¿Por qué no me dejó?

—¡Porque soy yo quien debiera besar tus pies!

La sonrisa con que ella respondió a sus palabras hizo que se le humedecieran los ojos. La blancura de aquel rostro iluminado por la luna, el apagado carmín de sus labios entreabiertos poseían la belleza irreal de la flor del manzano.

De pronto, los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente y se fijaron más allá con mirada afligida. Se desprendió del abrazo y dijo con voz queda:

—¡Mire!

Ashurst sólo acertó a distinguir el brillo del arroyo, el reflejo dorado de los tojos, el brillante perfil de las hayas y, detrás, la mancha de la colina iluminada por la luna. Entonces le llegó la voz helada de la joven:

—¡El viejo gitano!

—¿Dónde?

—Ahí..., cerca de la roca..., bajo los árboles.

Un tanto exasperado, remontó él el curso de la corriente y trepó hacia el montículo de las hayas. Aquello era, sin duda, una jugarreta de los rayos lunares. ¡Nada! Echando maldiciones y hablando para sí, sobrecogido por una suerte de terror, corrió él dando tropezones sobre las piedras, aquí y más allá de las matas de espino. ¡Era absurdo! ¡Una tontería! Volvió junto al manzano. Pero ella había desaparecido. Pudo escuchar unos crujidos, el gruñir de los cerdos y el ruido de la barrera al cerrarse. ¡En lugar de la muchacha, sólo el viejo manzano! Rodeó el tronco con sus brazos... ¡Qué diferencia con el flexible cuerpo ausente! Y la áspera corteza, ¡qué diferente de las suaves mejillas! ¡Tan sólo el aroma, el perfume que transcendía del bosque, resultaba un poco parecido! Y sobre su cabeza, y en torno suyo, las ramas florecidas parecían alentar y agitarse, más vivas y resplandecientes que nunca bajo la luz de la luna.

VII

Al descender del tren en la estación de Torquay, Ashurst vagó algún tiempo sin rumbo frente a ella, pues no conocía bien aquel lugar, uno de los balnearios famosos de Inglaterra. Con su habitual despreocupación por lo que hacía, no paró mientes en que desentonaba con la gente, y continuó su camino, con su tosca chaqueta de Norfolk, sus botas llenas de polvo y su arrugado sombrero, sin notar que todos lo miraban un tanto sorprendidos.

Se puso a buscar alguna sucursal de su banco de Londres, mas cuando la encontró, hubo de enfrentarse con el primer obstáculo. ¿Conocía a alguna persona en Torquay? ¿No? En ese caso, si él telegrafiaba a su banco de la capital ellos no tendrían ningún inconveniente en complacerle... al recibir la respuesta. Aquella muestra de la desconfianza reinante en aquel mundo reglamentado vino a empañar el dorado brillo de sus ensoñaciones. Con todo, envió el telegrama.

Al salir de la oficina de correos, vio, frente a ella, un establecimiento en el que vendían vestidos femeninos. Se paró a contemplar el escaparate solicitado por extrañas sensaciones. Acometer la empresa de vestir a su rústica adorada resultaba algo más que embarazoso. Entró en la tienda. Una joven salió a su encuentro; tenía ojos azules y frente despejada. Ashurst la contempló en silencio.

—Señor...

—Querría un vestido para una muchacha.

La joven sonrió. Ashurst se sintió incómodo. Se daba cuenta del carácter desusado de su requerimiento.

La dependienta añadió apresuradamente:

—¿Cómo lo quiere? ¿Desea algo a la moda?

—No. Una cosa sencilla.

—¿Qué talla es la de esa señorita?

—Pues... no sé. Acaso unos cinco centímetros más baja que usted...

—¿Podría usted decirme las medidas del pecho?

¡Las medidas del pecho de Megan!

—¡Ah! Pues... ¡lo corriente!

—Comprendo.

En tanto ella regresaba, se entretuvo en mirar desconsolado los modelos expuestos en el escaparate, y súbitamente, le pareció algo inverosímil que Megan, su Megan, pudiera vestirse de otro modo que no fuese con la falda de paño burdo, la modesta blusa y la boina escocesa de las que él trataba de

sacarla. La joven había regresado con diversos vestidos colgados de sus brazos. Ashurst fue pasándoles revista mientras ella se los adaptaba a su grácil figura. Le gustó el color de uno de los modelos, uno gris perla, pero le resultó más allá de sus posibilidades imaginarse a Megan vestida con él. La joven volvió a salir y trajo algunos vestidos más. Ashurst se sintió acometido de una especie de parálisis. ¿Cómo elegir? Ella necesitaría, sin duda, también un sombrero, y zapatos, y guantes... ¿Y si, cuando él le llevara todo aquello, le sentaba como un tiro, tal como sucede a la gente de pueblo al enfundarse en su ropa dominguera? ¿Por qué no habría de poder viajar tal como estaba? ¡Ah! Pero la apariencia, ¡era tan importante! No se trataba de una fuga cualquiera. Y, contemplando de hito en hito a la vendedora pensó: “Ésta debe pensar que soy un sinvergüenza... pero ¿me importa que lo crea?” —¿Le importaría reservarme ese de color gris? —acertó a decir, al fin, en un arranque desesperado—. No puedo decidir por ahora. Esta tarde volveré otra vez.

La joven suspiró:

—¡Oh! Por supuesto. Es un modelo de muy buen gusto. No creo que haya nada que pueda satisfacerle más que esto...

—Supongo que no —farfulló Ashurst al despedirse.

Liberado de nuevo de aquel mundo rígido y lleno de sospechas, respiró a pleno pulmón y retornó a sus sueños. Imaginóse, en su fantasía, a la hermosa criatura que iba a unir su vida con la propia; vióse paseando con ella bajo la luna por los marjales. Él la rodeaba con su brazo y era portador de los nuevos atuendos. Al llegar al crepúsculo, en algún lejano bosquecillo, ella se despojaría de sus viejas ropas y se pondría las otras. Luego, en un tren mañanero de alguna estación distante, partirían hacia su luna de miel, hasta que los engullera Londres y sus sueños de amor se hiciesen realidad.

—¡Pero sí es Frank Ashurst!! No te había visto desde nuestros tiempos de rugby, compañero.

El ceño de Ashurst desapareció al contemplar aquella cara enfrentada a la suya en la que se destacaban unos ojos azules. Era una de aquellas caras bañadas de sol, en las que éste parece trascender desde adentro y depositarse en la piel cual si fuese un lustroso bamiz. Tras la sorpresa respondió:

—¡Phil Halliday, por Júpiter!!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Nada de particular! He venido a ver esto y a por algún dinero. Me alojo en el páramo.

—¿Was a comer en alguna parte? ¿Por qué no te vienes a almorzar con

nosotros? Estoy aquí con mis hermanitas. Tuvieron el sarampión y...

Prendido por el amistoso abrazo, Ashurst se dejó llevar. Subieron una cuesta, bajaron otra y salieron fuera de la ciudad. La voz de Halliday, entretanto, tan rebosante de optimismo como el rostro lo estaba de sol, comentaba que "en este apolillado lugar, las únicas cosas decentes que se pueden hacer son bañarse e ir en bote". Siguió con su charla hasta que apareció a su vista un grupo de casas dispuestas en semicírculo situadas junto a la costa en lo alto, un poco separadas del mar. En el centro se destacaba una, un hotel, que era la meta a donde se dirigían.

—Sube a mi cuarto si quieres lavarte. El almuerzo estará listo en un periquete. Ashurst contempló su rostro en el espejo. Comparada con el dormitorio de la granja y el régimen ascético de mangas de camisa y peine desnudo de la última quincena, esta habitación, atiborrada de ropa y de cepillos le recordaba las delicias de Capua. "Qué raro es esto que me pasa. No sé bien..." pensó. Y en realidad no lo sabía bastante.

Cuando siguió a Halliday hasta el salón, para almorzar, tres rostros extraordinariamente agradables y tres miradas azules se dieron vuelta al escuchar las palabras de presentación:

—Este es Frank Ashurst, hermanitas.

Dos de ellas eran en realidad unas niñas. Tendrían diez y once años. La tercera acaso hubiese cumplido los diecisiete. Su estatura era aventajada; su pelo muy bonito. Tenía las mejillas como arreboladas por el sol. Sus cejas, algo más oscuras que el cabello, se arqueaban un tanto oblicuamente. Las voces de las tres eran, como la de Halliday, agudas y llenas de alegría. Se mantuvieron dignamente erguidas mientras lo saludaban; estrecharon sus manos con movimientos rápidos mientras lo estudiaban con ojo crítico; se separaron luego y comenzaron a charlar de lo que tenían que hacer por la tarde. La mayor parecía una Diana rodeada de sus ninfas. Al compararlo con el ambiente de la granja, este hablar chispeante, desenfadado y lleno de vehemencia; este refinamiento espontáneo, fresco y limpio resultábale tan natural que todo aquello que había dejado atrás se transformó de pronto en algo muy remoto. Según creyó entender, los nombres de las más pequeñas eran Sabina y Freda. El de la mayor, Stella.

A poco, la que atendía por Sabina se volvió hacia él.

—Estaba diciendo si le gustaría a usted participar en un juego con nosotros. ¡Es terriblemente gracioso!

Sorprendido por aquel inesperado signo de amistad, Ashurst balbuceó:

—Temo tener que regresar esta misma tarde...

—¡Oh!

—¿Y no podría usted aplazarlo?

Ashurst se volvió hacia su nueva interlocutora, Stella. Sacudió la cabeza y sonrió. ¡Era muy linda! Sabina, con tono de reproche, dijo:

—Tendría que poder...

Luego la conversación derivó a otros temas.

Se habló de grutas y de natación.

—¿Puede usted nadar muy lejos?

—Unas dos millas.

—¡Oh!

—¡Nada menos!

—¡Qué divertido!

Los tres pares de ojos azules fijos en su persona le dieron conciencia de su nuevo ascendiente. Tal sensación no dejaba de ser bastante agradable. Halliday dijo:

—Se me ocurre que debes quedarte, sin más, y tomarte un baño. Sería mejor que hicieras noche aquí.

—¡Sí, sí! ¡Hágalo!

Con todo, Ashurst volvió a denegar sonriente. Pero, de pronto, se encontró envuelto y catequizado por el interés que despertaban sus méritos deportivos. Por lo visto, había remado en el bote de su colegio, había formado parte del equipo de fútbol, había ganado en las carreras escolares... Se levantó de la mesa convertido en una especie de héroe. Las dos hermanas menores insistieron en que él debía conocer "su cueva", y salieron juntos charlando como cotorras; él entre ellas, Stella y su hermano un poco atrás. En la gruta no había sino la humedad y la oscuridad propias de cualquier otra gruta. Lo más notable era un charco en el que podían pescarse desprevénidas criaturas, para ser metidas luego en un frasco. Sabina y Freda, que no llevaban medias sobre sus bien formadas pantorrillas tostadas por el sol, instaron a Ashurst para que se juntara con ellas en el agua y les ayudase a pasar una red. Pronto el muchacho quedó también sin botas ni calcetines. ¡El tiempo pasa de prisa para quien tiene el sentido de lo bello, cuando lo acompañan dos lindas muchachas en un charco y aguarda una Diana en la orilla dispuesta a recibir con signos de admiración cualquier animalejo capturado! En verdad, Ashurst nunca había tenido mucha noción del tiempo. Por ello, se llevó una sorpresa cuando, al consultar el reloj, comprobó que eran mucho más de las tres. Ya no había posibilidad de cobrar ese día su cheque. El banco sin duda estaría cerrado ya cuando él llegase. Al ver la expresión de su cara, las niñas gritaron

al mismo tiempo:

—¡Viva! ¡Ahora no tiene más remedio que quedarse!

Ashurst no contestó. Parecía contemplar de nuevo el rostro de Megan cuando, durante el desayuno, le había dicho por lo bajo: “Me voy a Torquay, querida, a buscar algunas cosas. Volveré esta noche. Si hace buen tiempo podremos marcharnos de madrugada. Procura estar lista.” Le parecía estar viendo cómo ella se estremecía y estaba pendiente de sus palabras. ¿Qué iba a pensar ahora? Luego recobró la calma, súbitamente consciente de la serena mirada de aquella otra joven que lo observaba, tan esbelta y hermosa como una Diana. Seguía al borde de la charca, mirándolo con sus maravillosos ojos azules bajo aquellas cejas un tanto oblicuas. ¡Si supiera cuáles eran sus verdaderos pensamientos! ¡Si tuviera noción de lo que aquella noche podía significar para él! Acaso mostrasen su disgusto y lo dejaran solo en la cueva. Reaccionó, y con una mezcla de cólera, disgusto y vergüenza, guardó el reloj en su bolsillo y dijo bruscamente:

—Sí. ¡Por hoy me han embromado bien!

—¡Hurrah! Ahora ya puede venir a bañarse con nosotros.

Resultó imposible no sucumbir frente al alborozo de aquellas lindas jóvenes, a la sonrisa que afloraba en los labios de Stella y a las palabras de Halliday: “¡Al diablo con las preocupaciones, viejo! ¡Te puedo prestar alguna ropa para la noche!” Pero le acometió de nuevo un acceso de nostalgia y remordimiento, y exclamó malhumorado:

—¡Debo enviar un telegrama!

Agotado el atractivo de la gruta, regresaron al hotel. Ashurst mandó su despacho a la dirección de la señora Narracombe: “Retenido esta noche. Regresaré mañana.” Seguramente, Megan comprendería que había tenido muchas cosas que hacer...; y su corazón se sintió más aligerado. La tarde era maravillosa, cálida; el mar estaba azul y en calma... y nadar era su gran pasión. La simpatía que le demostraban aquellas niñas lo halagaba, y le complacía mirarlas, y contemplar a Stella y ver la resplandeciente cara de Halliday. Pese a que todo era natural, parecía vivir un momento de irrealidad. Era como sumergirse en un mundo de absurda normalidad antes de su salto en el vacío con Megan. Tomó su traje de baño alquilado y salieron juntos en alegre grupo. Halliday y él se desvistieron tras una roca; las tres muchachas detrás de otra. Fue el primero en lanzarse al agua, e inmediatamente comenzó a nadar para justificar sus balandronadas de ser un campeón. Cuando volvió la cara pudo ver a su amigo bordeando la costa y a las chicas brincando y jugando con las pequeñas olas en forma que hubiera

despreciado y que ahora, sin embargo, consideraba llena de gracia, puesto que le proporcionaba a él ocasión de distinguirse como el único experto nadador del conjunto. Al acercase, se preguntó si a ellas les gustaría que él, un extraño, se incorporase a los chapoteos; le invadió la timidez a medida de que se aproximaba a las gentiles ninfas. Pero Sabina le pidió que le enseñara a sostenerse a flote, y sucedió que las niñas lo mantuvieron tan abstraído que ni ocasión le quedó para averiguar si a Stella le importaba o no su presencia; hasta que, de pronto, escuchó un grito procedente de donde ella se encontraba. La vio sumergida hasta el pecho, un tanto inclinada hacia delante. Sus hermosos brazos se agitaban señalando algo. Su rostro mojado y fruncido por el deslumbramiento del sol tenía una expresión de miedo.

—¡Fíjese en Phil! ¿No le pasará alguna cosa? ¡Oh!... ¡Miren!

Ashurst se dio cuenta en seguida de que a Phil no le iban bien las cosas. Se agitaba desordenadamente como si hubiera perdido pie. Encontrábase a un centenar de metros. Repentinamente dio un grito, levantó los brazos y se sumergió. Ashurst vio a la joven avanzar hacia donde había desaparecido su hermano.

—¡Vuelva, Stella! ¡Vuélvase usted! —exclamó, al tiempo que se lanzaba en la misma dirección.

Él no recordaba haber nadado nunca tan deprisa. Alcanzó a Halliday en el momento en que éste surgía por segunda vez a la superficie. Se trataba de un calambre. No le fue difícil ayudar al amigo, pues se dejó llevar. La muchacha, que se había detenido allí donde le dijera Ashurst, acudió en su ayuda tan pronto como ellos pudieron hacer pie. Ya en la playa, se sentaron uno a cada lado del accidentado y comenzaron a friccionarle las piernas, mientras las hermanas menores permanecían junto a ellos con caras llenas de susto.

Halliday recobró pronto la sonrisa. Estaba avergonzado de sí mismo, dijo, “lo que se dice avergonzado”. Si Frank le daba una mano, creía poder vestirse ya sin dificultad. Ashurst le ofreció su brazo. Mientras lo hacía, fijó la mirada en el rostro descompuesto de Stella, mojado del mar y de las lágrimas, que había perdido su natural serenidad, y pensó para sí: “¡La llamé por su nombre, Stella! ¿Te gustaría saber si a ella le agradó?”

En tanto se vestían, Halliday dijo tranquilamente:

—Me has salvado la vida, viejo.

—¡Bah!

Vestidos de nuevo, pero no recobrados aún, regresaron juntos al hotel y se instalaron para tomar el té, salvo Halliday que se fue a recostar en su habitación. Después de algunas tostadas y lonjas de jamón, Sabina dijo:

—¿Sabe usted lo que pienso? ¡Que usted es de verdad un buen muchacho!

—¡Ya lo creo!

Ashurst vio como Stella bajaba la vista. Se sintió confundido y optó por dirigirse a la ventana. Desde allí pudo oír a Sabina que decía por lo bajo:

—¡Hagamos el juramento de la sangre! ¿Dónde tienes tu cuchillo, Freda?

Y, con el rabillo del ojo pudo ver a cada una de las jóvenes hacerse un pinchazo, exprimirse una gota de sangre y absorberla sobre un trozo de papel. Se dio vuelta y se dirigió a la puerta.

—¡No se haga usted el importante! ¡Venga aquí! —Lo tomaron por los brazos. Y prisionero de las dos pequeñas fue conducido de nuevo hasta la mesa. Sobre ésta se encontraba un pedazo de papel con un perfil dibujado con sangre y tres nombres, Stella, Sabina, Freda, también escritos con sangre, que divergían como los rayos de una estrella. Sabina explicó:

—Éste es usted. Ahora tenemos que darle un beso, ¿sabe? Y Freda corroboró.

—¡Oh! Sí... ¡por supuesto!

Antes de que Ashurst pudiera escapar, cayeron sobre su rostro unas guedejas mojadas, algo como un mordisco resbaló sobre su nariz, mientras otros dientes se hincaban suavemente en una de sus mejillas. Lugo quedó libre y Freda ordenó:

—¡Ahora le toca a Stella!

Ashurst, rígido y sofocado, contempló al otro lado de la mesa a una Stella no menos rígida y ruborizada. Sabina contuvo la risa; Freda protestó:

—¡Vamos, déense un abrazo! ¡No lo echen todo a perder!

Un extraño desasosiego, mezcla de vergüenza, se apoderó de Ashurst. Luego dijo aparentando tranquilidad:

—¡Cállense ustedes, diablillos!

Sabina contuvo de nuevo una carcajada.

—Muy bien. Entonces, ella se dará un beso en la mano y usted se la pondrá contra la nariz. Quiero decir sobre un lado.

Llenándolo de confusión, la muchacha besó su mano y se la tendió. Solemnemente, tomó él aquellos tibios y delicados dedos y los llevó sobre su mejilla. Las dos niñas comenzaron a palmotear, y Freda dijo:

—Ahora, por lo tanto, tendremos nosotras que salvarle la vida cuando sea. Queda convenido... Dime, Stella, ¿podría pedir otra taza de té un poco más cargado?

La merienda fue reanudada. Ashurst dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo. La conversación recayó sobre las ventajas del sarampión, las

mandarinas, la miel tomada en cuchara, la suspensión de las clases, etc., etc. Ashurst escuchaba en silencio, cambiando amistosas miradas con Stella, cuyo rostro había recobrado su radiante matiz blanco rosado. Resultaba reconfortante sentir cómo se adentraba en el corazón de aquella familia, cómo le agradaba contemplar aquellas caras. Después del té, mientras las chicas menores se entretenían alisando unas algas marinas, se sentó él a hablar con Stella, junto a la ventana, mientras aquella le mostraba algunos de sus apuntes a la acuarela. Aquella jornada había transcurrido como un sueño feliz. El tiempo, los acontecimientos, la realidad, todo parecía flotar en un espacio sin dimensiones. Al día siguiente, retornaría a Megan, sin que le quedara otra cosa que aquel papel teñido con la sangre de esas niñas, que guardaba en su bolsillo. ¿Había dicho niñas? Stella no podía decirse que lo fuera. ¡Si tenía la misma edad que Megan! Su hablar —lleno de vivacidad, un tanto duro y tímido, aunque amistoso— parecía cobrar mayor sentido durante las pausas; en torno suyo parecía flotar algo fresco y virginal.

Durante la cena, a la que Halliday, que había tragado mucha agua, no asistió, Sabina dijo, de pronto:

—He decidido llamarlo Frank.

Y Freda repitió:

—Frank... Frank...Franky.

Ashurst esbozó una sonrisa y se inclinó en una reverencia.

—Cada vez que Stella le llame “señor Ashurst” le haremos pagar prenda. ¡Es ridículo!

Ashurst miró a Stella, que se había ido poniendo colorada al escuchar a su hermana. Sabina contuvo la risa. Freda se puso a gritar:

—¡Ju, ju! ¡Se le subió el pavo! ¡Se le subió el pavo!

Ashurst, incorporándose, dio un manotón a derecha y a izquierda, y logró atrapar un mechón de sedosos cabellos en cada mano.

—Oigan ustedes dos —dijo—. Dejen tranquila a Stella... o me veré obligado a hacerles un nudo con su pelo.

Freda rezongó:

—¡Uuh! ¡Usted es un bruto!

Sabina murmuró, más cautamente:

—Pues usted bien que la llamó Stella... ¿No recuerda?

—¿Y qué tiene eso de malo? ¡Es un nombre muy bonito!

—¡Muy bien! ¡Por nuestra parte no hay inconveniente!

Ashurst les soltó el pelo. ¡Stella! Y ella... ¿cómo lo llamaría después de aquella escena? No lo llamó de ninguna manera. Hasta que, a la hora de irse

a acostar, él dijo, recalcando las palabras:

—¡Buenas noches... Stella!

—Buenas noches, señor... Buenas noches, ¡Frank! Me gustó que me llamara así... ¿sabe?

—¿Sí...? ¡Oh! ¡Qué tontería!

Le tendió la mano y se la estrechó en un apretón rápido y firme que no menos rápidamente se aflojó.

Ashurst quedó como paralizado en el salón vacío. Tan sólo la noche anterior, bajo el manzano y el viviente ramaje florecido, había atraído a Megan hacia sí y la había besado en los ojos y en los labios. Lanzó un gemido. Le asaltaron innumerables recuerdos. ¡Esta misma noche debían haber empezado una nueva vida juntos; debía haberse iniciado la existencia con aquella mujer que sólo quería permanecer a su lado! Y... en lugar de eso, aquella medianoche ya había quedado atrás. ¡Y todo... porque él no había mirado su reloj! ¿Por qué había tenido que entablar amistad con esta familia de seres inocentes y puros, precisamente en el momento en que él se disponía a decirle adiós a la inocencia y a todo lo que seguía? "Pero... yo tengo el propósito de casarme con ella...", pensó, "Así se lo dije..."

Buscó una vela; la encendió y se dirigió hacia su dormitorio, que estaba al lado del de Halliday. Al pasar frente a la puerta, lo llamó la voz de su amigo:

—¿Eres tú, muchacho? ¿Por qué no entras?

Se encontraba sentado en la cama, fumando una pipa y leyendo.

—Siéntate un momento.

Ashurst se sentó cerca de la ventana.

—He estado pensando en todo lo que me pasó esta tarde, ¿sabes? —comenzó a decir Halliday inopinadamente—. Y en todo eso que dicen de que se contempla en segundos todo el pasado... A mí no me sucedió tal cosa. Supongo que porque mi muerte no se acercó lo bastante.

—¿En qué pensaste?

—Bueno, pues pensé en una sola cosa... bastante rara; en una muchacha... de Cambridge, con la que pude tener..., bueno, tú comprendes. Me alegré de no haberme encaprichado con ella. Pero, sea como sea, viejo, es a ti a quien le debo estar aquí. A estas horas podría encontrarme en los oscuros abismos. Se acabó la cama... y la pipa; se acabó todo. Dime, ¿qué crees que nos sucede cuando...?

Ashurst respondió:

—Supongo que nos consumimos como llamas.

—¡Bah!

—Acaso quedemos fluctuando o revoloteando por ahí durante un tiempo...

—¡Uhm! Todo esto me parece bastante macabro. Y... supongo que mis hermanas se habrán portado bien contigo, ¿no?

—Terriblemente bien.

Halliday dejó la pipa a un lado, cruzó sus manos por detrás de la nuca y se volvió hacia la ventana.

—No son malas chicas —dijo.

Viendo a su amigo allí, tendido, sonriente, con la luz de la vela bailando sobre su rostro, Ashurst se estremeció. ¡Qué verdad era lo que dijo! Podría no haber estado allí sobre su cama, sin sonrisa ninguna, desaparecido para siempre aquel aspecto radiante. Podría no haber estado donde estaba, sino sobre la arena, en el fondo del mar, esperando el día de la resurrección de la carne, allá por el noveno día de no sabía cuándo. Y la sonrisa de Halliday le pareció algo maravilloso, como si en ella radicase la diferencia entre la vida y la muerte —esa llamita misteriosa—, ¡todo! Se incorporó diciendo:

—Bueno, me figuro que deberás dormir. ¿Quieres que apague?

Halliday le tomó la mano.

—No sé cómo decirlo, ¿sabes? Pero debe ser una porquería eso de estar muerto. ¡Buenas noches, muchacho!

Estremeciéndose conmovido, Ashurst estrechó la mano que se le ofrecía y volvió a descender las escaleras. La puerta del *hall* estaba abierta todavía. Salió y comenzó a deambular sobre el césped, bajo la luna. En el azulado y oscuro cielo brillaban las estrellas, y su tenue resplandor comunicaba a las lilas del jardín ese misterioso e indescriptible color que adquieren ciertas flores durante la noche. Ashurst hundió la cara en una manta... y ante sus ojos cerrados apareció la imagen de Megan, con el negro cachorillo apretándose contra su pecho. "Pensé... en una muchacha... con la que pude tener..., bueno, tú comprendes. ¡Me alegré de no haberme encaprichado con ella!" Apartó su rostro de las lilas y comenzó a caminar arriba y abajo sobre la hierba, como un fantasma evanescente que adquiriría cuerpo cada vez que llegaba bajo la luz de las lámparas colocadas a cada extremo de su recorrido. Volvió a experimentar la sensación de estar junto a ella bajo el pálido y aromado florecer de la enramada, escuchando el cercano rumor del arroyo, contemplando el reflejo acerado de la luna sobre la superficie del remanso. Volvía a experimentar el extático raptó de sus besos sobre aquella cara rebosante de inocencia y humilde entrega apasionada. Volvía a sentir el suspenso y el sortilegio de aquella noche pagana. Se detuvo una vez más a la sombra de las lilas. Aquí, la voz de la noche no tenía el acento del torrente,

sino el del mar, del mar suspirante o rugiente. Ningún pájaro, ningún mochuelo, ningún ave nocturna lanzaba al espacio su canto o su ulular. Las notas de un piano llegaron hasta él. El perfil de los blancos edificios se recortaba en curva sobre el cielo. El aroma de las lilas llenaba el ambiente. Se iluminó una ventana del hotel, allá en lo alto; pudo advertir al paso de una sombra sobre los visillos. Las más extrañas sensaciones se apoderaron de él. Era una agitación, un choque de sentimientos encontrados, un debatirse de emociones en su interior, cual si la primavera y el amor buscasen una salida, azorados y confusos, sin lograrla. Aquella joven que lo había llamado Frank, cuya mano había estrechado la suya; aquella muchacha, tan gentil y tan pura... ¿qué podría pensar de un amante como él, tan primitivo y tan inconstante? Se dejó caer sobre el césped y se sentó con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la casa, ausente de todo como un Buda esculpido en piedra. ¿Estaba realmente dispuesto a violar la inocencia de una niña y fugarse con ella? ¿A aspirar el aroma de una flor silvestre y, acaso, arrojarla después?... “...en una muchacha... de Cambridge, con la que pude tener... bueno, tú comprendes...”. Colocó sus manos sobre la hierba, con las palmas hacia abajo y presionó la tierra. Conservaba todavía el calor del día. Estaba húmeda, y suave, y firme, y amigable. “¿Qué voy a hacer?”, pensó. Acaso en aquel momento Megan estuviese en la ventana, mirando las copas florecidas y pensando en él. ¡Pobre pequeña! Mas... “¿por qué no?”, pensó luego, “Yo la amo”. Y después: “Pero... ¿la amo, en realidad? No será que me gusta y la deseo tan sólo porque es bonita y porque ella me quiere a mí?” El piano seguía tocando. Las estrellas parpadeaban en lo alto. Y Ashurst se quedó mirando las negras honduras del mar que tenía frente a sí, como si estuviera hipnotizado. Por último se puso de pie, acalambreado el cuerpo y con escalofríos. En ninguna ventana se observaba luz. Y entró en el hotel para acostarse.

VIII

Al despertar de su profundo sueño, sin visiones perturbadoras, escuchó que lo llamaban golpeando sobre la puerta con los nudillos. Una voz penetrante le decía:

—¡Arriba! ¡El desayuno está listo!

Dio un salto en la cama. “¿Dónde estaba?... ¡Ah!”

Cuando bajó los encontró ya tomando mermelada. Tomó asiento en el lugar vacío que le dejaran entre Stella y Sabina. Ésta, después de contemplarlo un

momento, dijo:

—¿Por qué no se junta con nosotros? Saldremos a las nueve y media.

—Vamos a Berry Head, ¡Tú debes acompañarnos!

Pero Ashurst pensaba: “¿Acompañarlos? Imposible. Debo hacer algunas cosas y regresar.” Miró a Stella. Ella había añadido apresuradamente:

—Sí..., ¡venga!

Sabina corroboró:

—Sin usted no vamos a divertirnos.

Freda se puso de pie y fue a colocarse detrás de la silla del muchacho.

—Usted tiene que venir con nosotros. Si no, ¡le tiraré del pelo!

Ashurst admitió *in mente*: “Bueno otro día más para pensarlo. ¡Un día más! Y, en voz alta:

—¡Muy bien! ¡No quiero que maldigan mi nombre!

—¡Hurra!

Al llegar a la estación, redactó un segundo telegrama dirigido a la granja, y luego lo rompió; no hubiera podido explicar por qué. Desde Brixham, viajaron en una pequeña vagoneta. Durante el trayecto, comprimido entre Sabina y Freda, con sus rodillas tocando las de Stella, cantó a coro el *Up Jenkins*. Su primitivo mal humor fue transformándose en unas ganas locas de retozar. En aquel día —otro más— que le quedaba para pensar... ¡no quería pensar en nada! Se desafiaron a correr, lucharon entre sí, fueron en bote —en aquella ocasión nadie habló de bañarse—, jugaron al escondite y a otras cosas... y devoraron todo cuanto habían llevado. A la vuelta, las dos hermanas menores se le durmieron sobre los hombros. En aquel estrecho vehículo, las rodillas del joven volvieron a sentir la presión de las de Stella. Parecía increíble que tan sólo treinta horas antes ni siquiera hubiera puesto la vista en ninguna de aquellas rubias cabecitas. En el tren, habló con Stella de poesía. Supo de sus preferencias y le confesó las de él no sin cierta superioridad, hasta que ella, de pronto, le dijo, bajando la voz:

—Phil dice que usted no cree en una vida futura, Frank. Eso me parece espantoso.

Desconcertado, Ashurst murmuró:

—No sé si creo o dejo de creer. Simplemente... no sé.

Ella replicó con viveza:

—Yo no podría soportarlo. ¿Cuál podría ser el sentido de nuestra existencia?

Al ver el fruncimiento de aquellas lindas cejas oblicuas, Ashurst respondió:

—No creo que haya que creer en las cosas... porque se tenga necesidad de ello.

—Pero, si no fuera porque nos espera realmente otra existencia, ¿por qué habríamos de desear una cosa inexistente?

Y lo miró de frente.

No quería él herir los sentimientos de la joven, pero un prurito de dominación lo empujó a decir:

—Mientras uno está vivo, es natural que quiera seguir viviendo eternamente; eso forma parte de la condición de estar vivo. Pero, probablemente, no hay nada más.

—Entonces... ¿usted no cree en nada de lo que dice la Biblia?

Ashurst pensó: “¡Ahora sí que la voy a herir!”

—Creo en el Sermón de la Montaña, porque es hermoso y aplicable a todos los tiempos.

—¿Así que no cree usted que Cristo fue divino?

Él sacudió la cabeza.

Viéndola volver la cara bruscamente hacia la ventana, acudió a su memoria aquella oración de Megan que le repitiera el pequeño Nick: “Dios nos bendiga a todos... y a mister Ashes...” ¿Quién más podría orar por él como lo hizo ella; ella, que, en aquel momento, debía estar esperándolo... confiada en verlo retornar por el camino? Y se acusó con violencia: “¡Qué canalla soy!” Durante toda la noche, dicha acusación apareció de nuevo repetidas veces en su mente, aunque —como suele ocurrir— cada vez con menor acritud, hasta que incluso le pareció algo sin mayor importancia ser eso, un bribón. Y, lo que resultaba más extraño, llegó a no saber si el calificativo de canalla le correspondía por desear volver al lado de Megan o por no querer hacerlo. Estuvieron jugando a las cartas hasta que las niñas se fueron a la cama. Entonces, Stella se sentó al piano. Desde lejos, en la semioscuridad de su asiento de junto a la ventana, Ashurst la contempló, frente a los candelabros, moviendo su hermosa cabeza y arqueando hacia delante su albo cuello, mientras llevaba el compás al ritmo de las manos. Tocaba con facilidad, aunque sin mucha expresión; pero ¡cómo parecía hallarse envuelta por un halo de dorada luz y estar sumergida en una atmósfera de angelical candidez su figura toda! ¿Quién podría experimentar deseos inconfesables o alimentar turbios pensamientos frente a aquella cimbreante joven, de aspecto seráfico dentro de su vestido blanco? En aquel momento interpretaba una pieza de Schumann intitulada *Warum*. Después, Halliday trajo una flauta, y el concierto de piano quedó interrumpido. Más tarde, los dos hermanos hicieron cantar a Ashurst. Stella lo acompañó en una serie de *Lieder* del autor antes citado. Cuando estaba en la frase *Ich grolle nicht*, dos pequeñas figuras enfundadas

en camisones azules entraron cautelosamente y trataron de esconderse debajo del piano. La velada se vio trunca en medio de una gran algarazara y de lo que Sabina calificó como un "lío morrocotudo".

Aquella noche Ashurst apenas pudo conciliar el sueño. No hizo sino pensar y dar vueltas en el lecho, lleno de agitación. La intensa intimidad doméstica de aquellos últimos dos días, la fuerza sugestiva del ambiente que rodeaba a los Halliday parecían envolverlo, al tiempo que difuminaban y hacían irreales las imágenes de la granja y de Megan...; hasta de Megan, sí. ¿Era cierto que él la había enamorado, y que le había prometido raptarla para que viviese con él? Sin duda lo había embrujado la primavera, la noche y los manzanos florecidos... ¡Pero aquella locura de mayo podía ser la ruina de ambos! El darse cuenta de que iba a convertir en su amante a aquella niña que aún no había cumplido los dieciocho años, lo llenaba ahora de una especie de horror, pese a que ello lo excitase aún, y le bulle en la sangre. "Es horrible lo que he hecho... ¡horrible!", se dijo a sí mismo, al tiempo que la música de Schumann volvía a resonar en sus oídos, mezclándose con el enfebrecido rumor de sus propios pensamientos. Y se le apareció de nuevo la fresca, blanca y deliciosa figura de Stella, con su cabellera suave y su arqueado cuello y aquel resplandor angelical que la envolvía. "¡Debe haber sido... debo haber estado... loco!", pensó. "¿Qué es lo que se apoderó de mí? ¡Pobre Megan!... "Dios nos bendiga a todos... y a mister Ashes..." "¡Lo único que quiero es estar junto a usted! ¡Sólo estar con usted!" Y hundiendo la cara en la almohada comenzó a murmurar como en un sollozo:

—No regresar es terrible..., pero volver ¡es más horrible aún!

Mas las emociones, cuando se es joven, pronto pierden su capacidad de hacernos sufrir. Y Ashurst terminó por dormirse con esta consoladora consideración: "Al fin y a la postre, ¿qué fue todo? Sólo unos pocos besos. Al cabo de un mes, se habrá olvidado."

A la mañana siguiente logró cobrar el cheque, pero evitó pasar por el comercio donde viera el vestido gris perla. En lugar de ello compró algunas cosas para sí. Todo el día se sintió de un extraño humor, experimentando una especie de enojo consigo mismo. En lugar de la ansiedad de los últimos dos días, sentía únicamente tristeza. Sus apasionados anhelos se habían apagado, como anegados en las lágrimas que pugnan por aflorar.

Después del té, Stella, mientras ponía un libro frente a ella, preguntó tímidamente:

—¿Ha leído usted esto, Frank?

Se trataba de *La Vida de Cristo*, de Farrar, Ashurst sonrió. Las inquietudes

experimentadas por su amiga con respecto a sus creencias religiosas le parecían cómicas, aunque conmovedoras. La intención catequística resultaba contagiosa, al parecer, pues él comenzó a esforzarse en hallar argumentos tendientes a justificarlo, si no a convertirla a ella. Y, por la noche, mientras Halliday y las hermanas menores se entretenían en remendar unas redes de pescar, comenzó a decir:

—En el fondo de toda religión, hasta donde yo entiendo, siempre se encuentra la idea de un premio o compensación, algo que se obtiene por ser sumiso; es una especie de continuo implorar favores... A mí me parece que todo eso se basa en el miedo.

Ella permanecía sentada en el sofá, haciendo punto. Levantó la vista rápidamente y dijo:

—Yo creo que se trata de algo mucho más profundo.

Ashurst experimentó de nuevo un prurito de dominación.

—Usted cree así —replicó—, pero tiene conciencia del *quid pro quo*, de las contradicciones y del interrogante que está en las cosas más profundas que bullen en nuestro interior. ¡Y qué endiabladamente difícil resulta llegar hasta el fondo de esas cosas!

Enarcó ella las cejas con un profundo pliegue.

—Yo no dije que comprendiera...

Pero él prosiguió, obstinadamente:

—Está bien. Pero piense usted un poco y dígame si la mayoría de las personas que creen no son aquellas que consideran que esta vida no les da cuanto desean. Yo creo en la bondad..., porque ser bueno es bueno en sí mismo.

—¿Así que usted cree, realmente, en la bondad?

¡Qué bonita le parecía en aquel momento! ¡Qué fácil resultaba ser bueno junto a ella! Asintió con la cabeza y respondió:

—Bueno..., lo que yo digo es que me enseñe usted a hacer ese punto...

Al sentir el contacto de los dedos femeninos sobre los suyos, mientras manipulaban con el hilo, sintióse él apaciguado y feliz. Y cuando se retiró a descansar, todos sus pensamientos fueron para ella. Sentíase envuelto por aquella suave y fresca y fraternal dulzura, como bajo un manto protector.

Al día siguiente se encontró con que habían decidido tomar el tren hasta Totnes y continuar la excursión para visitar el castillo de Berry Pomeroy.

Firme en su obstinado olvido del pasado, se acomodó junto a ellos en el coche, al costado de Halliday y de espalda a los caballos. Y cuando avanzaban por la costa, cerca del recodo que se dirigía a la estación, su corazón dio un vuelco y casi se le saltó por la boca. ¡Allí estaba Megan! ¡Megan en persona!

Iba caminando por el lejano sendero. Vestía su vieja falda, la misma chaqueta y la boina. Miraba con avidez los rostros de cuantos pasaban a su lado. Instintivamente, levantó él la mano para ocultarse; luego hizo ademán como de limpiarse el polvo que le hubiese entrado en los ojos, pero, entre los dedos, pudo verla caminar, erguida, moviéndose no con el paso seguro de la campiña, sino de un modo indeciso, lastimoso, cual si estuviera perdida. Se parecía a un perrillo que hubiese perdido a su amo y no supiera si seguir adelante o volver atrás; adónde ir. ¿Cómo había podido ella venir así a la ciudad? ¿Qué excusa habría encontrado para dejar la granja? ¿Qué esperaba encontrar en Torquay? Y a cada vuelta de las ruedas que lo alejaban de ella, su corazón se rebeló y le gritó que debía detenerlos, que debía dejarlos y correr hacia la muchacha. Al doblar la esquina para la estación, le fue imposible contenerse más, y, mientras abría la portezuela del coche, murmuró: —¡Me olvidé de una cosa! ¡Sigan ustedes... y no me esperen! ¡Tomaré el próximo tren y nos encontraremos en el castillo!

Dio un salto, vaciló sobre sí mismo, volvióse y, recobrado el equilibrio, avanzó decidido, en tanto el coche que llevaba a los atónitos hermanos Halliday proseguía su marcha.

Desde la esquina, allá a lo lejos, apenas acertó a divisar a Megan frente a donde él se hallaba. Dio algunos pasos; aminoró luego la marcha y, por último se detuvo. A medida que se acercaba a ella y que se alejaba de sus amigos, sus pasos se habían hecho cada vez más y más lentos. ¿Podía cambiar las cosas aquel encuentro? ¿Cómo salvar la violencia de éste y de todo cuanto de él habría de derivarse? Porque resultaba inútil querer ocultarlo. Desde que encontró a los Halliday, gradualmente se había convencido de que no deseaba casarse con Megan. Aquello quedaría en su recuerdo tan sólo como un rapto amoroso, como un episodio apasionado y turbador que lo llenaba de remordimientos. No era extraño que llegara a cansarse. Ella se le había entregado por completo, de un modo demasiado simple. Era demasiado confiada; demasiado ingenua. Había sido como una gota de rocío en su corazón... ¡Pero el rocío termina por evaporarse!

La pequeña mancha de color, el tono desvaído de la boina escocesa, oscilaba a lo lejos frente a él. Continuaba ella observando las caras de cuantos pasaban a su lado o escrutando a través de las ventanas. ¿Qué otro hombre había pasado por el trance amargo que él enfrentaba? Hiciese lo que hiciese, siempre quedaría como un bruto. Lanzó un gruñido que hizo volver la cara a una niñera que se le quedó mirando. Observó que Megan se detenía y se apoyaba contra el borde del murallón de la costa, para contemplar el mar. Él también

se detuvo. Resultaba evidente que la joven nunca había visto antes el mar y que, a pesar de su angustia, no podía eludir su contemplación. “A pesar de todo”, pensó, “no debe ver nada. Todo cuanto le interesa quedó a sus espaldas”.

¿Debía él, por unas cuantas semanas de pasión, destrozar la vida de la muchacha? Antes de cometer tal acción, prefería ahorcarse. Y de pronto le pareció ver los serenos ojos de Stella fijos en los suyos, y sobre su frente, mecida por el viento, una crencha de su cabello sedoso. ¡Oh, sí! Hubiera sido una locura; habría significado romper con todo cuanto él respetaba y con la propia estimación. Giró sobre sus talones y regresó rápidamente hacia la estación. Pero la imagen de aquella pobre niña desvalida, el recuerdo de aquella mirada ansiosa buscando entre los transeúntes, lo conmovió en forma tal intensa que, de nuevo, volvió sobre sus pasos en dirección al mar. La boina escocesa ya no podía distinguirse. Aquella manchita de color había desaparecido en la corriente del tráfico del mediodía. Y llevado de un ansia apasionada, de esa avidez que nos invade cuando la vida parece negarnos algo que deseamos, poniéndolo fuera de nuestro alcance, echó a correr. Tenía que verla otra vez. Durante media hora anduvo en su busca y, por último, de nuevo en la playa, cayó de bruces y hundió la cara en la arena. Sabía que para encontrarla nuevamente le bastaba ir a la estación y esperar a que ella regresase de su infructuosa búsqueda para tomar el tren que la reintegrase a casa. O, también, tomar el dicho tren y volver a la granja, donde ella lo encontraría a su regreso. Pero continuó tendido e inerte sobre la arena, entre los grupos indiferentes de los niños que jugaban con sus palas y sus baldes. Una piedad infinita por aquella pequeña figura vagando sin rumbo, buscando ansiosa, sentía que comenzaba a surgir del atormentado rumor de su sangre joven. Lo acometió un desasosiego salvaje. Había desaparecido todo sentimiento caballeresco. La deseaba de nuevo: deseaba sus besos, su cuerpo diminuto y suave; sus abandonos; toda la emoción pagana de su cálido y exaltado amor. Quería experimentar otra vez las deliciosas sensaciones de aquella noche pasada bajo el manzano nevado de luna. Lo deseaba con una horrible intensidad, como el fauno a la ninfa. Sí. Quería escuchar de nuevo el apresurado rumor del brillante arroyuelo de las truchas, contemplar el deslumbrante colorido de las flores silvestres, la roca del “viejo gitano”; sentía nostalgia del canto de los cuclillos y de las lechuzas; y de la luna rojiza elevándose sobre el oscuro terciopelo de la noche tendida sobre las blancas ramas florecidas; y de la carita allá en lo alto, en la ventana, lejos de su alcance, iluminada por el amor; y del femenino corazón latiendo contra

el suyo; y de los labios que respondieron a los suyos bajo el manzano. Todo esto lo atosigaba.

Pero seguía tendido sobre la arena, como inerte.

¿Qué era lo que conspiraba contra su piedad y el enfebrecido anhelo de su ser, manteniéndolo allí, paralizado, sobre la cálida arena de la playa? Tres cabezas rubias. Un rostro agraciado, con ojos entre grises y azules de amistoso mirar; una suave mano aprisionando la suya; una voz ligera pronunciando su nombre... "¿Así que usted, Frank, cree realmente en la bondad?" Sí; y cierta atmósfera embalsamada de un jardín inglés, plagado de claveles y rosas, y lleno del perfume de la lavanda y de las lilas; una atmósfera impregnada de encanto y de frescura, virginal, casi sagrada... y todas las sensaciones experimentadas que lo habían hecho sentirse puro y bueno.

Súbitamente, lo acometió un pensamiento: "¿Ella podría llegar hasta aquí otra vez y verme!" Se incorporó y marchó hacia la roca alejada de uno de los extremos de la playa. Allí, recibiendo las salpicaduras de las olas sobre el rostro, podía pensar más fríamente. Regresar a la granja y hacer el amor a Megan bajo los árboles, entre los montes, rodeado de todo aquel escenario primitivo y silvestre, sabía él ya que era imposible, completamente imposible. Trasplantarla a ella a una gran ciudad, mantenerla enclaustrada en un apartamento, entre cuatro paredes, hacerle eso a quien estaba tan plenamente identificada con la naturaleza, era algo que al poeta que en él había lo hacía estremecer. Su pasión podía convertirse en un mero capricho más o menos tierno, pero efímero. En Londres, dada su absoluta simplicidad y su falta de cualidades intelectuales, ella no sería otra cosa que un **juguete**, pero nada más. Cuanto más tiempo permanecía sobre aquella roca, con sus pies suspendidos sobre una verde charca de la que el mar se iba alejando, más claramente lo veía todo. Y le parecía como si los brazos de Megan y toda ella fuera resbalando despacio, despacio, abandonándolo, para caer en aquella charca y ser arrastrada hacia el mar. Y su rostro, su rostro mirándolo desde el fondo, aquel rostro extraviado de suplicantes ojos, enmarcado por el oscuro pelo humedecido, lo torturaba como una obsesión. Se levantó, trepó por la suave pendiente rocosa, encaminándose hacia una caleta resguardada. Acaso en el mar pudiera recobrar el perdido control y aplacar su fiebre. Y despojándose de sus ropas, lanzóse al agua y nadó lejos. Quería fatigarse hasta el olvido y nadó temerariamente, con brío, alejándose más y más. De pronto, sin saber por qué, tuvo miedo. ¿Y si no podía alcanzar de nuevo la orilla? ¿Y si lo arrastraba la corriente o le sobreveníá un calambre como a Halliday? Se puso a bracear de vuelta. La roja escollera quedaba todavía

muy lejos. Si él se ahogaba, encontrarían sus ropas abandonadas. Los Halliday se enterarían de lo acontecido, pero Megan acaso nunca lo supiera; en la granja no se conocían los periódicos. Y las palabras de Phil Halliday resonaron otra vez en sus oídos: "...Una muchacha de Cambridge con la que pude tener... ¡Me alegro de no haberme encaprichado con ella!" Y en aquel momento de irrazonado miedo, se prometió a sí mismo desterrar a la muchacha de su pensamiento. Luego, el temor lo fue abandonando. Se puso a nadar con mayor desenvoltura hasta alcanzar la playa; se secó al sol y se vistió de nuevo. Sentía el corazón herido, pero ya no le dolía. Su cuerpo, sosegado y fresco.

Cuando uno es joven, tal como lo era Ashurst, la piedad no se encuentra entre las más violentas y persistentes emociones que es dable sentir. Por eso, vuelto a la habitación de los Halliday en el hotel, y tras una reconfortante taza de té, se notó como un hombre que hubiese salido de un proceso febril. Todo le parecía nuevo y lleno de pureza; el té, las tostadas untadas de manteca, el jamón que probó, tan absurdamente delicioso. El tabaco nunca había oído tan bien. Y se puso a deambular de un lado a otro por la habitación casi vacía, deteniéndose aquí y allá para tocar esto o mirar lo otro. Tomó la cesta de labor de Stella, hurgó entre los carretes del algodón y toda la serie de bobinas con sedas para coser alegremente coloreadas; aspiró el perfume de la bolsita rellena de espliego que ella había puesto entre los hilos. Se sentó al piano y tocó con un solo dedo diversos temas, mientras pensaba: "Esta noche, ella tocará este piano; yo la contemplaré en tanto. Mirarla es una cosa que me hace bien." Luego tomó el libro que estaba aún donde ella lo dejara, y trató de leer. Pero la pequeña figura de Megan y su triste expresión reaparecieron bruscamente. Se levantó y fue a apoyarse en la ventana, para escuchar los rumores del jardín y vislumbrar el mar azul y dormido más allá de los árboles. Un camarero entró para levantar la mesa del té. Él permaneció en pie, aspirando el aire de la tarde y tratando de no pensar. Luego divisó a los Halliday que trasponían la verja de entrada. Stella algo adelantada a su hermano, y las niñas portadoras de las bolsas de la merienda. Instintivamente, se echó para atrás. Su corazón, demasiado herido y maltrecho, temía este encuentro, aun cuando necesitase de su amistoso consuelo. Sentía una especie de rencor contra el influjo que las circunstancias ejercían sobre él, a pesar de anhelar con vehemencia gozar de su inocente pureza y desear el inefable encanto de contemplar el rostro de Stella. Apoyado en la pared de detrás del piano, la vio entrar y quedarse allí parada, un tanto confusa, cual si se

hubiese visto sorprendida; luego lo miró sonriente, con una sonrisa clara y fugaz que bastó para catequizar al inquieto Ashurst.

—No nos siguió como dijo, Frank.

—No... Me fue imposible.

—Pues, ¡mire! ¡Todavía quedaban estas hermosas violetas! —y le mostró un ramo, ofreciéndoselo. Ashurst aspiró su aroma con delicia. Pero en su interior se rebulló una vaga inquietud y un deseo ahogado en seguida por la visión del ansioso rostro de Megan buscando entre la multitud.

—¡Qué divertido debió ser...! —exclamó con voz apagada, y salió de la pieza. Fuese directamente a su habitación, y, eludiendo el encuentro con las niñas que subían detrás de él, se tiró sobre la cama y quedó allí tendido, con ambos brazos cruzados sobre la cara. Ahora que los dados ya estaban echados y que Megan había sido descartada, se odió a sí mismo y hasta le parecía aborrecer casi a los hermanos Halliday y a la británica, saludable y feliz atmósfera hogareña que los envolvía. ¿Por qué tuvieron ellos que aparecer en tal momento de su vida? ¿Por qué contribuyeron a aventar aquél primer amor, dejándole la convicción de que él no era más que un vulgar seductor? ¿Con qué derecho Stella, con su encanto y belleza tímida, tuvo que descubrir que él no se casaría nunca con Megan y, al echarle todo a rodar, dejarlo con la amargura de su remordimiento y su tardía compasión? En aquellos momentos, Megan debería estar de regreso, exhausta después de su infructuosa búsqueda, ¡Pobrecilla! Tal vez confiase todavía en encontrarlo al llegar a su casa.

Ashurst se mordió la manga, para ahogar un sollozo de remordimiento. Se presentó a cenar hosco y silencioso y su malhumor se descargó hasta sobre las inocentes niñas. La velada transcurrió melancólicamente y con mala disposición general, pues, además, todos estaban cansados; muchas veces sorprendió a Stella que lo contemplaba con una expresión dolida y desconcertada. Aquello, en cierto modo, confortaba su ánimo maltrecho. Durmió muy mal. Se levantó bastante temprano y salió a vagar sin rumbo. Después se dirigió a la playa. A solas frente al mar azul, lleno de serenidad y luz, sintió que cedía un poco la tensión de su corazón. ¡Era una solemne tontería suponer que Megan iba a tomar aquello tan a pecho! ¡En una o dos semanas, seguro que ella casi ni se acordaría! En cuanto a él..., ¡Bueno, en realidad, debería ser premiado por su conducta! ¡Después de todo era un buen muchacho! Si Stella supiese lo acontecido, sin lugar a dudas lo bendeciría por su resistencia a aquel diablo que ella consideraba que llevaba dentro. Lanzó una sonora carcajada. Pero imperceptiblemente, la calma y la

belleza del mar y de los cielos, el majestuoso vuelo de las gaviotas, lo hicieron sentirse avergonzado. Y tras de tomar su baño se volvió hacia el hotel.

En el jardín de la rotonda, Stella se encontraba sentada sobre una silla de tijera, haciendo unos apuntes. Él se le acercó y se detuvo tras ella. ¡Qué atractiva y qué bonita estaba mientras se inclinaba atentamente sobre la tela o con el entrecejo fruncido levantaba el pincel para tomar medidas!

—Siento mucho haber sido tan bruto anoche, Stella —dijo suavemente.

Volvióse ella, sorprendida; se puso roja como la grana y replicó en la forma apresurada que le era habitual:

—¡Bah, no tiene importancia! Me di cuenta de que pasaba algo... Pero, entre amigos, estas cosas no importan... ¿No es así?

Ashurst corroboró:

—¡Claro! Entre amigos... Porque nosotros lo somos ¿verdad?

Levantó ella la mirada hasta él y movió la cabeza con vehemencia. La hilera superior de sus dientes brilló de nuevo con aquella fugaz y radiante sonrisa. Tres días más tarde regresó a Londres junto con los Halliday. No había escrito a la granja. ¿Qué hubiera podido decir?

El 30 de abril del siguiente año, Ashurst y Stella se casaron...

Tales fueron las imágenes evocadas por Ashurst, mientras permanecía sentado contra aquella pared, entre los argomones, aquel día en que se cumplían sus bodas de plata. En aquél mismo lugar donde él había dejado la merienda, debía encontrarse Megan cuando él la viera por primera vez recortándose la figura sobre el azul del cielo. ¡Qué extrañas coincidencias nos reserva el destino! Y sintió un irrefrenable deseo de descender por la pendiente y ver otra vez la granja, la huerta... y los prados donde aparecía el "viejo gitano". No necesitaría de mucho tiempo. Stella acaso tuviera aún para una hora...

¡Qué bien lo recordaba todo: el grupito de pinos allá en lo alto, la colina cubierta de hierba que quedaba detrás! Se detuvo indeciso al llegar a la barrera de acceso a la granja. La humilde casona de piedra, el porche de los tejos, las enredaderas florecidas..., ¡nada había cambiado lo más mínimo! Hasta la vieja silla pintada de verde estaba allí afuera, sobre el césped, debajo de la ventana a la que él había trepado aquella noche para alcanzar la llave. Descendió por la curva del sendero y se detuvo otra vez, apoyándose en la tranquera de la huerta, que, como entonces, era sólo un esqueleto de tablas grises. Un cerdo negruzco se arrastraba entre los árboles.

¿Sería verdad que habían transcurrido veintiséis años, o sólo se trataba de un sueño del que ahora despertaba para encontrar a Megan aguardándolo

debajo del manzano? Con un movimiento inconsciente, se llevó la mano a la barba llena de canas, y volvió a la realidad. Tras abrir el portón, avanzó entre los bancales y los espinos, hasta llegar al borde del arrollo y junto al viejo manzano. ¡Estaba igual que entonces! Quizás con algunos líquenes de más sobre su corteza y una o dos ramas de menos, pero muy bien podía haber sido la noche anterior cuando él se abrazara al musgoso tronco, tras de la huída de Megan, y aspirara su resinoso aroma, en tanto, sobre su cabeza, el ramaje florecido e iluminado por la luna parecía alentar lleno de vida.

En aquella prematura primavera, los brotes comenzaban ya a asomar; los mirlos lanzaban gozosos sus trinos; se escuchaba el canto del cuclillo...; y los rayos del sol eran cálidos y resplandecientes. Todo era increíblemente idéntico: el rumoroso arroyo de las truchas, el pequeño remanso en el que solía él sumergirse cada mañana para sentir sobre su pecho y sus espaldas el acariciante frescor del agua cristalina. Más allá, el silvestre prado y el bosquecillo de hayas y la roca donde, según se decía, acostumbraba sentarse el curioso fantasma. Todo el dolor de su juventud perdida, un angustioso anhelo, una sensación amarga de amor y de dulzura desaprovechados... se anudaron en la garganta de Ashurst, como una garra. ¡Sí, fue allí, en una tierra como aquella y en medio de tal belleza salvaje, donde un hombre experimentó en su corazón el éxtasis máximo que podían conferir los cielos y el paisaje! ¡Y, ahora, aquello ya no era posible!

Acercóse hasta el borde del arroyo. Y, mientras miraba en el fondo del pequeño embalse, pensó: “¡Primavera... juventud...! ¡Cómo quisiera saber qué se hizo de vosotras!” Y, entonces, temeroso de pronto de que algún encuentro humano viniese a interrumpir sus evocaciones, volvió a retomar el sendero y, pensativamente, fue desandando lo andado hasta alcanzar el cruce de caminos.

Junto al automóvil, un labriego viejo, de barba gris, se apoyaba en un bastón mientras conversaba con el chofer. Al divisar a Ashurst interrumpió su charla bruscamente, como temeroso de haber sido indiscreto. Se llevó la mano al ala del sombrero e inició la retirada en dirección al atajo. Pero Ashurst, mientras señalaba el pequeño y estrecho montículo de césped de allí cerca, preguntó:

—¿Puede usted decirme qué es eso?

El viejo se detuvo. En su cara asomó una expresión que parecía decir: “Ha hecho usted la mejor pregunta que se me podía hacer, señor mío”.

—Es una tumba —se limitó a contestar.

—Sí... ¿Pero por qué está allí?

El viejo sonrió:

—Es toda una historia, ¿sabe usted? Y esta no es la primera vez que tengo que contarla. Son muchos los que preguntan por qué “la tumba de la muchacha”, que es como nosotros la llamamos, se encuentra donde se encuentra.

Ashurst sacó del bolsillo la bolsa de tabaco.

—¿Quiere fumar?

El campesino volvió a llevarse la mano al sombrero y, despaciosamente, procedió a llenar una vieja pipa de barro. Sus ojos, levantados hacia su interlocutor bajo una masa de arrugas y de pelos, conservaban todavía bastante brillo.

—Si no le importa, señor, me sentaré; la pierna ésta me está doliendo un poco hoy —y se sentó precisamente sobre el túmulo de hierba.

—Siempre hay alguna flor en esta tumba —prosiguió—. Nunca suele estar tan solitario esto. Nunca. Por aquí pasa una barbaridad de gente... en esos autos nuevos y en todas esas cosas... No es como antes, en los viejos tiempos. Le aseguro que ella tiene compañía de sobra aquí arriba. Fue una pobre almita que se mató a sí misma.

—¡Comprendo! —dijo Ashurst—. Es una tumba en un cruce de caminos... No sabía que esta costumbre todavía se conservaba...

—Bueno... pero eso fue hace ya muchos años. Entonces la gente era muy temerosa de Dios. A ver, déjeme pensar. Hacía ya seis años que cobraba mi pensión, después de... Sí...; yo andaba por los cincuenta cuando sucedió la cosa.

Ya no queda nadie por aquí que sepa lo que yo sé acerca del asunto. Ella era de por acá. De la misma granja en que yo acostumbraba trabajar algunas veces. En la de la señora Narracombe, que ahora es de Nick Narracombe. Todavía lo ayudó en algunas faenas, cuando viene el caso...

Ashurst, apoyado en la tranquera, encendía su pipa. Permaneció largo tiempo con la cara oculta tras la doble concavidad que formaban sus manos, hasta que la llama del fósforo se extinguió.

—¡Ah! —dijo—, y su propia voz le sonó ronca y extraña.

—Era una chica de las que no caen muchas en ciento... ¡Pobre! Yo le dejo una flor cada vez que paso por aquí. Era tan bonita como buena..., a pesar de que no quisieran enterrarla junto a la iglesia... ni tampoco donde ella quería. El viejo campesino hizo una pausa. Luego apoyó su mano hirsuta, con la palma hacia abajo, sobre el musgo cubierto de campanillas.

—¡Ah! —repitió Ashurst.

—Si se me permite la expresión —prosiguió el viejo—, pienso que aquello fue una historia de amor..., aunque nada se haya podido saber jamás de cierto. Nunca se sabe lo que hay dentro de la cabeza de una muchacha, pero le voy a decir lo que yo creo —y acarició el césped con la mano—: Yo le tenía mucho cariño a la chica. Bueno, no conocí a nadie que no la quisiera. A mí me parece que ella era demasiado enamoradiza...; eso es lo que yo creo.

El viejo levantó la vista, y Ashurst, a quien le temblaban los labios en forma que su barba disimulaba, murmuró de nuevo:

—¡Ah!... ¿sí?

—Fue la primavera, más o menos debía ser por esta época o, quizás, un poco después; sé que era cuando todo estaba florecido. Entonces tuvimos parando en la granja a un joven, a un estudiante; un buen chico también... y muy despierto. Me gustaba. Yo nunca vi nada entre ellos, pero, a lo que pienso, el muchacho le debió calentar los cascos... —El viejo se quitó la pipa de la boca, escupió y prosiguió su discurso:

—Y, ¿usted sabe?, de pronto él se marchó. Desapareció un día y nunca más volvió. Todavía guardan en la casa su mochila y no sé cuántas cosas más. Y lo que más me extraña es que él jamás envió a buscarlas. Su nombre era Ashos o algo parecido...

—¡Ah! —dijo Ashurst, una vez más.

El viejo se pasó la lengua por los labios.

—Ella nunca dijo cosa alguna, pero desde aquel día anduvo como alelada. Daba la impresión de no importarle nada. Nunca vi a una criatura humana tan cambiada en mi vida; nunca. En la granja había por entonces otro muchacho, Joe Biddafor creo que era su nombre, que propiamente se derretía por ella. Me figuro que debió hartarla con sus atenciones. Ella cada vez se hizo más y más huraña. Algunas veces, mientras conducía el ganado, la vi al atardecer. Estaba en la huerta, debajo de un manzano grande que allí hay, con la mirada perdida hacia delante.... “Bueno”, solía decir para mis adentros, “No sé lo que te pasa, pero me da mucha lástima verte como te veo”.

Encendió de nuevo su pipa y luego le dio algunos chupetones, con aire reflexivo.

—¡Ah! dijo Ashurst.

—Me acuerdo de un día en que le dije: “¿Qué te sucede Megan?”, su nombre era Megan David; había venido de Gales lo mismo que su tía, la señora Narracombe. “Tu estas enojada por algo”, le dije. “No, Jimi”, me respondió. “No estoy enojada”. “Sí ¡lo estás!” le repliqué. “No”, dijo ella, y, de pronto se deshizo en llanto. “Estás llorando”, dije. “¿Qué es eso, entonces?” Ella se

llevó una mano sobre el corazón. “Me duele”, dijo..., “pero pronto estaré mejor”, añadió. “Más, si algo me sucede, Jim, quiero que me entierren debajo de este manzano”. Yo me eché a reír. “¿Pero qué es lo que te pasa?”, le pregunté. “¿No te parece que eso es una tontería?” “No”, replicó. “Y no me importa que me tomen por tonta”... Bueno, yo sé cómo son las muchachas, y no pensé más en el asunto..., hasta que, dos días después, serían alrededor de las seis de la tarde, cuando llevaba al ganado como de costumbre, me pareció ver una sombra, un bulto oscuro, al borde del arroyo, junto al manzano grande, y me dije: “Debe ser el cerdo... ¡Bonito lugar ha ido a escoger!” Entonces me acerqué y... pude ver lo que era.

El viejo se detuvo. Sus ojos, puestos en el cielo, estaban húmedos y tristes. —Era la muchacha. Estaba junto a un remanso que hay al pie de una roca. En el mismo sitio donde vi una o dos veces bañarse al joven aquel. Tenía la cara semisumergida en el agua. Junto a su cabeza, y naciendo en la piedra, se veían algunas flores amarillas. Y cuando le di vuelta el rostro, su expresión era tan hermosa y tan plácida como la de un niño... ¡Tan maravillosamente bonita estaba! Cuando el médico la miró dijo: “Parece hallarse en un éxtasis, y sólo así puede explicarse que haya podido ahogarse con tan poca agua”. Y era verdad. A juzgar por su cara, así debía estar... y era tal su belleza que se me saltaron las lágrimas. Ya estábamos en junio, pero ella había sabido encontrar en alguna parte algunas flores de manzano y se las había prendido en el pelo. Por eso pienso que ella debía hallarse en pleno éxtasis, para llegar donde llegó con el contento retratado en el semblante. Pero, ¿por qué sucedió aquello? En la charca no había ni dos palmos de agua. Pero, lo que yo le digo a usted es una cosa. Aquél rincón estaba embrujado. Yo lo sabía y ella también lo sabía. Y nadie me puede persuadir de que la cosa no fuera así. Les conté lo que ella me había dicho acerca de ser enterrada debajo del manzano. Pero me parece que ellos se creyeron que todo había sucedido porque ella había tenido el propósito deliberado de matarse. Y por eso la enterraron aquí arriba. El cura que teníamos entonces era muy especial..., sí, muy especial.

El viejo volvió a acariciar el césped con su mano.

—Es sorprendente —añadió, con calma— lo que las chicas son capaces de hacer por amor. Ella tenía un corazón muy enamorado. Y supongo que algo debió destrozárselo. ¡Pero nosotros nunca supimos nada!

Miró a su interlocutor como si buscara una aprobación de sus palabras. Pero Ashurst se hallaba como ausente y muy lejos de allí.

En lo alto de la colina, más lejos de donde había extendido la merienda,

ocultándose de miradas indiscretas, se dejó caer de bruces sobre la tierra. ¡Así había sido premiada su virtud! ¡He aquí de qué forma “la chipriota”, diosa del amor, había obtenido su venganza! Y ante su vista, nublada por las lágrimas, apareció el rostro de Megan con el ramito de manzano florecido prendido de su pelo mojado y oscuro. “¿Qué hice yo de malo?”, pensó. “¿Qué es lo que hice?”. Pero no pudo hallar la respuesta. ¡Fue la Primavera, con su apasionado hechizo, sus flores y su música! ¡Fue la Primavera en su corazón y en el de Megan! ¡Fue el Amor que buscaba una víctima! Tenía razón el griego. Las palabras del *Hipólito* no habían perdido actualidad.

*Pues el corazón del Amor es loco
y deslumbran como el oro sus alas;
y todo es un hechizo
cuando él surge
en el monte, las olas o el arroyo;*

*Todo cuanto es vida joven y turbulenta
todo cuanto de la tierra brota
o vibra en un rayo de sol;*

*Todo ello y hasta la Humanidad
son como un trono en el que asientas,
Chipriota, pues sólo a ti perteneces.*

¡Tenía razón el griego! ¡Megan! ¡Pobre pequeña! ¡Pobre niña subiendo por la cuesta! ¡Pobre Megan, esperándolo debajo del manzano y mirando a lo lejos! ¡Pobre Megan muerta, con la belleza pintada en el rostro!

Una voz escuchó:

—¡Oh, estás aquí! ¡Mira!

Ashurst se incorporó. Tomó el apunte de su mujer y lo contempló en silencio.

—¿Te parece bien el fondo, Frank?

—Sí.

—Pero... ¿no te parece que falta algo?

Ashurst asintió. ¿Faltaba algo? Sí. ¡El manzano, el canto y el oro!

Artémis

Gérard de Nerval

"La tercera: es el título. La tercera vuelve, es siempre la primera, como dice Gérard de Nerval.

*¿Objetaremos que forme un círculo (ça fasse disque)?
¿Por qué no, si dice que (dit ce que)?"*

Durante el Congreso de Roma, de 1974, Lacan lee su intervención a la que llamó "La tercera", aludiendo simultáneamente al primer verso del soneto de de Nerval y a su tercera presentación romana, luego de "Función y campo de la palabra...", de 1953, y "La Psychanalyse, raison d'un échec", en 1967.

En esa oportunidad, y remitiéndose a "Función y campo de la palabra...", expresa: "Lo dije primero en la forma siguiente: lo real es lo que vuelve siempre al mismo lugar. Ha de hacerse hincapié en 'vuelve'. Lo que descubre es el lugar, el lugar del semblante. Es difícil instituirlo a partir de lo imaginario sólo, tal como parece implicarlo primero la noción de lugar. Por fortuna, disponemos del apoyo de la topología matemática."

De esta manera, Lacan introduce el tema de los tres círculos del nudo borromeo, y la "tercera de lo real".

Anteriormente, durante el desarrollo de El Seminario, Libro 3, Las Psicosis, Lacan, caracterizando la experiencia poética como la creación de un sujeto que asume un nuevo orden de relación simbólica con el mundo, había mencionado a de Nerval, junto con San Juan de la Cruz y Proust, como ejemplos de la autenticidad de dicha experiencia. Y agrega: "No hay nada parecido en las Memorias de Schreber."

Reproducimos aquí el soneto al que se refiere Lacan, que pertenece a un conjunto de poemas, Les Chimères, tomado de una edición que ha tenido a bien respetar sus grafías y puntuación particulares. La misma es conforme

a la edición original (1854), último estado de estos poemas, revisados por de Nerval.

Nerval, Gérard de (Gérard Labrunie) (1808-1855). *Les Filles du Feu-Les Chimères*, Paris, Edit. Flammarion, 1965. Traducción y notas: Alicia Bendersky.

NOTA DE REFERENCIAS...

La serie de sonetos que, como *Artémis*, componen el conjunto *Les chimères*, poseen una resonancia muy enigmática. Sin intención de explicarlos —ya que el mismo de Nerval, en su carta dirigida a Alexandre Dumas, en la que le dedica el volumen, dice: “(...) perderían su encanto al ser explicados, si tal cosa fuera posible, (...)”—, nos limitaremos a ubicarlos en el contexto en que fueron escritos. El catedrático Léon Cellier, en su estudio que integra una edición de *Les Filles du Feu* y *Les Chimères*¹, puntualiza que en el curso de su primer viaje a Italia, en 1843, de Nerval había recalado en Nápoles, deviniendo el sud de Italia, la antigua Magna Grecia, en el escenario de sus sueños. Allí transcurren los relatos y sonetos que conforman ambas series. El sincretismo religioso de la Campania, efecto de la superposición cultural, cautiva al poeta, evidenciándose en narraciones y poemas. Los sonetos, por el misterio que trasuntan, revelan el ocultismo que fue punto de llegada de sus investigaciones esotéricas sobre mitologías y cultos antiguos, tanto como sus lecturas sobre los *iluminados* del S. XVII, Cazotte y Restif de la Bretonne. Luego de sucesivas internaciones psiquiátricas, alternándose con una significativa producción literaria, y un año después de la publicación de las obras que nos ocupan, de Nerval se suicida, el 26 de Enero de 1855.

ARTÉMIS
GÉRARD DE NERVAL

La Treizième revient... C'est encor la première;
Et c'est toujours la seule, -ou c'est le seul moment;
Car es-tu reine, ô toi! la première ou dernière?
Es-tu roi, toi le seul ou le dernier amant?...

Aimez qui vous aima du berceau dans la bière;
Celle que j'aimai seul m'aime encor tendrement:
C'est la mort - ou la morte... O délice! ô tourment!
La rose qu'elle tient, c'est la Rose trémière.

Sainte napolitaine aux mains pleines de feux,
Rose au coeur violet, fleur de sainte Gudule:
As-tu trouvé ta croix dans le désert des cieux?

Roses blanches, tombez! vous insultez nos dieux:
Tombez, fantômes blancs, de votre ciel qui brûle:
—La sainte de l'abîme est plus sainte à mes yeux!

ARTÉMIS !

GÉRARD DE NERVAL

Vuelve la Decimotercera... Es aún la primera;
Y es siempre la única, o el momento único;
Pues eres reina, ¡oh tú! ¿la primera o la última?
Eres rey, ¿el único o el último amante?...

Ama en el féretro a quien te amó desde la cuna,
La única a quien amé me ama aún tiernamente:
Es la muerte; o la muerta... ¡Oh delicia! ¡Oh tormento!
La rosa que sostiene, es la *Rosa de ultramar*...?

Santa napolitana con las manos llenas de fuego,
Rosa de corazón violáceo, flor de santa Gúdula:
¿Encontraste tu cruz en el desierto de los cielos?

¡Caed, rosas blancas! insultáis a nuestros Dioses:
Caed, fantasmas blancos, de vuestro quemante cielo:
— ¡La santa del abismo es más santa a mis ojos!

NOTAS

1. Divinidad griega emparentada con Hécate. Considerada primitivamente como diosa bienhechora que otorga riquezas, talentos y victorias, adquiere posteriormente un carácter maléfico, presidiendo la magia y la adivinación. Su culto habría derivado del de la Magna Mater asiática y egea. En cuanto a Hécate, invocada por los magos, es consignada como diosa de los Muertos, que preside las apariciones de fantasmas y sortilegios. A ella invocan para filtros de amor y de muerte. (N. de T.)

2. Rosa de ultramar: *Rose tremière*, o de *Outremer*. Rosa malvácea, de cinco pétalos. Se la señala como símbolo de regeneración, debido a lo cual, desde la antigüedad, se depositaban rosas de este tipo en las tumbas. Hécate, diosa de los infiernos, era representada a veces con la cabeza ceñida por una guirnalda de rosas de cinco pétalos. (N. de T.)

Índice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan 1

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón *Arthur Rimbaud*.

Referencias en la obra de Lacan 2

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa *Martin Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillols*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan 3

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos *Pascal*. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan 4

Teatro olímpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martin Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan 5

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan 6

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Bretón*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan 7

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan 8

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.

Referencias en la obra de Lacan 9

El sueño de la razón... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

Referencias en la obra de Lacan 10

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan 11

El sacrificio de Isaac *Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros*. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento *Italo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

Referencias en la obra de Lacan 12

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heródoto*. Teoría General de la Magia *M. Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

Referencias en la obra de Lacan 13

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán*. La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville*. Gargantúa *François Rabelais*. Signos *Maurice Merleau-Ponty*.

Referencias en la obra de Lacan 14

La Condición Humana *René Magritte*. Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles*. Acerca del Estilo *Conde de Buffon*. Discurso ante la Academia *Conde de Buffon*. La "humanización" del hombre *Louis Bolk*. La belleza será convulsiva *André Bretón*. El Éxtasis *John Donne*.

Referencias en la obra de Lacan 15

Semíframis construyendo Babilonia *Edgar Degas*. Tragedia *Aristóteles*. Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski*. Antígona *Aristóteles*. Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto*. Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry*.

Referencias en la obra de Lacan 16 El Amor cortés

Los Cátaros *René Nelli*. Libro de los dos Principios *Juan de Lugio*. Consolamentum *Acerca del Gay Saber Gérard de Sède*. Trovadores Occitanos *Marcabré y Arnaut Daniel*. Arnaldo Daniello *Dante Alighieri*. Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan 17

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal*. Del Arte de conversar *Montaigne*. La verdad de parto *Baltasar Gracián*. Cogito *Descartes*. Rondéls *Stéphan Mallarmé*. Noches Aticas *Aulo Gelio*.

Referencias en la obra de Lacan 18

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière*. La propiedad es el robo *Pierre—Joseph Proudhon*. El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso*. Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan 19

Bocca di leone. Anfitrion *Plauto, Molière*. Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton*. La vida nueva *Dante Alighieri*. Miedos *Antón Pávlovich Chéjov*. El loco por Elsa *Louis Aragón*.

Referencias en la obra de Lacan 20

Grotescos *Francisco de Goya*. Ondina *Jean Giraudoux*.

Referencias en la obra de Lacan 21

Eros y Psyché *Jacopo Zucchi, André Masson* Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot*. Un drama muy parisino *Alphonse Allais*. La gravedad y la gracia *Simone Weil*. Ulises y el cíclope *Homero, Luciano*. El círculo de Popilio *Thodor Mommsen*. Historia de medio pollo.

Referencias en la obra de Lacan 22

La develación del falo. Heptamerón *Margarita de Navarra*. Alrededor del Heptamerón *Lucien Febvre*. Grisélidis *Boccaccio*. Bundling *Stendhal*. Poemas *Catulo*.

Referencias en la obra de Lacan 23

Iconos. Dios ha muerto *Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche*. Si Dios ha muerto *Fedor Dostoievski*. El Misántropo *Molière*. De la naturaleza de las cosas *Lucrecio*. Las despiojadoras *Arthur Rimbaud*.

Índice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
<i>Alighieri, Dante</i>	Amaldo Daniello	16
<i>Alighieri, Dante</i>	La Divina Comedia	5
<i>Alighieri, Dante</i>	La vida nueva	19
<i>Alláis, Alphonse</i>	Un rájá que se aburre	3
<i>Alláis, Alphonse</i>	Un drama muy parisino	21
<i>Anónimo</i>	Bocea di leone	19
<i>Anónimo</i>	Consolamentum	16
<i>Anónimo</i>	El rostro de Harpo Marx	12
<i>Anónimo</i>	Historia de medio pollo	21
<i>Anónimo</i>	Iconos (Cristo Triunfante de la bóveda de Dafnis-Mosaicos bizantinos)	23
<i>Anónimo</i>	La develación del falo	22
<i>Anónimo</i>	Leyes de Manu	18
<i>Anónimo</i>	Rig Veda (Himno de la creación. X)	18
<i>Anónimo</i>	Perfumed Garden	18
<i>Apollinaire, Guillaume</i>	Las tetas de Tiresias	8
<i>Apollinaire, Guillaume</i>	El Encantador pudriéndose	10
<i>Apolodoro</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Apolodoro</i>	Sobre Tiresias	8
<i>Apuleyo</i>	El Asno de Oro	1
<i>Aragón, Louis</i>	El Loco por Elsa	19
<i>Arcimboldo</i>	El Bibliotecario	5
<i>Aristóteles</i>	Tragedia	15
<i>Aristóteles</i>	Antígona	15
<i>Arnaut Daniel</i>	Trovadores Occitanos	16
<i>Aulo Gelio</i>	Noches Aticas	17
<i>Bolk, Louis</i>	La "humanización" del hombre	14
<i>Borges, Jorge Luis</i>	Acerca del Obispo John Wilkins	11
<i>Boccaccio</i>	Griselidis	22
<i>Bretón, André</i>	El Amor Loco	6
<i>Bretón, André</i>	La belleza será convulsiva o no será	14
<i>Buffon, Conde de</i>	Acerca del Estilo	14
<i>Buffon, Conde de</i>	Discurso ante la Academia	14
<i>Caillois, Roger</i>	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
<i>Calvino, Italo</i>	La camisa del hombre contento	11

<i>Caravaggio</i>	Bacco	3
<i>Caravaggio</i>	El sacrificio de Isaac	11
<i>Carpaccio</i>	San Giorgio Combattente	2
<i>Catulo</i>	Poemas	22
<i>Chesterton, Gilbert K.</i>	La verdadera vida de Santo Tomás	19
<i>Chéjov, Antón Pávlovich</i>	Miedos	19
<i>Cicerón, Marco Tulio</i>	Sobre la naturaleza de los dioses	11
<i>Colette</i>	El niño y los sortilegios	6
<i>Christophe</i>	El axioma de M. Fenoulliard	1
<i>Chuang-Tzu</i>	El sueño de Chuang-Tzu	3
<i>Degas, Edgard</i>	Semframis construyendo Babilonia	15
<i>De Sède, Gérard</i>	Acerca del Gay Saber	16
<i>Descartes, René</i>	Cogito	17
<i>Diderot, Denis</i>	Carta sobre los ciegos...	21
<i>Donne, John</i>	El Extasis	14
<i>Dostoievski, Fedor</i>	Diario de un escritor	15
<i>Dostoievski, Fedor</i>	Si Dios ha muerto	23
<i>Eliot, T. S.</i>	El sermón del fuego	8
<i>Eluard, Paul</i>	Los pequeños justos	3
<i>Eurípides</i>	Hécuba	1
<i>Febvre, Lucien</i>	Alrededor del Heptamerón	22
<i>Festugière, A. J.</i>	Epicuro y sus dioses	18
<i>Garzo, Maite</i>	Acerca del Manuscrito de Manesse	16
<i>Giraudoux, Jean</i>	Ondina	20
<i>Goethe</i>	Fausto	6
<i>Goya, Francisco de</i>	El sueño de la razón produce monstruos	9
<i>Goya, Francisco de</i>	Grotescos	20
<i>Gracián, Baltasar</i>	La verdad de parto	17
<i>Harundsu</i>	Estampa japonesa	6
<i>Heidegger, Martin</i>	Dios ha muerto	23
<i>Heidegger, Martin</i>	Lo Bello	1
<i>Heidegger, Martin</i>	La Cosa	2
<i>Heine, Heinrich</i>	Cuadros de viaje	9
<i>Heráclito</i>	El Oráculo de Delfos	12
<i>Herodoto</i>	Los nueve libros de la Historia	15
<i>Hérault de Séchelles</i>	Viaje a Montbard	14
<i>Hesíodo</i>	Mito de Pandora	6
<i>Hesíodo</i>	Sobre Tiresias	8
<i>Homero</i>	Ulises y el cíclope	21
<i>Horacio</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Hugo, Víctor</i>	Booz Endormi	2

<i>Imaginería de Epinal</i>	El juicio de un loco	17
<i>Jarry, Alfred</i>	Ubú Rey	7
<i>Jones, Ernest</i>	Temor, culpa y odio	7
<i>Juan de Lugio</i>	Libro de los dos Principios	16
<i>Kant, Immanuel</i>	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
<i>Lagache, Daniel</i>	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
<i>La Rochefoucauld</i>	Máximas y Sentencias	12
<i>Lessing, Gotthold Efraim</i>	Laocoonte	3
<i>Longo</i>	Dafnis y Cloe, I	2
<i>Longo</i>	Dafnis y Cloe, II	3
<i>Luciano de Samosata</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Luciano de Samosata</i>	Diálogos de los muertos	8
<i>Luciano de Samosata</i>	Ulises y el cíclope	21
<i>Lucrecio</i>	De la naturaleza de las cosas	23
<i>Lutero, Martin</i>	Por medio de la ley...	2
<i>Lutero, Martin</i>	La voluntad determinada	4
<i>Macé, Jean</i>	La mitad de pollo	21
<i>Magritte, René</i>	La Condición Humana	14
<i>Mandeville, Bernard</i>	La Fábula de las abejas	13
<i>Manesse, Manuscrito de</i>	Minnesinger	16
<i>Margarita de Navarra</i>	Heptamerón	22
<i>Masson, André</i>	Eros y Psyché	21
<i>Mauss, Marcel</i>	Teoría general de la Magia	12
<i>Meng-Tsé</i>	El libro de Mencio	7
<i>Merleau-Ponty, Maurice</i>	Signos	13
<i>Montaigne</i>	Del arte de conversar	17
<i>Mallarmé, Stéphan</i>	Rondés	17
<i>Molière</i>	Anfitrión	19
<i>Molière</i>	El Misántropo	23
<i>Mommsen, Theodor</i>	El círculo de Popilio	21
<i>Munch, Edvard</i>	El grito	7
<i>Nelli, René</i>	Los Cátaros	16
<i>Nietzsche, Friedrich</i>	Antes del nacimiento del sol	4
<i>Nietzsche, Friedrich</i>	Dios ha muerto	23
<i>Ovidio</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Ovidio</i>	Las Metamorfosis	8
<i>Palladio, Andrea</i>	Teatro Olímpico	4
<i>Pascall, Blaise</i>	Pensamientos	3
<i>Pascal, Blaise</i>	Discurso acerca de las pasiones del amor	7

<i>Picasso, Pablo</i>	El Deseo atrapado por la cola	18
<i>Picasso, Pablo</i>	No busco, encuentro	4, 5
<i>Plauto</i>	Amfitrión	19
<i>Pobers, M.</i>	Acerca del Obispo John Wilkins	11
<i>Poitiers, Guillaume de</i>	Tres poemas	9
<i>Prévert, Jacques</i>	Pater Noster	4
<i>Prévert, Jacques</i>	La Pesca de la Ballena	5
<i>Proudhon, Pierre-Joseph</i>	La propiedad es el robo	18
<i>Proust, Marcel</i>	El mito de Albertina	9
<i>Quincey, Thomas de</i>	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
<i>Rabelais, François</i>	Apólogo de las palabras heladas	9
<i>Rabelais, François</i>	Gargantúa	13
<i>Rimbaud, Arthur</i>	A una razón	1
<i>Rimbaud, Arthur</i>	Las despiojadoras	23
<i>Sade, Marqués de</i>	Sistema del Papa Pío VI	1
<i>San Juan de la Cruz</i>	Noche oscura	6
<i>San Pablo</i>	Epístola a los Romanos	2
<i>Sartre, Jean-Paul</i>	La Mirada	11
<i>Séchéelles, Hérault de</i>	Viaje a Montbard	14
<i>Stendhal</i>	Bundling	22
<i>Tito Livio</i>	Apólogo de Menenio Agripa	11
<i>Tola, Fernando</i>	Erótica india	18
<i>Valéry, Paul</i>	Esbozo de una serpiente	15
<i>Vatsyayana Mallinaga</i>	Kama Sutra	18
<i>Virgilio</i>	La Eneida	5
<i>Weil, Simone</i>	La gravedad y la gracia	21
<i>Wordsworth, William</i>	Odas	7
<i>Zucchi, Jacopo</i>	Eros y Psyché	21
<i>Zurbarán</i>	Santa Agata, Santa Lucía	13

*Se terminó de imprimir en Luff Gráfica, Loyola 1654, Buenos Aires.
Febrero de 1999.*



Naturaleza muerta holandesa *Oslas Beert*
El hombre se divide en veintidós partes... *M. M. Griaule*
La naturaleza tiene horror al vacío *Blaise Pascal*
El manzano *John Galsworthy*
Artémis *Gérard de Nerval*

FUNDACIÓN DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA